intervalo

ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS

de

Ingmar Bergman • María A. Domínguez
C. de Menezes y V. Carreño • Ken Bald
Cristóbal M. Paz • E. Jarber • Horacio Feans
Francina Siquier • Carlos Dickens • Ina Dhal



SUMARIO

Amor en Venecia

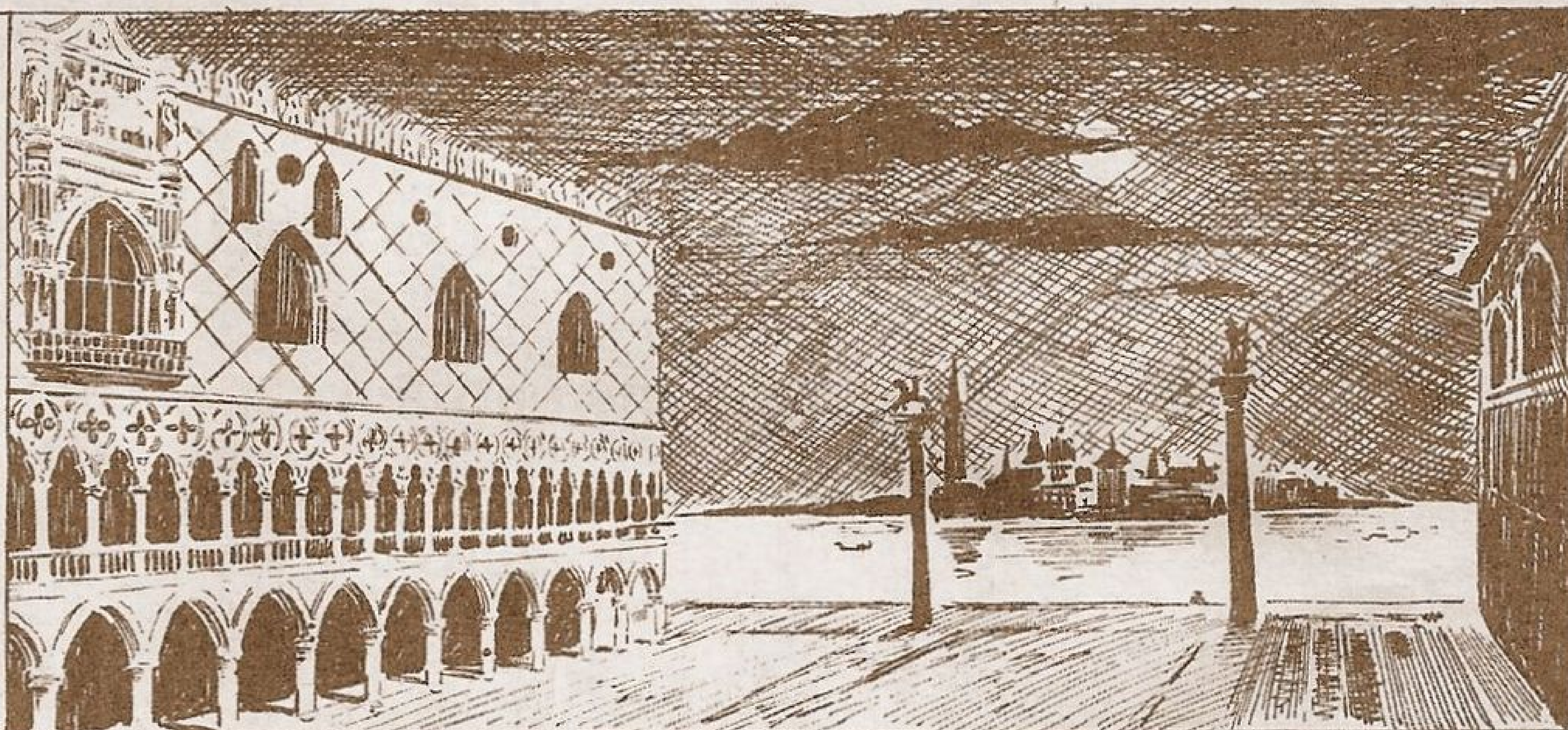
POR **MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ**



DIBUJOS DE COTIGNOLA

La clara luna de Venecia iluminaba el mármol de los palacios antiguos. Crecía la palpitación rítmica de las aguas sobre las escaleras; y las góndolas, algunas con músicos y serenatas, deslizábanse lentas, agua adentro. Bajo el hechizo de la luna, parecía alentar una vida intensa, misteriosa.

La ciudad galante y política, la Venecia de los duxes, respiraba mejor bajo el embozo azul de la bella noche...





Había choques de armas en alguna calle antigua. Y canciones de amor al pie de muchas ventanas. Hora propicia para que el paje deslizara en manos de la doncella un billete de amor. Hora propicia para las venganzas que desorientaban a la justicia, merced al antifaz del asesino, hábil para ganar el Adriático en la góndola ya apercibida...



Unicamente en los sitios apartados, en el barrio humilde de los pescadores, se dormía o rezaba en desvelo. Fioretta, la hija de Pietro, el pescador, padecía una ardiente vigilia, luego de renovar el aceite del fogaril ante la Virgen del Carmen y de colocar su último ramillete. rociado, en el cesto de mimbre, para la venta de la mañana.

Fioretta era la vendedora de flores más conocida de Venecia. Ligera y suave como su nombre, iluminaba el hogar de Pietro con su canto y su risa.



El pescador contempló a la muchacha con ternura y admiración: tenía ella la piel dorada, las trenzas obscuras, los ojos grandes y verdes, el talle gentil. Un señorío innato distinguía su modo.



Tal certeza era una dicha para el pescador viudo y pobre. Cuando los caballeros compraban un ramillete a la florista, susurrando galanterías, ella no apartaba los ojos del cesto donde triunfaba una ilusión de jardines. Muchos perseguíanla con propósito ruin. Fioretta alejaba los peligros con el temple de su valeroso corazón



No se le conocían predilecciones ni devaneos, ni aun el más simple amorío. Con su gracia innata y su modo un tanto infantil, mantuvo siempre distante la devoción de un joven pescador, amigo de su padre, que aspiraba a desposarla. Convenció a Armando de que el sentimiento que él le inspiraba, hecho de memorias infantiles, era en ella una pura amistad.





Y el muchacho, en apariencia resignado, mantenía cerca de la niña un respetuoso fervor, una especie de culto caballeresco y activo. Era frecuente ver aparecer de improviso la alta figura bronceada de Armando en las calles de Venecia, cuando un piropo ardiente o la actitud un poco atrevida de algún noble comprador de ramilletes. importunaban a la florista.

Esa noche, Fioretta habíase ya despedido de su padre, cuando sonaron tres recios golpes en la puerta de la casa del pescador. Pietro levantó la lámpara, diciendo:



Descorrido el fuerte pasador, se iluminó la pieza con la llama de dos antorchas, mientras se adelantaba la figura alta y armoniosa de un enmascarado; lo seguían dos hombres, al parecer criados, con el rostro descubierto. La voz con que saludó el caballero velado, era entrañable y varonil, imperiosa y dulce a la vez. Trascendía con toda claridad de aquel hombre un dominio extraño, invencible.



—Buenas noches, monseñor —respondió el pescador inclinándose. Fioretta detuvo los ojos extasiados en el visitante, a quien suponía un príncipe. El la señaló con su mano enguantada de terciopelo.



Entonces Fioretta, suspensa de aquella voz, escuchó cómo interrogaba a su padre: —¿Está en Venecia el marido de Madonna Laura? —No. monseñor. Ha partido para Nápoles. —¿Te dió ella algún recado para mí? Pietro respondió, inclinándose: —Me dijo que os transmitiera una sola palabra: SIEMPRE.



Fioretta sintió que una dulce fatiga la dominaba como siempre ante el enmascarado, un dolor punzante y secreto. Sin conocer el rostro de aquel hombre, lo amaba desde la primera noche que llegó a la casa del pescador y le encargó mensajes para una dama, a la que ella, Fioretta, debía hacer llegar frescos ramilletes.



Todas las mañanas dejaba uno en la puerta del palacio gris sobre el Gran Canal. Los recibía un servidor impasible. Allí, entre espejos de oro, alentaba para una vida feliz la dama del caballero misterioso, a quien Fioretta amaba tanto. Alguna vez advirtió su góndola rica, a la puerta del palacio; criados y músicos conversaban alegremente, esperando quizá a su señor.



Esa mañana, mientras la niña dejaba lirios y rosas para Madonna Laura, esperando ver al enmascarado, la estremeció la voz de Armando, inesperada y con un matiz de extraña dureza.



No me gusta tu tercería en este asunto, Fioretta.

La niña preguntó:—¿Puedes decirme qué ves de malo en esto? El pescador tuvo una respuesta áspera: —Madonna Laura es una mujer casada y muy coqueta, a quien un hombre sin escrúpulos envía flores, por intermedio tuyo. —Yo vendo mis flores a quien las compra —respondió Fioretta. Y Armando tuvo unas palabras amargas: ¡Porque te complace servir al Príncipe.



El precioso rostro de la niña se iluminó con una sonrisa inocente, mientras ella decía:—¡De manera que es un Príncipe! Bien me lo parecía. ¡Todo es en él tan solemne! Luego apartó sus ojos del mirar centelleante del joven pescador, que sin duda había penetrado su secreto, y que ahora le decía con tristeza: —Te quiero tanto, Fioretta, que nada puedes ocultarme. Permíteme, pues, que vele por ti.



Y las palabras que siguieron, transparentes como el corazón de quien las profería, clavaron en el alma del pobre enamorado su estilete mortal:—Aunque me deslumbre, Armando, ¿qué peligro hay en ello? Yo no existo para *él*. Y él es para mí como la Luna, así de imposible y de bello. ¿No te gusta a ti cuando sales en tu góndola, abandonar los remos un instante y cruzar las manos bajo la cabeza, para mirar el cielo del Adriático?



Armando palideció. Retrocedió un paso para gritar a la muchacha desconcertada:



¡Esto significa tu perdición... cuando él lo quiera!

Fioretta puso su mano morena sobre la mejilla de su amigo de la infancia y sonrió con dulzura, como si viese en él a un niño.



Mientras él se digne permitírtelo.

Ahora palideció Fioretta. Sus grandes ojos verdes tuvieron un resplandor que deslumbró al joven.



Si él me ofendiera..., ya no sería *él*.

—Eres tan inocente —respondió Armando con la mirada brillante de lágrimas—, que ni siquiera puedes medir la inmensidad de ese amor insensato. Me asustas mucho, Fioretta.



Lo amo como se ama a una canción... o a un santo...



¿Un santo... ese hombre? Tal vez sería capaz de un crimen, como todos o casi todos los venecianos ilustres.

Armando acompañó a Fioretta hasta su casa, próxima al puerto. Lo dominaba una idea: participar a Pietro sus recelos. Pero, ¿con qué razones iba el padre a compartirlos? Y semejante cosa, ¿no significaría poner en tela de juicio el carácter, la honestidad de Fioretta? Ya en la puerta de su hogar, la niña miró a su amigo con dulzura y, bajando mucho la voz, se atrevió a preguntarle: —¿Es bello el Príncipe, Armando? —Bello como Satanás cuando perdió el Cielo.



—También mis flores son hermosas, y ¿puedes decirme qué mal viene para nosotros de contemplarlas? —preguntó la muchacha.



Pareces hechizada. Prometo a la Virgen del Carmen una vela del tamaño de mi brazo para que te libre de ese daño. Yo mismo la llevaré en la procesión.



Pietro apareció en la puerta de la casa con su habitual sonrisa, dando la bienvenida al joven pescador.



Fioretta, el caballero ha encargado rosas para Madonna Laura. Y esta noche vendrá a hablar contigo...

Era muy tarde, y aun no llegaba aquel a quien Fioretta esperaba con sentimientos contradictorios de amor y de angustia. El viejo pescador dormitaba su fatiga; la muchacha salió al embarcadero. Su aguda vista oteaba el mar, inclinándose sobre el agua donde ardía la luz de la luna. A esta parte de los canales, Venecia era triste. De pronto, Fioretta advirtió la conocida góndola y escuchó también la voz inconfundible de su desvelo.



Impartía a los músicos órdenes de serenata. Dispersos acordes de viola, de laúd y mandolina subían desde la embarcación en sombras hasta las estrellas, que Fioretta vió temblar a través de sus lágrimas. Asiéndose a la frágil barandilla de madera, pudo advertir cómo desembarcaba el Príncipe con un movimiento ágil de su cuerpo gentil. Llevaba antifaz, igual que siempre.



La muchacha le oyó reír, sorprendido al encontrarla allí, como esperándolo.



Buenas noches, amable Fioretta. Celebro hallarte sola.

En la mano larga y pálida que sostenía el vuelo de la capa de terciopelo negro con vueltas carmesíes, brillaba un curioso anillo antiguo. La muchacha sentíase extrañamente dócil y empequeñecida.



Mi padre me ha dicho que deseabais hablarme, señor.

—Le dirás a Pietro que mañana te acompañe al palacio de Madonna Laura. Una doncella ha de esperarte en la puerta del muro oeste —dijo el Príncipe con suavidad.

Le darás a ella mi saludo y este estuche.



El brillo de los ojos del enmascarado transió el corazón de la niña, mientras él parecía contemplarla en silencio.



Tendrás un collarcito de ágatas y un rebozo nuevo, si cumples bien esa misión.

Ella hubiese deseado no oír estas palabras con que él se despedía. Lo vio saltar a la góndola y alejarse con servidores y músicos, sin duda rumbo al palacio gris de la mujer de su sueño. Y las revelaciones de Armando turbaron con su recuerdo a la muchacha. Además de significar un sacrificio para su sentimiento, ¿no era un pecado servir de intermediaria en un amor culpable? ¿Y si el esposo de Madonna Laura llegaba a enterarse de la infidelidad de su mujer o del cortejo del Príncipe?

Ya en su casita, Fioretta deseó hablar al padre de sus temores. Pero él dormía con el sueño de su faena agotadora. ¡Pobre viejo! ¿Cómo osaría interponerse ante una orden de un señor de Venecia? ¿Quién era él, quién era ella, su hija, para intentarlo? Las obscuras mazmorras de la cárcel estaban llenas de miserables olvidados, reos de más pequeños delitos. Y Fioretta besó las medallas de plata de sus santos, pidiéndoles protección.



Fiel al cumplimiento de las órdenes recibidas, Pietro acompañó a su hija, al día siguiente, hasta el palacio de Madonna Laura. Y la dejó en compañía de la doncella que acudió a abrir la puerta del muro oeste de la soberbia mansión. Curiosidad y desdén fueron las expresiones alternativas que la mensajera advirtió en la mujer, muy elegantemente vestida, que la hizo pasar.



Atravesaron galerías adornadas con hermosos cuadros, gabinetes lujosos, estancias con muebles dorados y espejos, habitaciones cubiertas por tapices, donde había exquisitos instrumentos musicales y lucernas de cristal. Por fin la doncella ordenó a Fioretta que aguardase en un cuarto, cuyos muros estaban totalmente cubiertos de espejos, las célebres lunas venecianas.



Un desorden profuso reinaba allí, pero se trataba de un desorden lleno de armonía: trajes como nubes nacaradas, terciopelos con labores de plata y de oro, antifaces con velos áureos, tricornios de felpa incrustados con piedras preciosas, guantes de encaje, escarpines de raso, mantos de seda carmesí, yacían en los divanes, sobre largos cofres, hasta en el suelo alfombrado. Y un perfume indefinible sofocaba el pecho de Fioretta.



La doncella apareció detrás de una puerta labrada y preciosa, que acababa de abrirse misteriosamente.



Y la mensajera entró en una habitación todavía más espléndida que la anterior. Parecía tallada en uno de esos cristales donde los venecianos diluían piedras ricas. Y una mujer deslumbradora se adelantó desde toda aquella hermosura.





La dama sonrió, echando atrás los rizos de oro rojo que le cubrían la frente, y extendió su mano fina, donde brillaban exquisitas joyas. Con un ademán de indecible posesión se apoderó del estuche que le tendía Fioretta y lo abrió.

Levantó en sus dedos un aderezo formado por racimos de perlas y hojas de esmeraldas, donde gruesos diamantes figuraban un rocío deslumbrador. Luego de ceñirlo a su cuello albo, y sin una mirada para el billete que acompañaba el obsequio, Madonna Laura se volvió hacia un hombre que pintaba en un extremo de la vasta habitación.



Ahora, Madonna Laura leía el billete y, encogiéndose de hombros, dijo: —Quiere que lo acompañe en su góndola las noches de carnaval...



La dama sonrió desdeñosamente, expresando: —No lo creo, meser Francisco. Ya sabéis quién es mi rey ahora. El Príncipe me aburre. Y hasta lo odio. Es tétrico, tenaz. Ha influído para que el Consejo mandase lejos a mi esposo. Y aunque ello me favorece —como sabéis—, se trata de una actitud despótica, semejante a todas las suyas, que me repugna.



Meser Francisco se aproximó con sus pinceles, sonriendo.



Hubo un silencio, durante el cual la dama retomó su actitud de pose; el pintor volvió a su trabajo. Habían abierto las ventanas sobre el Gran Canal. Fioretta, olvidada, seguía de pie, muda. Madonna Laura la miró con sonrisa maligna.



"Somos de la misma estatura. Te pagaré bien —dijo a la niña atónita— Saldrás con el Príncipe y mi doncella en su góndola, la primera noche de carnaval."



Madonna Laura hirió el suelo con sus chapines de oro, gritando: —¡No estoy habituada a que se discutan mis órdenes! No seas necia, ni temas por tu virtud.

Ese tonto se conforma con besarme las manos...

Sin mirar a Fioretta, la dama continuó diciendo: -Te enviaré un traje apropiado, una máscara y guantes de felpa con mi perfume.

Ni es preciso que le hables.

¡Señora, por Dios!

—Te pagaré bien, muchacha —fue la respuesta fría con que la dama contuvo la actitud suplicante de la florista. Y añadió: —Supongo que prefieres eso y no que tu padre vaya a pudrirse a una cueva sin luz, cerca del Puente de los Suspiros.

Y yo iré con usted al baile de máscaras, meser Francisco.

Despedida con un ademán altivo, Fioretta atravesó varias habitaciones, con la muerte en el alma. La acompañaba la doncella, quien iba permitiéndose burlas acerca de la imprevista situación: —¡Mira que tener el alto honor de representar a mi señora una infeliz como tú!

Al salir a las calles de la ciudad, el dolor de Fioretta era muy confuso: tenía diversas expresiones, que iban del odio a la alegría. Aquella bruja de cabellos de fuego no amaba al Príncipe. Lo engañaba con el pintor a quien había encargado su retrato. Y la pobre muchacha imaginó el desprecio con que Madonna Laura recibiría los cotidianos ramilletes.

Pasó junto a un grupo de pescadores, que la saludaron con expresiones de júbilo y de cariño lleno de admiración para su belleza y su bondad.

Adiós, Fioretta gentil, sirena de coral.

Ella suspiró, sonriente al agradecer aquellas muestras de bondad. ¿Por qué se permitía soñar con alguien lejos de su mundo? Y en eso oyó la voz de su enamorado.

Sé de dónde vienes, Fioretta.

La joven se estremeció. —Haces mal en seguir mis pasos, Armando —dijo con aire ofendido—. Es como si dudases de mí. Y ello no es noble ni justo de tu parte. ¿No tengo yo un padre de cabello cano que vela por mí? ¿No soy suficiente para guardarme? Y el pescador replicó violento: —Pietro sirve al Príncipe, y tú....lo amas. El poder y la riqueza asisten a ese hombre, del que yo tengo que salvarte.

—No sabes lo que dices, Armando —fue la respuesta—. El Príncipe adora a una mujer que lo burla. Ahí tienes lo que pasa.

Cuando el marido lo sepa, tomará justa venganza.

Fioretta asió la mano del pescador, mirándolo con ojos suplicantes. Luego balbuceó en un gemido: —Si el Príncipe muriese a manos del esposo de Madonna Laura, ¡yo...

... me arrojaría al mar!

Armando retrocedió como herido en el pecho ante la confesión que significaban las palabras apasionadas de la inocente muchacha, cuya belleza lo deslumbró en ese instante como el sol de mediodía sobre el mar. —Si estás dispuesta a morir por él —dijo Armando con intensa amargura—, no hay ninguna razón para dudar de que también le darías tu amor, si él se dignara pedírtelo...

Entonces, Fioretta rompió a llorar y con entrecortadas palabras aseguró al joven pescador:-También en ese caso, tendría yo que morir, porque la Virgen y la memoria de mi madre me exigen ser honrada.



Enjugándose las lágrimas, ante la curiosidad de algunas personas que por allí pasaban, Fioretta dijo al muchacho:—Esperemos que el Príncipe no muera, y esperemos también que nunca descienda sus ojos hasta una pobre chica como yo. Tal vez pronto deje de venir a nuestra casa; Madonna Laura debe de reírse de sus flores. Ella sólo ama las joyas.



Ambos jóvenes se separaron sin que la muchacha confiara a su amigo el proyecto de Madonna Laura. Aquella noche, al renovar el aceite ante la imagen de la Virgen, la niña rogó: —Sálvame de todo peligro, Señora, como salvas mar adentro a los pescadores que confían en ti. ¡Perdóname el amor que siento por el Príncipe! Nació de la predilección que él tiene por las flores.



Pietro, a vueltas con sus redes, miraba con ternura a su hija.





Pietro explicó a su hija que se trataba de una celebración pagana. Y en Venecia era un pretexto para que los poderosos llevasen a cabo un despliegue de esplendor y de vicio, a bordo de embarcaciones con tapices, guirnaldas y antorchas, en las cuales ciertas máquinas hacían mover a tritones y ninfas, mientras el aire se llenaba de fragancias y movía las flámulas de oro con suaves ondulaciones.

Cierta vez —continuó Pietro—, los nobles venecianos fletaron un "orbe", gran embarcación en cuyo interior se dió un baile maravilloso. Era una estrella de oro en el Gran Canal.



La víspera de la fiesta, Pietro dijo a su hija: —Estaré dos días ausente, para cumplir un encargo de Madonna Laura en un pueblo vecino. No necesito recomendarte, Fioretta mía, que no salgas de casa estas noches. Tenemos buenos vecinos, para que acudas a ellos si algo necesitaras. La joven oyó a su padre con secreta ansiedad. Se desvanecía la esperanza que había alentado de que la dama hubiera desistido de su caprichosa idea.



Fioretta no durmió aquella noche. No había vuelto a ver al Príncipe, aunque todas las mañanas por encargo transmitido a su padre, llevaba un ramo al palacio de Madonna Laura: rosas o lirios, capullos simples o cálices lujosos, que alternaban con hojas fragantes o ramas muy frescas. Esa mañana, al tomar el presente florido, la doncella le dijo: —Esta noche recibirás un paquete. Debes vestirte con lo que halles en él y esperarme. ¡Buena suerte!



La burla que leyó en el rostro de la mujer y la conciencia de un proceder impuesto y contrario a la claridad de su alma, agitaron el corazón de Fioretta. Apenas cambió unas palabras con la buena vecina que se acercó a ofrecerle sus servicios, si los necesitaba.





¿Dónde estaría Armando? Hacía cuatro días que Fioretta extrañaba su presencia asidua. "Es una suerte —pensó la muchacha—, es una suerte que no se le ocurra visitarme, aunque no lo haría de noche, estando ausente mi padre."



Por un instante, Fioretta creyó posible rehuir la prueba a que iba a someterla el capricho de Madonna Laura, fingiéndose enferma. Pero luego creyó ver una amenaza en aquel encargo que dio a su padre, para alejarlo del hogar. ¿Y si no volvía? Aquellos ojos negros tenían un brillo implacable y cruel...



Y suspirando, Fioretta dijo:

¡Qué triste es el amor sin esperanzas!



Había cerrado la noche. La joven, sentada con una labor en las manos, aguardaba, estremecida... En eso llamaron a la puerta. Antes de abrir, interrogó: —¿Quién es? —La doncella de Madonna Laura. Sí, era ella, puntual como la fatalidad. Vestía de obscuro, con un antifaz. Después de sacárselo, señaló el bulto que traía y ordenó secamente: —Aquí tienes lo necesario para vestirte. Desgraciadamente, me han dado orden de perfeccionar tu tocado y hasta de peinarte... ¡Puf!



Con manos temblorosas, Fioretta se vistió galas espléndidas: una falda amplia de raso; corselete de piedras preciosas; manto deslumbrador, sujeto con un broche de perlas.

Ven; esconderé tus cabellos negros bajo el tricornio con velo de encaje dorado. No te ves mal...



La otra sonrió con desden: —Bastará que dejes tu mano enguantada en la del Príncipe. Y es de esperar que, si tienes que decir algo, tu voz quebrada imite la de una máscara. No soy dada a alabanzas, pero te ves maravillosa. Deja que te sujete el antifaz.



¿Voy a tenerte lástima porque te visten como a una Reina, te pasean en góndola con un Príncipe de Venecia y encima te pagan? ¡Vamos, chica, no me dirás que naciste para monja!



Nací para ser la hija honrada de un viejo pescador.

La otra se quedó mirándola como si viera visiones. Semejante moral sonaba a cuento de hadas en Venecia. Luego de apagar la llama del candil y persignarse ante la Virgen del Carmen, Fioretta se dejó conducir por la doncella. Antes de salir, verificaron en la puerta la soledad absoluta de las calles. Tan sólo se oía la respiración pausada de la marea. Una embarcación obscura aguardaba a las mujeres, que subieron a ella sigilosamente.



A medida que ganaban los canales en sombra, la pobre niña sentíase más asustada. "¿Por qué no habré advertido a mi padre o a Armando? —pensó—. ¿Qué será de mí si el caballero descubre este engaño? Lo más fácil es que su cólera explicable se desate contra mí. ¡Qué triste es la suerte de los pobres! ¡Qué amargo es su sometimiento!"





Ahora la embarcación entraba en aguas luminosas. El aire estaba estremecido por canciones y músicas provenientes de otras góndolas, cuyos tapices multicolores descendían hasta las aguas. Enmascarados con antorchas entonaban la vieja canción de Lorenzo el Magnífico: "¡Qué bella es la juventud! Pero se va a toda prisa".

Con doloroso asombro para su pudor, Fioretta observó parejas que se besaban ostensiblemente en la cubierta de las góndolas; enamorados al parecer, que bebían de una misma copa de oro y luego la arrojaban al agua, invocando a gritos a los dioses paganos. Otros sumergían la antorcha encendida, riendo...



De pronto, la doncella apretó la mano de Fioretta y le señaló una góndola más rica y más iluminada que todas las otras, anclada allí cerca...

Esa es la nave del Príncipe. A ver cómo te portas.



Los gondoleros de la embarcación que conducía a las mujeres maniobraron en dirección a la nave suntuosa, con habilidad y rapidez. Alguien encendió una antorcha en la cubierta e hizo señales.



La muchacha reconoció la alta figura del hermoso Príncipe, sin antifaz, que le tendió la mano sin guante. Y ella sintió que la suya se abandonaba dentro de aquella presión firme y cálida, mientras saltaba a la nave. Una deliciosa música de violas y laúdes coincidió con su arribo a la cubierta, deslumbrante de tapices y antorchas. Pero no vio a los ejecutantes de aquella melodía de amor...



A una señal del Príncipe se apagaron las antorchas. Y mientras la luna de Venecia vertía su llama de plata antigua, oyóse el suave rumor de las aguas que la góndola empezaba a surcar. La doncella había desaparecido. Fioretta advirtió que el caballero y ella estaban solos, a proa. Y él le indicó suavemente que tomara asiento sobre los suaves tapices, tendidos allí.



La música y la locura reinaban en las embarcaciones que discurrían por el agua en todas direcciones. Fioretta vio arlequines contorsionados por la risa, máscaras de enormes narices que parecían burlarse de ella. Una mujer seria y hermosa, de torso casi desnudo, parecía lavar sus sortijas en el agua, inclinada sobre la corriente.



Estremeciéndose, vio pasar a la Muerte vestida de terciopelo negro, levantando la hoz de plata, y, sin advertirlo, buscó refugio junto al caballero, asustada...



Aquellas palabras, dichas en realidad para otra, sacudieron animosamente el corazón de la niña, como si el inmenso artificio de la noche de carnaval hiciera presa de su albedrío con su magia.



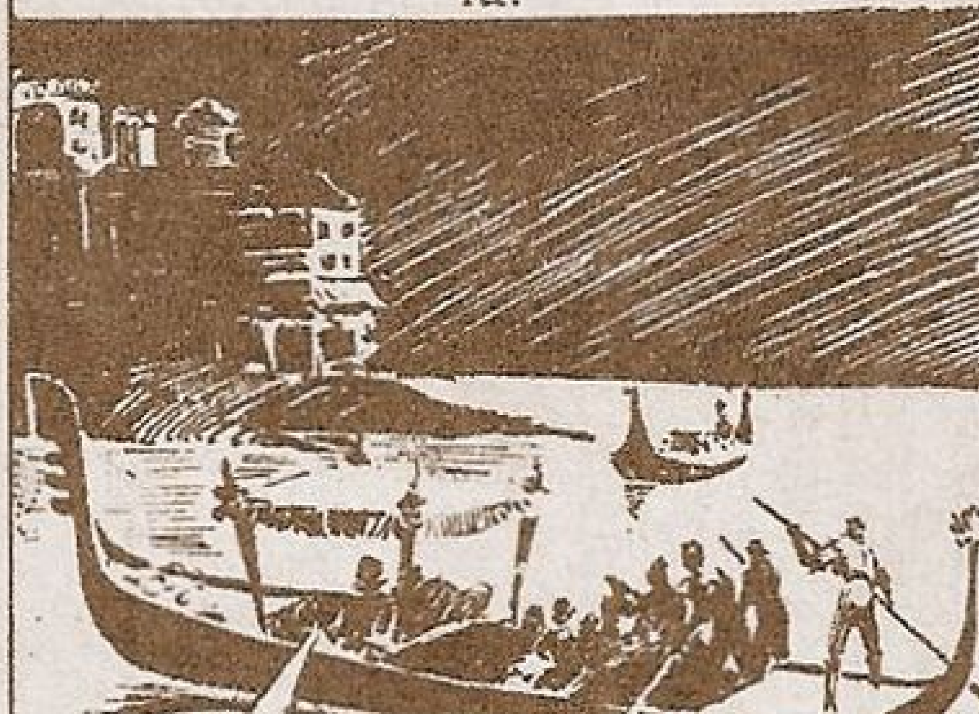
Las manos expresivas y blancas del Príncipe se cerraron sobre las de Fioretta, abandonadas y trémulas, mientras él, con entrañable voz, deshojaba a su oído las palabras de un amor que parecía tener la misma sustancia de las estrellas, porque nombraba a Dios, a la eternidad y a la paz. Bajo el antifaz caían las lágrimas de Fioretta, que pensaba en la inútil inmolación de tan bello sentimiento.



Nunca interesaría a Madonna Laura la pasión que inspiraba. Quizá ahora mismo reía de ella, con meser Francisco, en un baile de máscaras.



Fioretta callaba. De pronto descubrió a la doncella riendo con un marinero, que intentaba abrazarla.



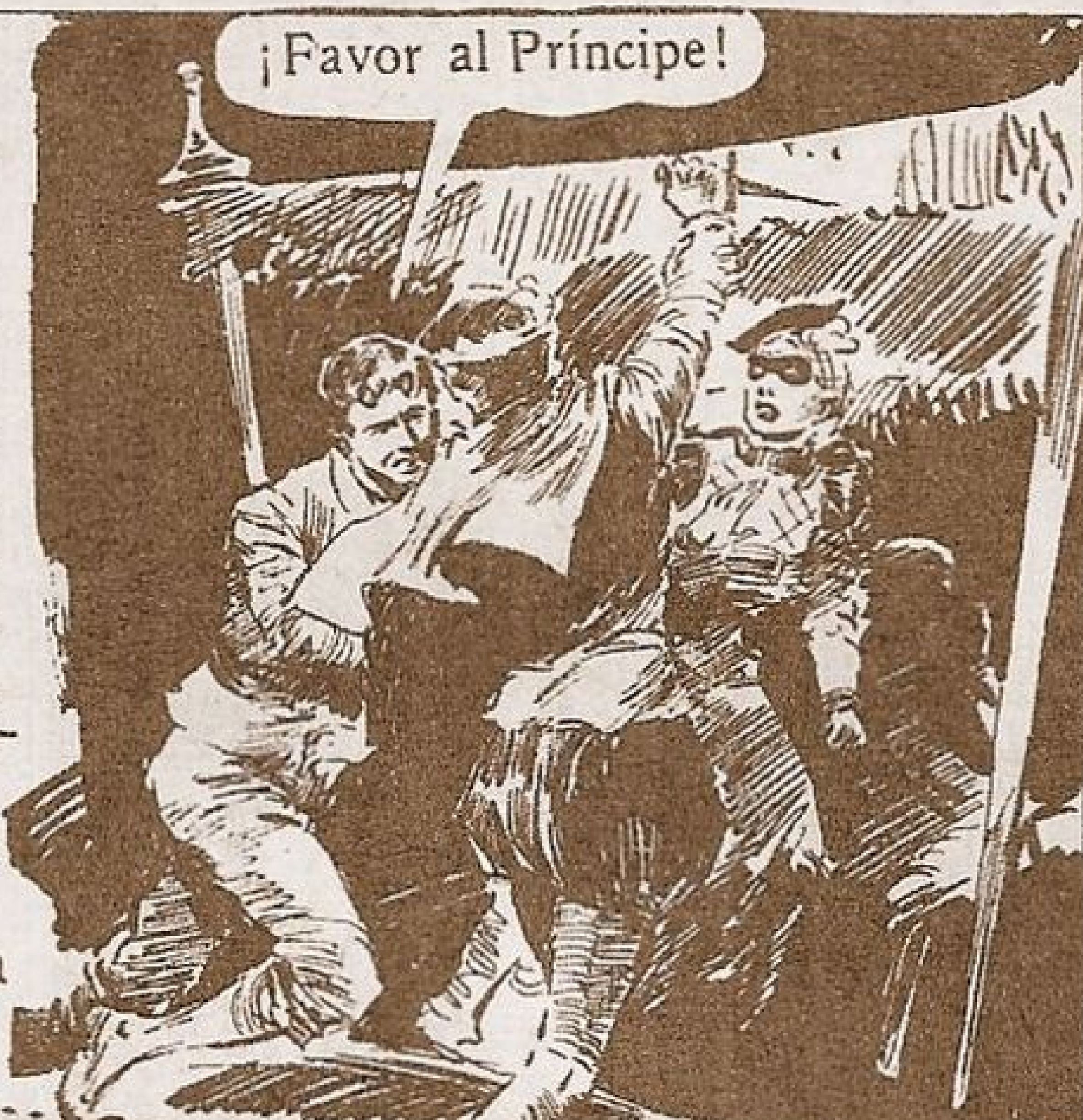
Fioretta se dejaba mecer por las aguas y por el ensueño. Inconscientemente cedió sus labios en un beso casto, con el que entregaba el alma, rodeando al mismo tiempo el cuello de su amado.



Al apartarse Fioretta, con un temblor de angustia y de íntima reserva, advirtió la figura de un enmascarado que se deslizaba ágilmente hacia ellos; casi al mismo tiempo, detrás de él, un marinero, en quien reconoció, atónita, a Armando.



Ligera como la luz, Fioretta interpuso su cuerpo ante el puñal del desconocido, cubriendo al Príncipe, no repuesto de su sorpresa. El filo mortal hubiese destrozado el pecho de Fioretta, si Armando no hubiera sujetado la mano del asesino, mientras llamaba a gritos a la tripulación.



Varios marineros redujeron al enmascarado, quien, luego de mostrar su rostro pálido de furor, increpó al Príncipe, acusándolo de haberlo deshonrado: –Os proponíais raptar a mi esposa. ¡Os acusaré ante el Dux por esta infamia, y quedaréis como un ruin ante el Consejo de los Diez!



Entonces Fioretta, arrancándose el antifaz, apareció bellísima en su actitud arrogante, gritando:



El Príncipe, estupefacto, calló al sentir en la suya la presión de la mano de Fioretta, que continuaba erguida, con gesto desafiante. El marido de Madonna Laura se inclinó ante ella y ante su presunto rival, disculpándose con voz ahogada: —Meser Francisco me ha informado mal, no cabe duda.



Luego, muy confuso, alegó que iba a trasbordar a una góndola que lo seguía.

Adiós, señor.

Ya solo ante Fioretta, los ojos del caballero, deteniéndose con admiración en la belleza de la muchacha, expresaron asombro y reconocimiento.



Armando hizo un gesto vago de certidumbre y de amargura. ¿Cómo decir al Príncipe que se había embarcado para proteger la vida de aquél, que Fioretta amaba, después de haber oído en una taberna del puerto que el marido de Madonna Laura había jurado matar a su rival durante el paseo en góndola que harían juntos la noche de carnaval? Tuvo noticias de ello por la confidencia de un marinero de la góndola del esposo ultrajado. Y pensó: "Fioretta morirá si matan a Monterrosso. Tengo que salvarlo".

Pero, ¡de ahí a suponer que ella había arriesgado su honor acudiendo a una cita nocturna! ¿En virtud de qué ardides? ¿Con qué fin? Porque el Príncipe parecía tan sorprendido como él... ¿Qué misterio había en todo eso?



Y la niña sonrió como si en aquella noche hubiera madurado años y la proximidad de los peligros le confiriesen un valor del que nunca se supo dueña. —Estoy aquí, monseñor, porque Madonna Laura me obligó a ello, amenazándome con hacer encarcelar a mi padre, si no cumplía su capricho. Ella no os ama; ella es como un sepulcro para vos, aunque le mandéis flores y joyas. Le oí burlarse de vuestro cariño con meser Francisco, el pintor, y esta noche lo ha acompañado a un baile de máscaras. Debéis conocer bien a Madonna Laura, señor



El Príncipe le oyó confuso, mientras no dejaba de observarla. Y Armando se mordía los labios, desconociendo a la tímida Fioretta."Parece una reina con sus ropas de señora", pensó el pobre muchacho. Y Monterrosso estaba diciéndose lo mismo, sin poder olvidar el beso que había recibido de aquellos labios puros y valientes."Si alguna vez estuve cerca del amor que canta el Petrarca en sus sonetos, ha sido esta noche de carnaval con luna y engaños" pensaba.



Luego ordenó el regreso a sus gondoleros; llamó a los músicos y brindó con Fioretta y con Armando por la felicidad de todos. Apenas tocaron los labios del pescador la copa de oro que le tendía Monterroso. Un secreto instinto infalible estaba diciéndole que Fioretta nunca sería suya. Y lamentaba la suerte futura de la florista de Venecia, quizá próximamente esclava de los caprichos de un señor que después se olvidaría de ella.



Luego de despedirse de Fioretta besándole la mano, Monterrosso ordenó a la doncella que la acompañase. Y también lo hizo Armando. Iban silenciosos por las calles pobres de Venecia. Triste, el pescador; Fioretta, soñadora.



Habían llegado a la humilde casita de la florista, y ella contestó a las amargas palabras de su amigo de la infancia con otras muy dulces, en que lo bendecía, recordándole que siempre lo había querido como a un hermano.



—Eres bueno, Armando, y Dios ha de premiarte. Ni Dios ni la Virgen abandonan a aquellos que tienen pura intención. No me juzgues mal por lo que has visto esta noche. Esta noche basta para llenar de luz toda mi vida futura. Es como si hubiera vivido uno de aquellos cuentos mágicos que tú mismo referías cuando éramos chicos. Y, al ver a la luz de la luna llenarse de lágrimas los ojos de Armando, lo besó en la frente.



Luego de entregar a la doncella los atavíos y despedirse de ella, Fioretta se arrodilló ante la imagen de la Virgen del Carmen.
—Gracias por todo, Señora. Gracias por haberlo salvado a él de la muerte y del engaño en que vivía con respecto a Madonna Laura. Ahora ya no me importa sufrir. Sé que no he de volver a verlo; ya no encargará más ramilletes a la florista de Venecia.



Al otro día, mientras Fioretta saludaba alborozada a su padre, que había vuelto muy contento, llegó un paje del Príncipe de Monterrosso.



De rodillas ante su padre, luego que se marchó el mensajero, la niña le refirió todo lo ocurrido. El semblante de Pietro se había nublado. De pronto pareció envejecer, y sus espaldas se encorvaron como bajo el peso de un inmenso agobio interior. Severamente dijo a Fioretta:
—Antes que el dolor y la vergüenza obscurezcan mis últimos días, prefiero que nos vayamos de Venecia.



Y como la niña lo miró asombrada, el anciano fue explícito: —Cuando un veneciano ilustre se digna descender sus ojos hasta una pobre niña como tú, es seguro que busca perderla. Y yo no tengo más consuelo ni más riqueza que tu virtud, Fioretta, ¿entiendes? Esa tarde, el viejo pescador, al parecer más tranquilo, dijo a Fioretta:—¿Por qué no te casas con Armando, hijita?



—Porque lo quiero como a un hermano, padre —fue la respuesta. Insistió el anciano con tanta pena, que Fioretta, desesperada, accedió a que llamase a Armando para proponerle la boda que él tanto deseaba. Pero Armando no estaba en su casa. Allí le dijeron a Pietro: — Parece que el pescador halló su suerte, porque lo ha llamado el Príncipe de Monterrosso.



Y aquella noche, cuando menos lo esperaban, como en otros tiempos, el caballero acudió a la pobre casita del pescador. No llevaba máscara; su rostro bello expresaba una suave serenidad cuando tomó asiento en la silla que le ofrecían. Luego dijo sencillamente:



El pescador lo contempló atónito. Fioretta llevó sus manos al pecho, palideciendo.



Y el Príncipe de Monterrosso dijo serenamente: —He conocido el engaño en toda forma, Pietro. Venecia es una ciudad donde el carnaval tiene máscaras diversas. Y estoy harto de ello. Me casaré con Fioretta, porque ella me ama como nunca soñé ser amado. No te agites. No me lo ha dicho. Lo sospechaba. Y Armando acaba de confirmármelo. Debo la vida al extraño, al infinito amor de tu hija, Pietro. No puedo saldar mi deuda sino casándome con ella.



Aquí se adelantó la niña, siempre pálida, y dijo: —No tiene usted ninguna deuda conmigo, señor. Estas palabras no hicieron sino acentuar la expresión maravillada con que el Príncipe contemplaba a la florista. Y entonces él contestó: —Creo que no me has comprendido bien, Fioretta. Me casaré contigo porque te amo como soñaba amar a alguien, dudando de poder conseguirlo.



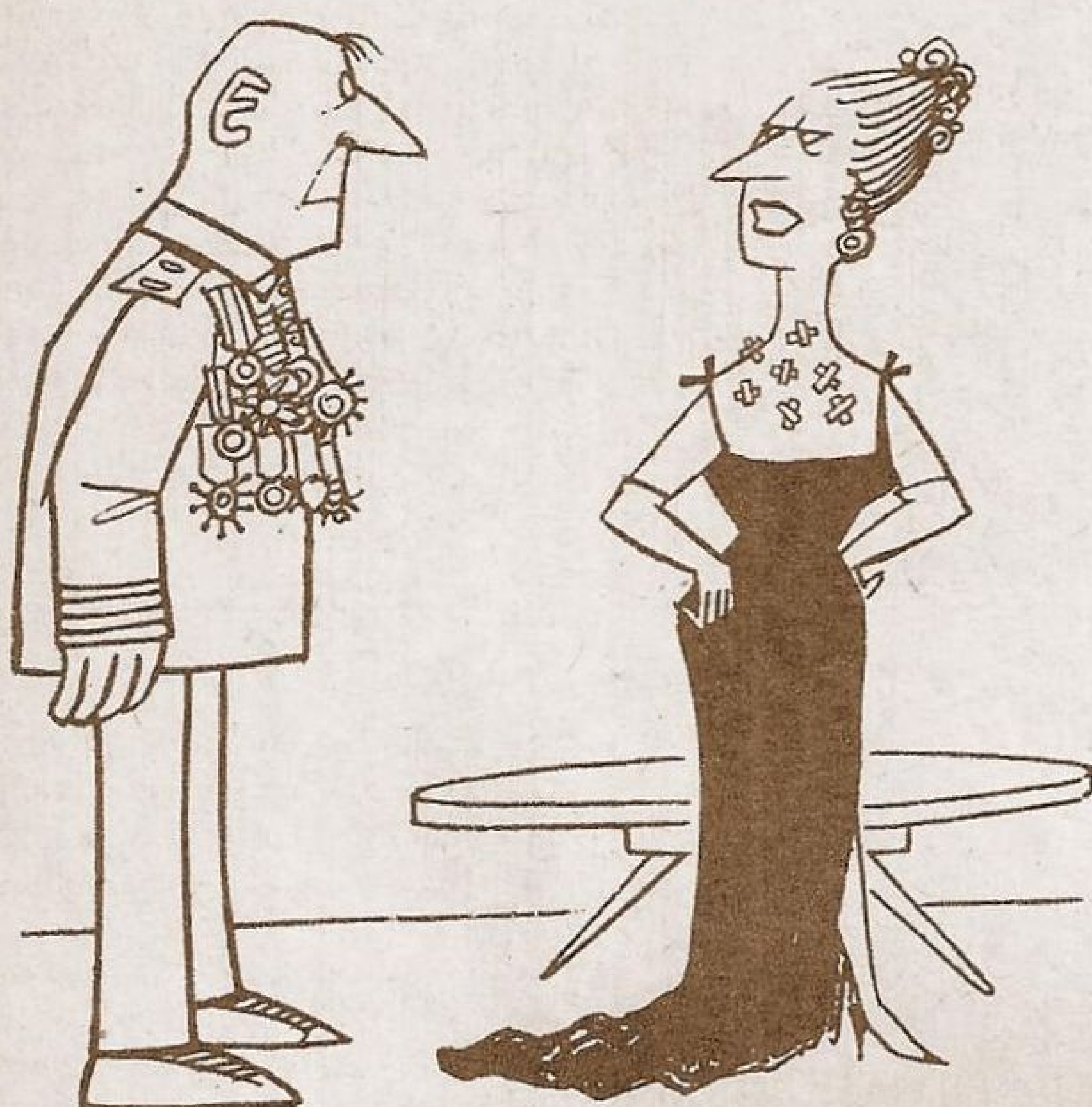
Toda la luz del sentimiento irradió desde los ojos de la niña, que besó la mano de su futuro esposo, quien luego la estrechó en sus brazos, ante el padre confuso. La boda de Fioretta y del Príncipe de Monterrosso tuvo lugar en Nápoles, donde ambos se quedaron a vivir, acompañados por Pietro y por Armando, que prosperó gracias al favor del caballero y contrajo nupcias con una hermosa napolitana.



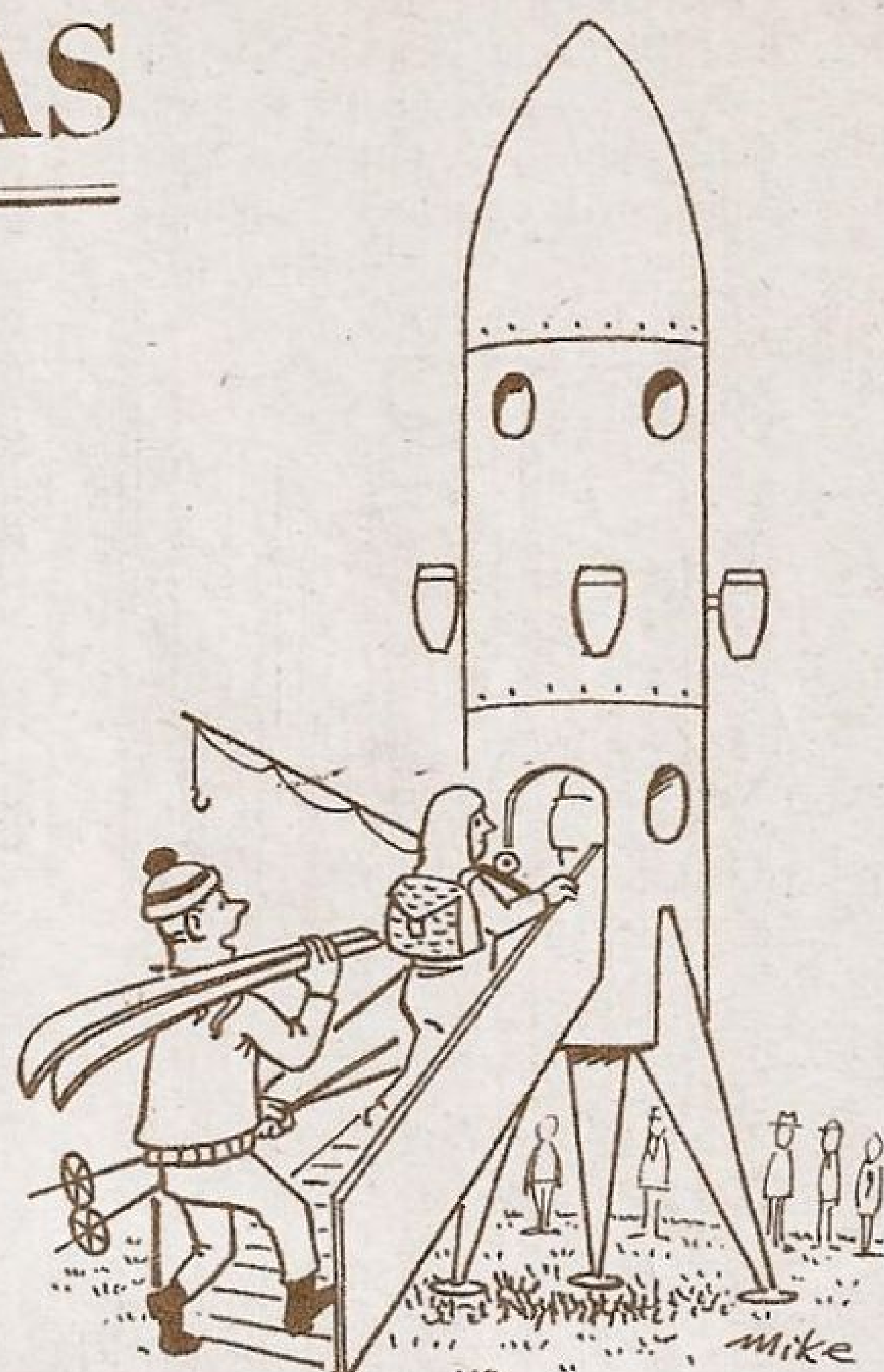
Monterrosso deseó que, conforme a la costumbre de la época, un pincel eternizara la belleza de su mujer, vestida de simple florista. Meser Francisco fue el encargado de hacer ese retrato.



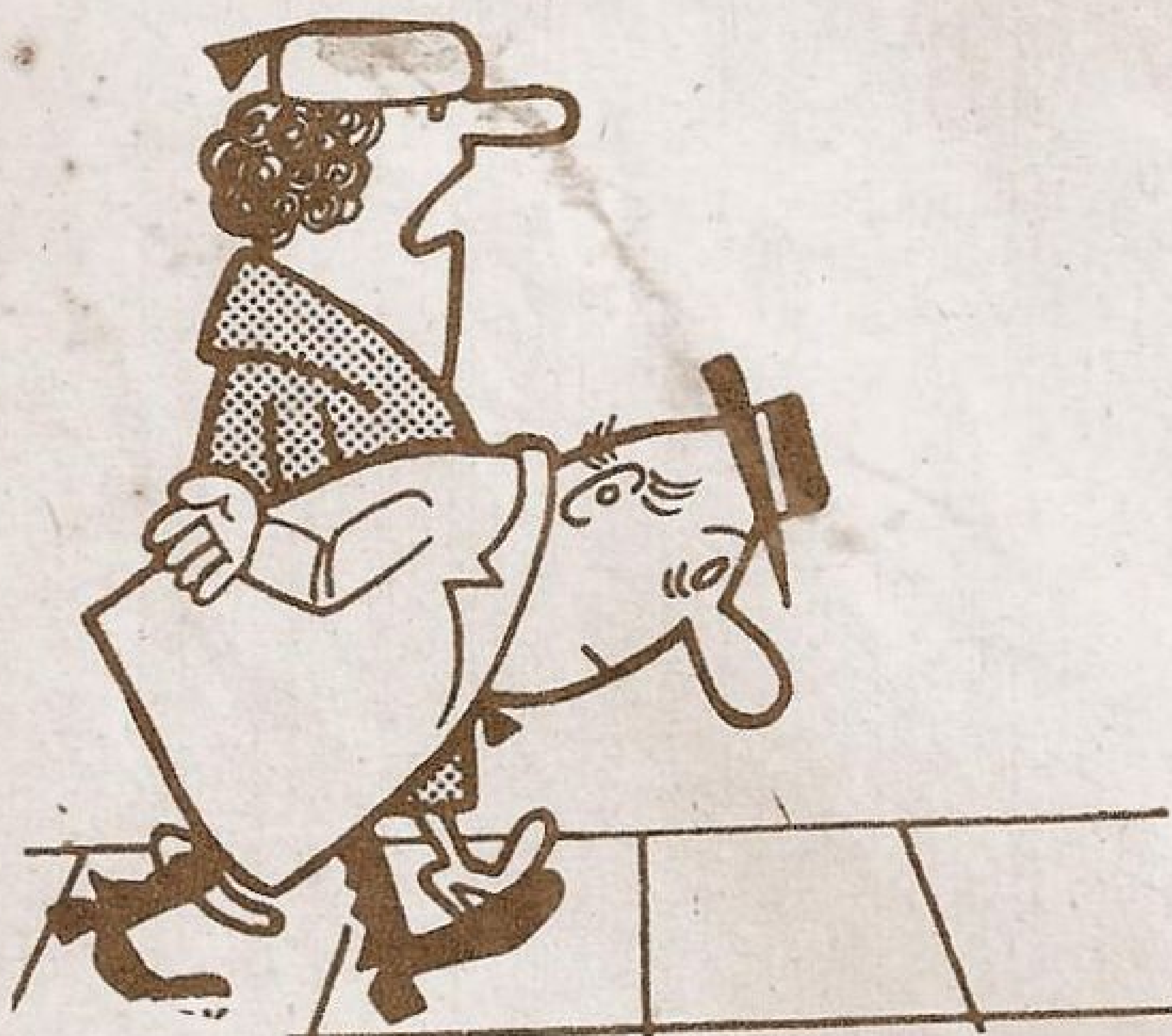
HUMORADAS



-No tengo deseos de bailar esta noche, general. Gracias.



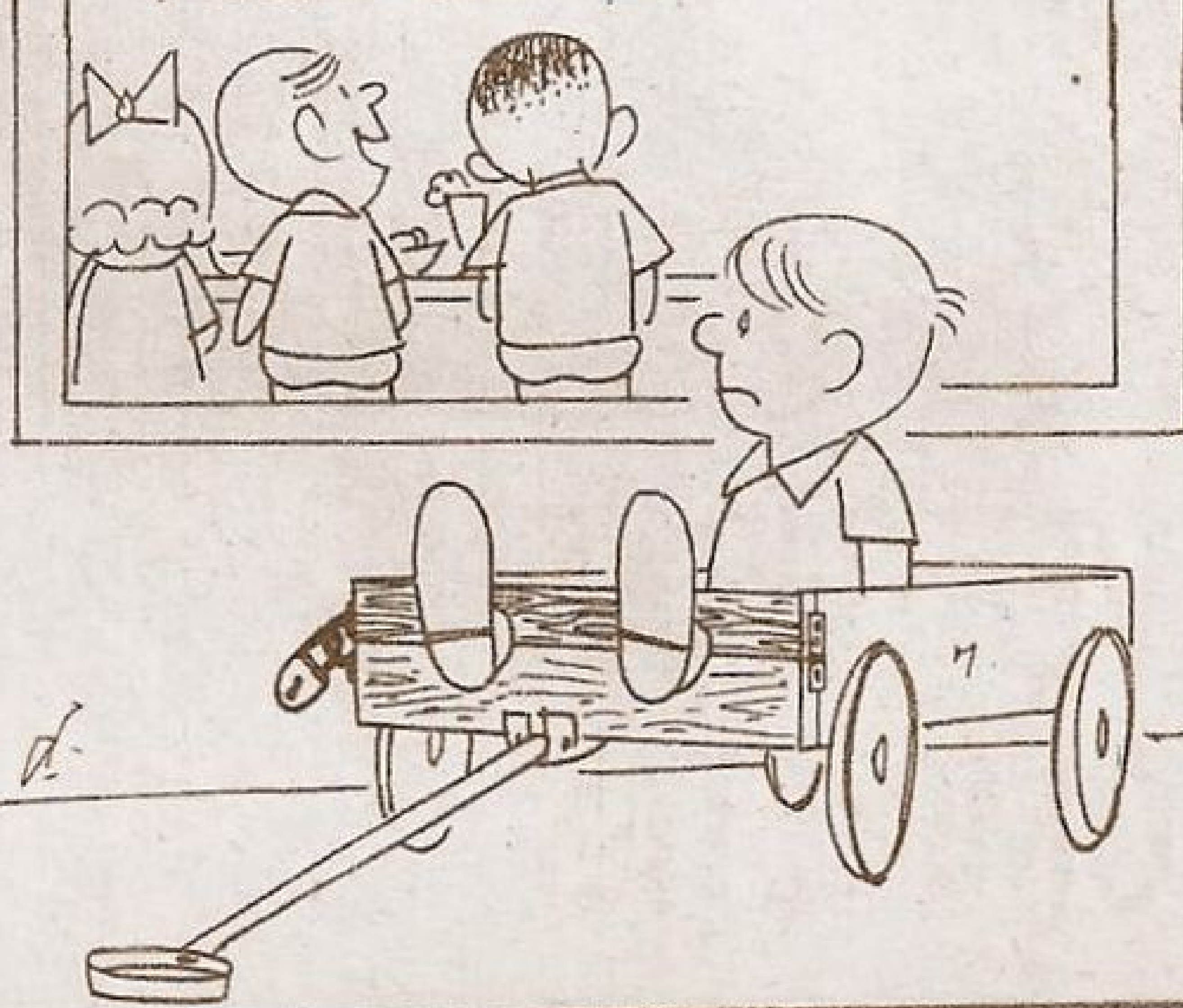
-Ahora sabremos quién tiene razón con respecto al estado del tiempo que hace allá arriba.



-No creo que encuentres la billetera que perdiste el año pasado, querido.



-Es la última vez que nos alojaremos en una habitación frente al mar, Oscar.



EL SEÑOR GOBERNADOR

Por C. de Menezes y V. Carreño

Adaptación • Dibujos de PEREYRA















José Ignacio de la Roza era feliz, a pesar de tener excesivos deberes. La familia - su señor padre acababa de morir -, rodeado de hermanas, y cada cual con sus problemas.



A Felicidad, especialmente, mimaba el señor gobernador. A la hermanita que enviudara meses atrás.



Felicidad abandonó el despacho de su hermano y abrió la puerta a una dama anciana, pero aún muy elegante.

La ví llegar, doña María.

La dama era una visitante de todos los días. Pero esa tarde...

¡La gran noticia, mi querida! ¡Tengo en casa a un capitán de San Martín, nada menos!

"Llegó muy tempranito y lo albergué con mucho gusto, pensando que un militar de tan buena familia...", iba diciendo la anciana.

¿Cómo se apellida?

"Mendizábal. Es el capitán Mendizábal...", dijo doña María.

¿Y es del Ejército de San Martín?

"Uno de los más heroicos oficiales", contestó la anciana, y sonriendo, agregó: "Por dos razones quiero que se vincule con nuestra familia; por lo útil que puede resultarle a José Ignacio..."

... y porque es soltero. ¡Y muy buen mozo!

La viuda bajó la vista.

En fin... ustedes, muchachas, son jóvenes.

Yo me siento realmente anciana.

"¡Con esa carita, y esos ojos llenos de vida...! ¡Vamos!", exclamó la visita.

¡Y con lo que ha sufrido, mi pobrecita! ¡Pero aún eres joven y el Señor te ayudará!

Felicidad sonrió entre lágrimas, diciendo: "Esperanzas..."

¡Son la sal de la vida!

María observaba hacia el interior de la casona.

¿No es el hijo de Mica Sánchez de Laprida? ¿Narciso...?

Sí, es Narciso. José Ignacio lo distingue entre todos.

El apuesto Narciso de Laprida gustaba de las largas charlas con de la Roza.

Haré todo lo que tú me indicas, José Ignacio. ¡Hasta mañana!

El gobernador abandonó su despacho, deseoso de aspirar un poco del aromado aire del atardecer. Cruzó el amplio jardín, salió a la calle, y habría andado unos cien metros cuando ...







"¡Sigan, muchachas! ¡Voy en seguida!", advirtió Tránsito a las criadas. Minutos después, de la Roza y la joven de Oro caminaban lentamente.
















José Ignacio estuvo a punto de decir a Tránsito:"Ella podría llevarte por un camino equivocado, amor mío...", pero no habló.
Su casa, Tránsito. ¡Y que el Señor vele por usted!


De la Roza se sentía molesto por esa alusión de la joven.
(Me informaré sobre ese capitán. ¿Qué tiene que hacer en San Juan? ¡San Martín está en Mendoza!)


Pero la avalancha de problemas, hizo desviar los pensamientos del señor gobernador.
(¡San Juan con sus viñas, sus ríos domados, sus desiertos poblados! ¡Riqueza, progreso!)


Laprida sonreía, compartiendo los sueños de su gran amigo.
¿Y éste mapa argentino cubierto de rayas?
Significa "Tierra no liberada de algún yugo".

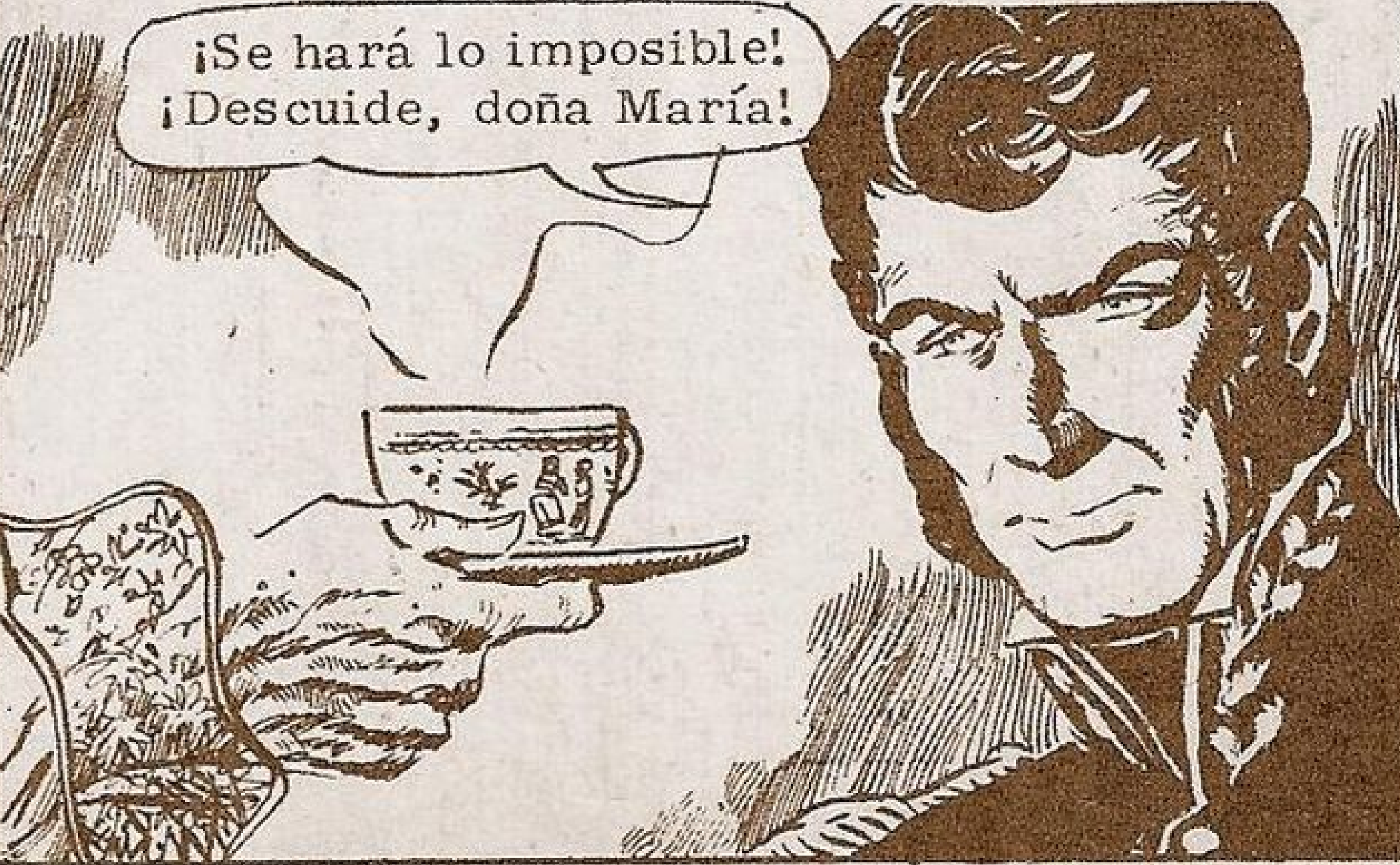

¡Y traidores a cada paso! ¡La legión de los traidores siempre siguen a los que vencen!
Te entiendo; los derrotados siempre quieren vengarse.


¡Por eso debemos prepararnos para golpear!
San Martín espera para formar su poderoso Ejército.


Al respecto, Fray Luis Beltrán ha inventado un carro de guerra capaz de dar vuelta sobre sí mismo en la montaña.


"Nos permitiría bajar como ira de Dios sobre el enemigo", agregó el gobernador con entusiasmo.
¿Tú, doctor en leyes, hablando como un militar?


Mientras tanto, en casa de doña María Morales...
¡Y debe hacer lo posible para que de la Roza no vaya muy lejos! ¡Y será recompensado, capitán!


Hubo un brillo extraño, maldito, en las pupilas de ese militar traidor vestido con el uniforme de Cazadores de los Andes.
¡Se hará lo imposible! ¡Descuide, doña María!


Pero el traidor comprendió bien pronto que su cuello corría peligro ante ese gobernador íntegro, y decidido a todo por la causa de José de San Martín, de su patria, y de su amado San Juan.
(Lo siento, lo siento. Hay que saber esperar.)


Pasaron los meses. De la Roza organizó sus hombres, y un buen día les hizo tomar el camino de Mendoza.
Hoy, quince días sin noticias, señor gobernador.
Despache otro chasque, Junco.


El gobernador se meció los cabellos.
¡Estamos en las manos del Señor! A las once es la misa solemne en la Catedral.


Un año de gobierno había arrojado por lo menos cinco sobre la cabeza agradable, inteligente, de José Ignacio...
(Casi no me queda dinero para realizar ese dique. ¡Y la oposición ciega, que no quiere ayudarme!)


Una influencia misteriosa luchaba contra el gobernador. Una influencia que esperaba verlo convertido en cenizas. "No tiene puntos vulnerables. ¡Te podrás sostener!", le decía Laprida.
¡Soy vulnerable, Narciso! Soy sensible, ¿sabes?


De un cofre extrajo una simple hoja de papel.
¿Espías? ¿Toda ésta gente se opone a tu labor de gobierno?
¡Nunca tantos luchando "contra sus propios intereses"!


De la Roza iba a abandonar su despacho. Laprida lo detuvo.
¡Hasta de noche sin armas? ¡Eres temerario!
Mi conciencia está tranquila; mi cuerpo en las manos de Dios.


Imposibilitado para luchar contra de la Roza, el capitán Mendizábal de dedicó a sacar partido de "su elegancia personal" en fiestas y reuniones.
(¡Oh, la delicada Juana de la Roza! ¡Interesante!)


Para su desgracia, Juana, la hermana del gobernador, se enamoró de Mendizábal.
¡Pronto iré a la guerra, amor mío!


Ella llevó una de sus manitas a los labios.
¿Usted? ¿Por qué? ¿Por qué precisamente usted?
¡Este uniforme no es un adorno, Juana! ¡Por él fuí calumniado, perseguido!













La pobrecilla enamorada tuvo que apoyarse en un muro para no caer, tal era su estado emocional en esos instantes. Finalmente corrió en busca de José Ignacio. Este la escuchó con cierta gravedad pintada en el rostro. Su corazón se desgajaba.









El gobernador hubiera trompeado a ese canalla que se atrevía a vestir ropas militares de la patria. En ese instante llegó Junco, el secretario, con una carta del director supremo.



Escribió unas pocas lineas en una hoja de papel que puso ante la desconfiada mirada de Mendizábal.





"¡Veinticuatro horas! ¡Me alcanzan!" De la Roza guardó el papel en su cofre privado y salió hacia la noche sanjuanina, sin armas, y en busca de Narciso de Laprida. Más al pasar por el taller donde trabajaban muchas damas...

... en favor del Ejército de San Martín, se encontró de pronto en los brazos de Transito de Oro.





José Ignacio la abrazó y besó con ese amor de siempre para la veleidosa criatura. Tránsito lloró; toda ella convertida en un manojo de reproches.





"¡También!", contesto de la Roza en un grito, mientras en su cerebro se agolpaban las preguntas y respuestas.



Pero amaba igualmente a esa extraña y atrevida joven, tan distinta al resto de las hermosas mujeres de su pueblo. Y volvió a besarla, olvidándose de hipócritas y traidores. De esa oscura legión de monstruos que querían asesinarlo fríamente.



Tránsito de Oro estaba en sus brazos, y le decía "que no vivía hasta poder verlo, abrazarlo y besarlo". Y así, mil cosas más; singulares, dulcísimas.



Entre los finos dedos de ella había un anillo. El se separó, repitiendo: "Es mi compromiso contigo, amada".



En la siguiente mañana hubo una violenta escena entre Felicidad y Juana de la Roza, al respecto del capitán Mendizábal.



Felicidad, envuelta en sus negras ropas, marchitándose por sus recuerdos, por sus angustias del pasado, el presente y el futuro, intentó apaciguar a Juana, pero no lo logró. La joven salió a la calle, y fue para mal de ella.



Tránsito mostró el lujoso anillo que le diera José Ignacio, pero ocultó la procedencia. Así era de vanidosa. "¡Muchos pretenden que sea su esposa! ¡Soy joven aún! Uno de ellos, ese capitán porteño..."



No dio importancia a sus palabras. "¡Tengo otra pretención!", siguió Tránsito, mientras "jugaba con fuego", Juana de la Roza apretó los dientes, giró sobre sus talones y escapó de esa mujer que envenenaba su sangre, su corazón.



Llegó Juana ante el despacho del gobernador. Había un mundo de gente; todos alegres, vivando a San Juan, a San Martín, al gobernador. Minutos antes había llegado un chasque.



Juana pudo, con enorme esfuerzo, acercarse a José Ignacio.



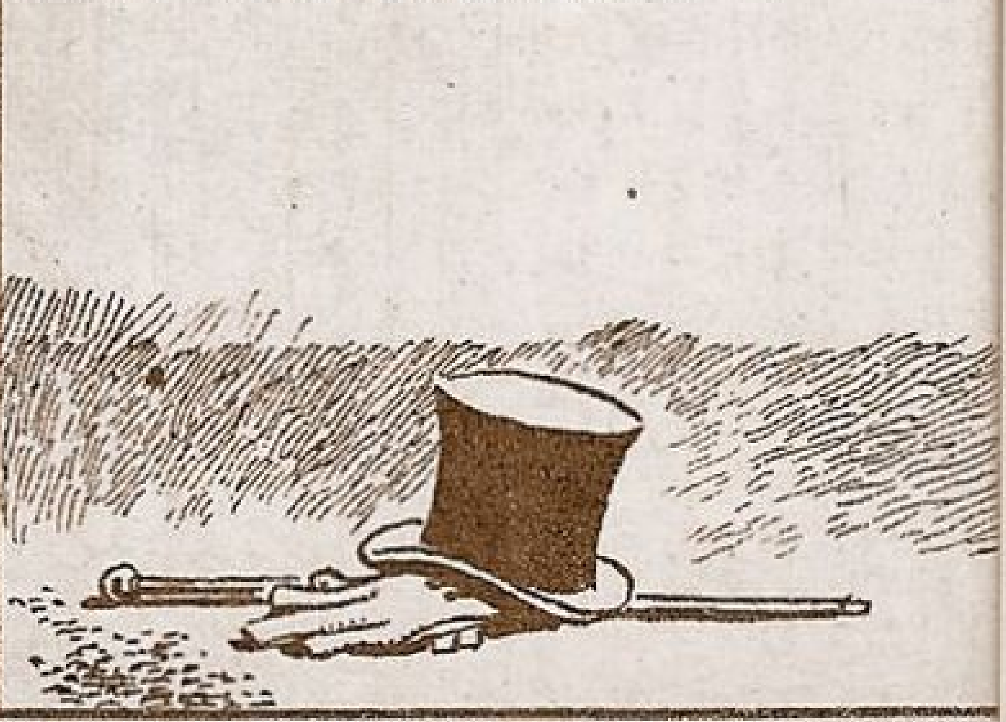
Juana de la Roza quedó contra una de las columnas del despacho. En la calle, gritos, euforia. ¡Y Tránsito de Oro llevando del brazo "al gobernador de la victoria"!



Y así lo hicieron. Se casaron secreta y sencillamente. Pero esa alegría sería "breve como la vida de una flor". Así pudo decir José Ignacio poco después al enterarse de la decisión de su "pequeña Juana".



Tiempo después, José Ignacio de la Roza escribía al general San Martín. "Mi provincia lucha contra enemigos internos; raza de monstruos egoístas que no s detienen en su lucha a favor del mal, de la destrucción".



Concluía así:"Mi fortuna ha desaparecido, y cada día es mayor mi imposibilidad por mantener dignamente a mi familia. Un cerco de desdicha se cierne sobre San Juan. Si somos vencidos, todo se volverá ruinas, infamia, vergüenza."



En su respuesta, San Martín compartía los temores de de la Roza"por la estabilidad futura de nuestra grande y maravillosa Patria"



La insidia logró atraerse poco a poco la opinión de los que aún se aferraban a un pasado de brillantes triunfos armados.



Narciso Laprida advirtió a de la Roza de la gravedad del momento. "¡Los contendremos!", exclamó Laprida. "¡No! ¡Sangre sanjuanina derramada por sanjuaninos! ¡No! ¡Renunciaré!"





Los agitadores pagados vencieron finalmente. La anarquía descendió con sus garras, sobre San Juan sin jefe.

Entonces surgió en la desolada San Juan, una figura esbelta y miserable: el traidor Mendizábal. Llegaba revolviendo despojos; deseoso de venganza, de títulos.



En su celda, espantosa, José Ignacio se abrazó a Felicidad, la hermanita enlutada; la fiel hasta la muerte. El sargento se apartó de las rejas con el corazón apretado.



"Las fincas invadidas; las casas saqueadas; muerte por doquier", narraba Felicidad con tono monocorde. "Tránsito no ha vuelto a verme! ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Todo lo que quiero se derrumba, condenado!" murmuraba el cautivo.





"¡Tengo que ver a mi mujer, a mi hijo!", exclamó de la Roza con los ojos muy abiertos. Felicidad lo acarició compasivamente.

Tránsito se había refugiado en la opulenta casa que ocupaba Juana. ¡Y Juana la había visto humillarse!



José Ignacio pensaba obstinadamente en su hogar deshecho, en la niña muerta, la primogénita, años atrás...







Los días interminables desangraron al hombre cautivo. Y cuando Tránsito lo vino a ver abrazó "un saco de huesos"; un pobre hombre que, empero, seguía firme como un árbol joven y fuerte.



El sargento -el agradecido suboficial- se apartó con respeto de la celda. Entonces Tránsito pudo decir a su esposo: "¡El cofre que me mandaste cuidar lo tengo bien oculto, José Ignacio! ¡En lo alto de la vieja higuera!" De la Roza rompió a reír.



"Si San Juan sucumbe, no quiero vivir. ¡Si muero, destruye ese cofre; quémalo en la forja de la herrería!" murmuró de la Roza.



"Haz lo que te he ordenado", casi gritó el preso.

Hay otros papeles más importantes que esos allí. Ni en ti confío para que los conozcas. Algún día podrías tener la debilidad de revelarlos o lo harías obligada por la fuerza.

¿Y tu heredero? ¡Nunca has pensado en nosotros! ¡Sí, voy a gritarlo, si te empeñas en ser egoísta!

¿Egoísta José Ignacio de la Roza...?

Ella se había apartado, temblando, llorosa; como una madre ante la posible condena de un hijo. "¡He de proteger a nuestro hijo! ¡He de protegerlo, señor gobernador!

¡Quemarás ese cofre antes que caiga en otras manos!

Tránsito cerró los ojos; se desvaneció. José Ignacio llamó al sargento de guardia. ¡Se sentía desvalido, inservible! Poco después ella volvió en sí, iluminándolo todo con sus ojos bellísimos.

El fracaso... nos tiene prisioneros, José Ignacio... ¡Huyamos del fracaso! ¡Somos jóvenes!

"¡Desvarías! ¡Desvarías!, dijo el preso apartándose de su mujer.

¡No huiré, mientras haya un infame gobernando y calumniándome! ¡Espero a la gran justicia! ¡Sí, aún la espero!

¡Nada te importa de nosotros! ¡De tu mujer; de tu hijo!

"¡Los quiero como a pocas cosas sobre la tierra! ¿No quieres comprenderme?", imploró José Igcio.

Has lo que te he ordenado. Hay cosas más grandes que tú y yo en el mundo. Si dejases que cayesen esas cartas en manos de Mendizábal sería un traidor a mi patria, a la causa, a San Martín. ¿Lo harás? ¿Quemarás el cofre como te dije?

Ella pasó más allá de la rejas, y dijo sumamente dolorida: "Y yo sola. ¡Sola entre mis tristezas! ¡Sola para padecer y sufrir! Tú eras... el señor gobernador: yo, casi una esclava... Pero está bien. Se hará tu voluntad.

Al salir encontró la mirada escrutadora de Felicidad.

¡Dios le perdone el daño que nos hizo; a mi hijo y a mí!

Felicidad siguió su camino. El que se había trazado cuando desechó alegría, ilusiones, por no apartarse de José Ignacio de la Roza, el hermano mayor.

"¡Te sacaremos de aquí! ¡Laprida tiene todo preparado para la huída! ¡En otra parte podrás reiniciar la lucha!"

¡Es inútil luchar! ¡Yo, por lo menos, ya no tengo fuerzas! ¡Llega el tiempo de la sangre y el vino!



"Soy un hombre muerto. Mi ciclo ha concluído también", exclamó el prisionero. Felicidad se abrazó a él y le dijo al oído: "El sargento es amigo nuestro. ¡Esta misma noche podrás tomar el camino a Mendoza"!













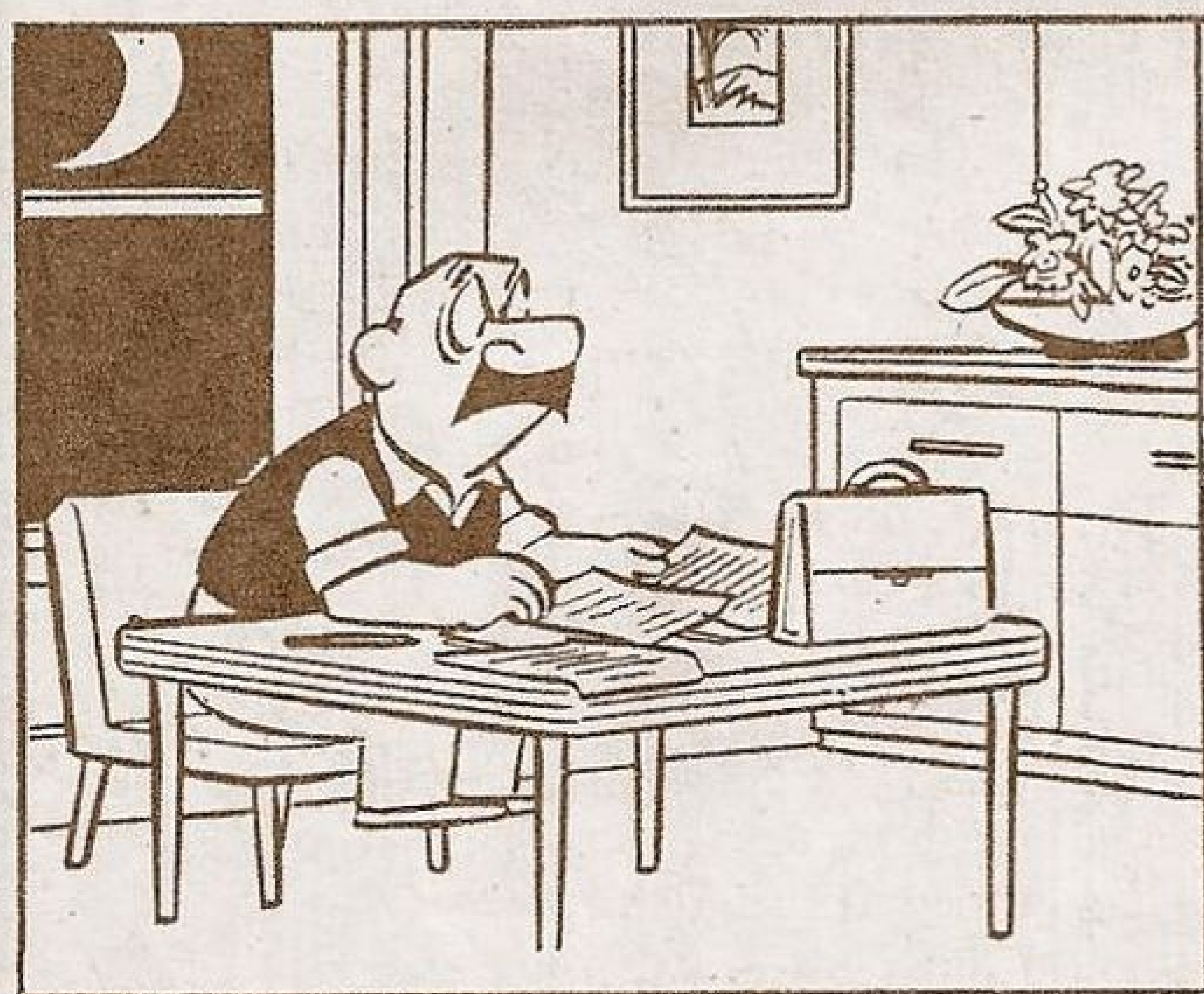
Pero José Ignacio nunca más volvió. Errante, por senderos y tabernas, tenía en los labios una única y amarga frase: "De nuestros huesos olvidados surgirá algún día LA PATRIA VALEDERA"...





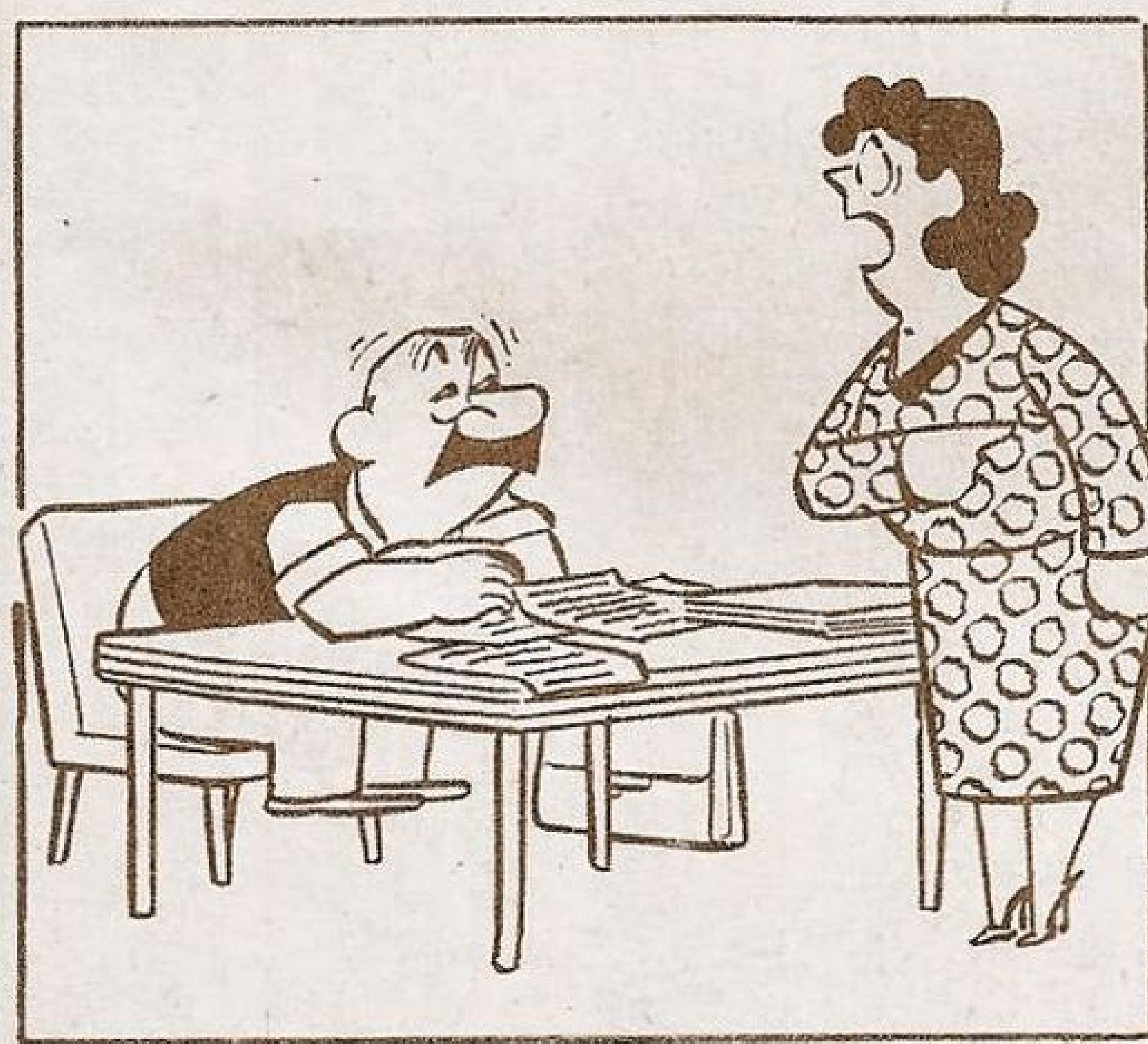




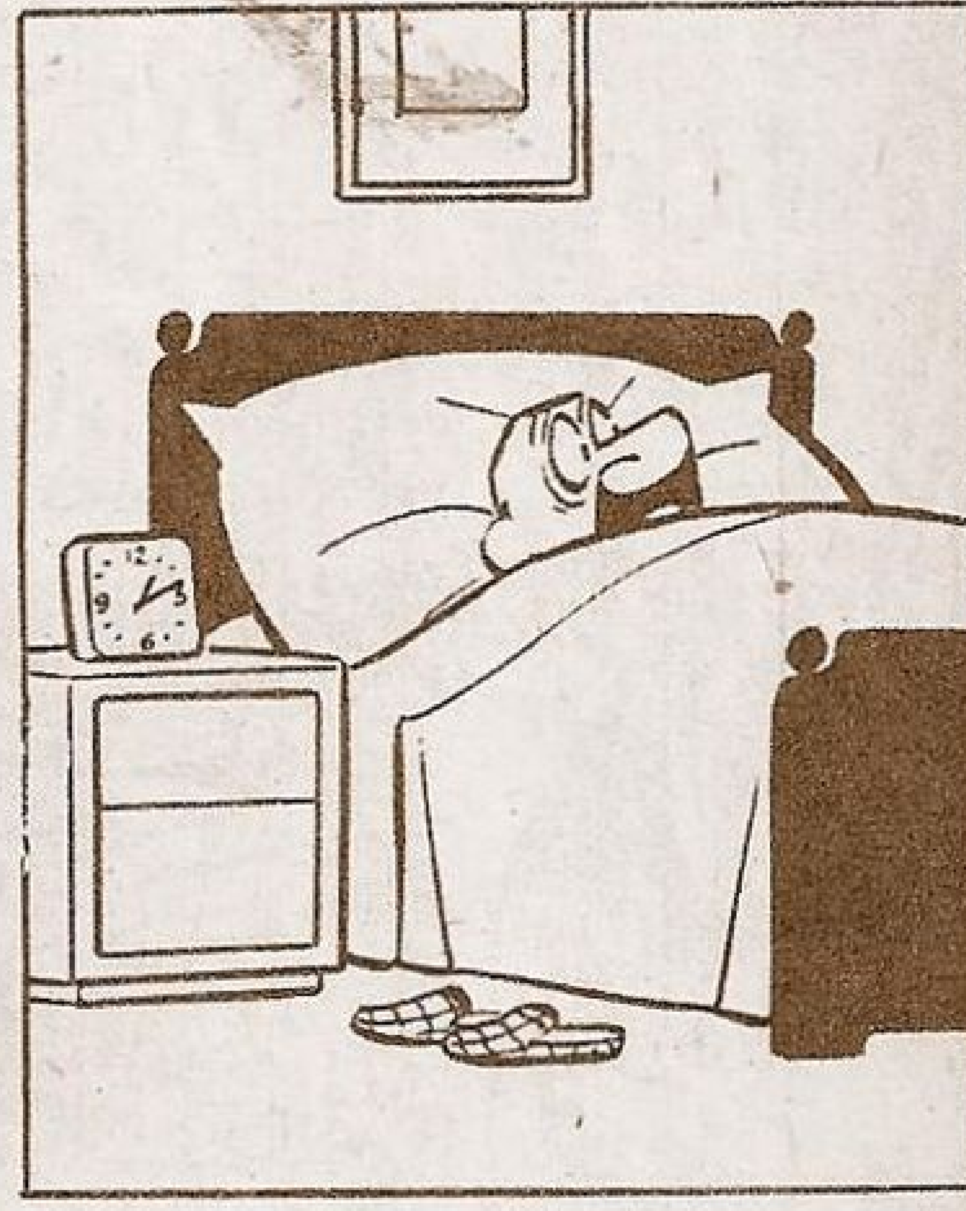




















Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

MONTFLEURY

Por Ina Dhal

•

Dibujos de VOGT



Todo era un poco absurdo. Le resultaba extraño estar contemplando desde el valle, surcado por un río plateado, los prados verdes que morían al pie de las montañas en cuyas nevadas cumbres se producían extraordinarios juegos de luces para recibir el día o anunciar la noche...



Descubría que las divisiones de tiempo, de pronto carecían de sentido. Que la belleza de aquel paisaje suizo era casi irreal, pero existía algo real y positivo: Había llegado. Y ya un abismo separaba París de ese lugar.



Había retenido en la mente las indicaciones, pero decidió preguntar para asegurarse.



El tono paternal le hizo bien. Se sentía menos sola y pensó que Marcel la estaba esperando, lo cual era en parte agradable. Se miró en el espejo del auto y sonrió por el conjunto aceptable de sus cabellos muy



negros, de sus ojos brillantes y de su rostro pálido en el que se destacaban los labios rojos.

Era esencialmente femenino su temor a decepcionar a Marcel después del tiempo transcurrido sin verse. Ella se había preparado para el cambio inevitable iniciado ya espiritualmente entre ambos y evidenciado en las cartas de él, ya que el estudiante que conociera, alegre y espontáneo, se había trocado en un hombre introvertido, parco en demostraciones, conciso en frases.



El paisaje iba haciéndose más agreste y la temperatura descendía. En voz alta formuló la joven su pensamiento:



En el despacho sumido en una fría penumbra violácea, la mano nerviosa y delgada encendió la lámpara, pero los ojos continuaron retenidos por la visión del exterior.





En la voz controlada se adivinaba empero el deseo de que llegara el momento de descanso para el hombre que no permanecía mucho tiempo en un mismo lugar, que siempre estaba atareado, que jamás podía pensar en sí mismo.


En esa ocasión la respuesta fue, no obstante, inesperada.
Sí, encienda el fuego. Debo pasar varias horas aquí.


Los troncos comenzaban a crepitar y Marie sintió que su viejo rostro se arrebolaba por el calor. Ordenó un poco las cosas hábilmente, sin hacer ruido y luego salió para dejar que Marcel trabajara tranquilo.
Cuando más tarde abrió la puerta, lo encontró todavía inactivo y sumido en sus pensamientos.


Doctor. Ha llegado la doctora Moreau. ¿La hago pasar?
¡Sí, sí, por supuesto!


Marcel respiró hondo. Su pasado volvía. Sus sueños de estudiante, sus ilusiones... Se había preparado para ese momento, pero temió que la emoción que sentía destruyera la capa de frialdad que ya era habitual en él.


No era justo que el reencuentro se produjera en un lugar como aquél, pero logró disimular la rebeldía contra el destino y avanzó hacia ella, sonriendo.
Es agradable comprobar que no has cambiado mucho, Marcel.


Su voz, pese al tono apagado, era inconfundible. Aspiró su perfume que era el mismo de aquellos años atrás. Comprendió que era preciso fingir igual que ella.
Tú tampoco has cambiado, Dénise.


Más tarde, el recuerdo de ese instante sería tema de una conversación fundamental entre ambos. Más tarde serían realmenteELLOS y no dos seres hablándose mecánicamente. Pero aún no podían saber lo que sucedería y trataban de salvar el momento sonriendo, enlazadas las manos inexplicablemente.


El formuló de pronto la pregunta temida "¿POR QUE...?" y ella se desprendió de la fuerte presión para acercarse al fuego y esquivar la mirada sagaz.
Mi vocación fue siempre grande, superior a todo razonamiento. Busca en ello una causa.


Y necesitaba dejar la ciudad, que me ahogaba. Por eso acepté tu proposición. Hubiera ido a cualquier parte del mundo.
¿Una huída? No es esa la solución...


Lo sé, por supuesto. Pero no puede evitarse. Y he de rogarte algo; que evites en lo posible hablar de mis motivos para estar aquí.
De acuerdo.

Trataría de complacerla, como siempre lo había hecho. Ante ella se mostraba pasivo y por ello había dejado que la vida los separara y sólo el azar los reunía de nuevo.

Mañana veremos lo que hay que hacer. Esta noche...

Hubiera querido decirle que esa noche les pertenecía; que él trataría de infundirle nuevas esperanzas, de hacerla creer en el mañana; pero sólo acertó a decir algo trivial.

Esta noche eres mi invitada, y cenaremos juntos.

Resultó una velada deplorable. Dénise no tuvo apetito. Los platos casi intactos fueron retirados. Después de tomar dos tazas de café, ella demostró su cansancio.

¿No te importa que me acueste?

Fue largo tu viaje y debí sugerírtelo hace un rato, pero te retuve egoístamente. Mañana te mostraré el sanatorio.

Entonces, hasta mañana, doctor Delange.

Sonreía ella por primera vez desde que llegara, y con esa sonrisa, los años transcurridos se esfumaban.

Hasta mañana, doctora Moreau. Marie te acompañará a tu habitación.

Muchas veces durante esa noche interminable, se preguntó Marcel cuál debería ser la conducta a seguir en adelante. Dénise no podía haber olvidado cuánto representó en su pasado, y él estaba dispuesto a decirle lo que significaba en su presente, pero quizá interpretara mal sus palabras.

Y cuando ya la madrugada azulaba los picos nevados, se decidió a callar.

Cuando Marie la introdujo al día siguiente en su consultorio, fue casi brusco al saludarla, mientras que ella se mostraba expansiva e ilusionada.

Desde mi habitación se ve un paisaje maravilloso. Pienso que todo va a resultar muy fácil aquí...

Los días serán cada vez más largos, y las montañas llegarán a oprimirte. Hasta aborrecerás este paisaje.

Lo miró con asombro y pena por su dureza.

No me alientas mucho...

Tendrás que superar la prueba tú sola. No será fácil si sueñas o esperas demasiado...

Dénise miraba de nuevo las cumbres nevadas. ¿Sería realmente tan difícil superar el momento que vivía y encontrar la anhelada paz interior...?





Esperó sin impaciencia a que su amigo se decidiera a expresar sus sentimientos. Michel conocía bien a Renny Wellesley, y por eso sabía de sus distintas y hasta opuestas personalidades. Play-boy, aventurero y deportista; político lleno de inquietudes; tradicionalista y conservador, heredero de una gran familia...

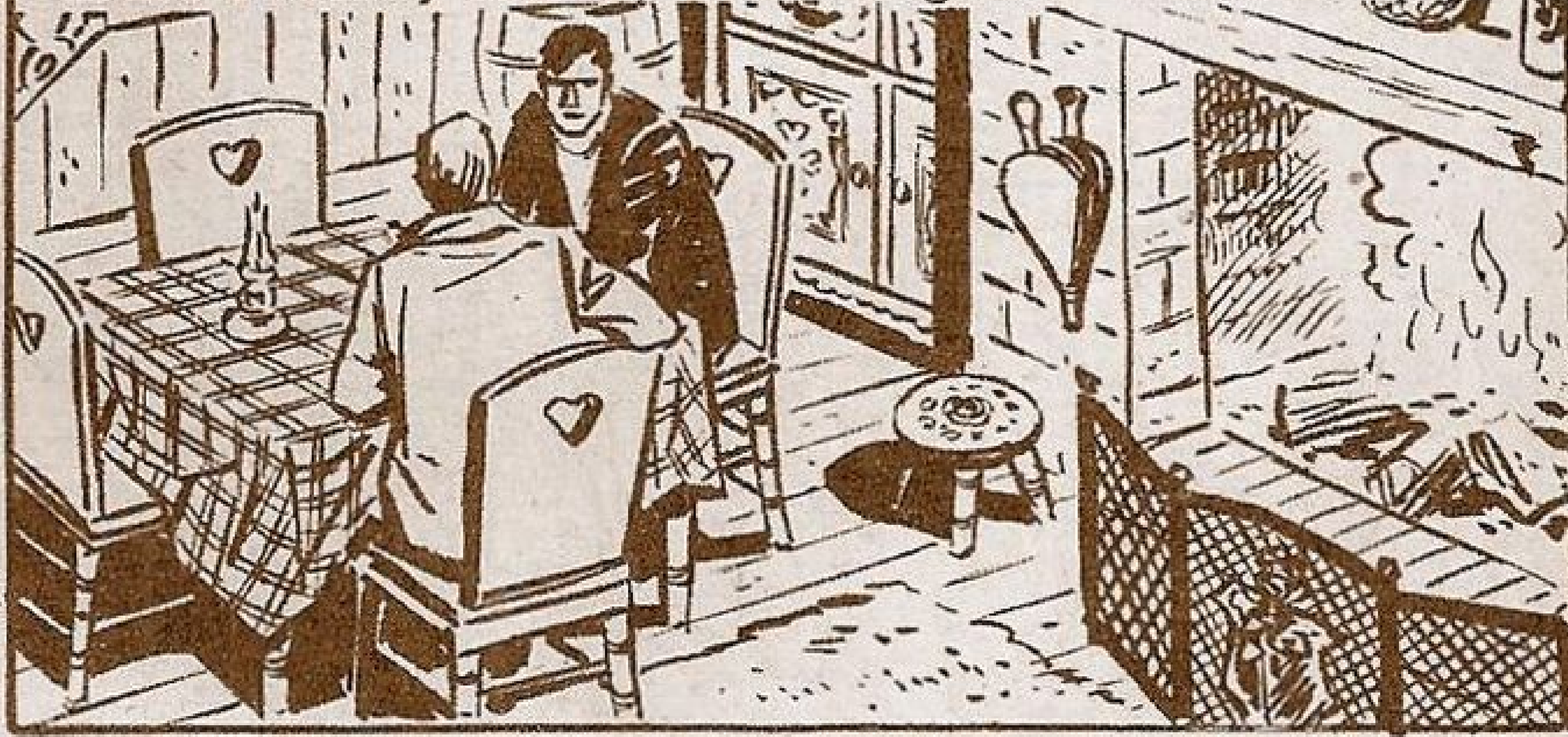
Pero siempre ecuánime, seguro, positivo.


















Supieron que estaba en el Sanatorio "MONTFLEURY". Que el trabajo allí era agotador, y por lo mismo, escasas las veces que podía descender al pueblo. Correcta pero reservada, no daba lugar a la insistencia de los amigos.


Los ojos de Renny estaban fijos en aquellos otros violáceos, y por vez primera hizo una pregunta directa, apremiante.
¿Podemos acompañarla?


Una breve pausa, mientras ella miraba el fuego, las mesitas acogedoras, el rostro de madame Dufour, con cierta tristeza.
Gracias. He venido en mi auto y puedo regresar sola. Ha sido una conversación muy agradable.


Al llegar al sanatorio, comentó el encuentro con Marcel. Su tono pretendía ser alegre, vivaz...
¿Por qué te engañas? Viniste decidida a pasar tus horas aquí arriba. A no hablar ni ver a nadie. Y eso es lo conveniente.


La rutina, los horarios, empezaban a oprimirla.
¡Para ti todo resulta fácil!
Soy el primero en no salir nunca.


Al dejar "L'AUBERGE", Renny habló de ella.
Nunca creí que tuviera alguien realmente ojos color violeta. ¿Te fijaste que en su mirada había algo de angustia, de inquietud?
L'AUBERGE


A las mujeres les agrada rodearse de cierto misterio, de provocar el interés. Estoy seguro que mañana volveremos a verla.
Tanto mejor, porque es una mujer muy interesante.


Pero hubo muchas mañanas y otros muchos atardeceres sin que la doctora Moreau volviera al pueblo. En vano se había esforzado Renny en descubrir su figura y cuando ya empezaba a aceptar el hecho de que no se produciría un nuevo encuentro, la vio junto a la capilla.
¡Es ella! ¡Y la acompaña un hombre...!


También Dénise los había visto, y espontáneamente hizo un gesto de saludo. Ellos representaban lo que había dejado atrás. Marcel no se había equivocado al pronosticarle cuán dura sería la prueba a la que se había sometido.
¿Tanto interés tienes en que vengan a hablarte?

Marcel conocía superficialmente a Michel Caron y durante unos minutos la conversación se hizo general.

Podríamos almorzar juntos en la hostería.

¿Podríamos realmente, Marcel? Sería agradable.

Lo siento. Tengo que regresar al sanatorio. Pero si quieres quedarte...

A Renny le molestó el permiso concedido como una gracia y la mirada fría del doctor Delange. Cuando quedaron solos..

Es sin duda un hombre autoritario y seguramente por ello no ha vuelto usted al pueblo.

¡Oh... no ha sido precisamente por él!

No dio más explicaciones durante el paseo, el copioso almuerzo, ni el par de horas pasadas en "L'AUBERGE", escuchando una deliciosa música.

Tendría que regresar.

La hemos recuperado y no la dejaremos partir tan pronto.

Algunas parejas bailaban. Renny se apoderó de su mano con un gesto posesivo y la obligó a levantarse.

Los dias han sido demasiado largos sin verla para que hoy dejemos que este domingo termine tan pronto.

Era sugestiva la personalidad de Renny por cuanto mezclaba a la impasiblidad sajona que le permitía alejarse en espíritu, y controlar sus nervios, una impetuosidad y vehemencia latinas. Dénise pensó en ello mientras comprobaba que nadie le había ceñido la cintura bailando, como él lo estaba haciendo.

Se sentía un poco mareada, aturdida...

Cuando entre dos personas existe una gran comprensión, pueden llegar a sentirse solas en medio de la gente. Y eso es agradable.

Michel bailaba con una linda jovencita. Renny y Dénise se sentaron a conversar; y sin preguntas él se encontró hablándole de su vida en Londres, de su próxima boda, y de las dudas que lo llevaron hasta allí.

No es un buen remedio la huída. Hay que afrontar las cosas.

Para poder estar seguros. Regrese lo antes posible a su mundo, Renny, porque sólo así encontrará la respuesta.

¿No podría hallarla aquí?

Tal vez... Pero siempre enfrentando lo que se dejó atrás.

¿Acaso por eso ha venido usted aquí y ha dejado París, Dénise?

Se dio cuenta de su indiscreción al verla rehuír su insistente mirada. Era la segunda vez que se veían. ¿Por qué le parecía que la conocía de siempre? ¿Por qué tenía esa necesidad imperiosa de "saber"? Ella sonrió con cierta tristeza.



Hubo una breve pausa. Luego ...

Sucedió de pronto, imprevistamente. A causa de Marcel, del doctor Delange, quiero decir ...





Dénise comprendió, pero no quería condensar su vida en unas palabras, por lo menos, no todavía. Cuando manifestó su deseo de regresar al sanatorio, Renny la acompañó en el auto de Marcel. Dejaron atrás el pueblo adormecido en el valle por las sombras del crepúsculo, y hablaron animadamente hasta que...



... MONTFLEURY apareció ante ellos. Un cambio se produjo entonces en ella. Fría y circunspecta tendió su mano.





Súplica y ternura en la voz de él. Brusquedad y dureza en la de Marcel al recibirla en el amplio vestíbulo.





Había apoyado con ternura su mano en el brazo de él y de nuevo se reveló Marcel ante su proximidad, ante su gesto dulce.



Dénise estaba cansada de preguntas que no podían ser contestadas. Cansada de todo, huyó para que él no viera las lágrimas en sus ojos ni presintiera lo que comenzaba en su



alma y que era algo más que el afán de aturdirse.

También Marcel decidió en adelante ocultar sus reacciones y no le hizo nuevos reproches por sus frecuentes salidas. Michel notó el cambio y lo comentó:




Sigue no obstante temerosa de él, que la somete a horarios. Terminado su trabajo, podría disponer libremente de su tiempo. ¿Por qué no lo hace?


Michel se inquietó. El interés de Renny podía significar una complicación para éste, pero él no podía hacer nada desde su papel de espectador a veces molesto incluso. Su inquietud hubiera sido mayor de escuchar más tarde la conversación de su amigo con la joven.


Te siento cerca y lejana a la vez. Como si tu cuerpo estuviera aquí, y tú espíritu estuviera muy lejos. Tengo necesidad de saber lo que pasa en tu interior, Dénise.
¿Para qué, Renny? En unos días todo habrá terminado. Tú regresarás a Inglaterra; Michel invitará a un nuevo amigo, y yo...


...es posible que siga allá arriba tratando de hallar la paz que buscaba al venir.
En los dos había estado el mismo anhelo, y en ambos estaba ahora la misma deseperación de saber que ya difícilmente podrían encontrar la paz estando separados.


Días marcados de encuentros y despedidas, con impulsos siempre controlados de dejar en libertad los sentimientos, pero esa noche, ya ante la puerta del sanatorio, Renny afrontó la realidad. Le pareció de pronto muy pequeña e indefensa, con su gorro blanco de piel que destacaba la negrura del cabello y la luminosidad de los ojos en los que había una gran tristeza.


Tomó sus manos heladas entre las suyas y las besó. Luego...
Es preciso que dèjes tu trabajo aquí.
Renny... no comprendo...


Regresaré a Inglaterra y arreglaré todo. Luego nos reuniremos en París. No podemos vivir separados. ¡Te necesito!
¡Pero eso es absurdo! ¡Es imposible!


Tras el ventanal, la mano oprimía nerviosa las cortinas. Era doloroso verlos allí, tan juntos, ajenos a los copos de nieve que iban cayendo con suavidad sobre ellos. Se dijo con ironía que era un cuadro encantador.


No vio así endurecerse el rostro de Renny Wellesley, al que las palabras de Dénise habían herido.
¡No hay nada absurdo en mi amor por ti!
Tienes tu vida planeada...


Las mejillas estaban rojas, pero el frío intenso la hacía temblar. Haciendo un esfuerzo, siguió allí.
Vas a casarte y no puedo interponerme porque, por otra parte, existe algo que tú ignoras de mi vida...


¡No me importa en absoluto nada de tu pasado! Mañana decidiremos todo. Te esperaré en seguida del almuerzo. Te quiero, Dénise.



Aquellos brazos supieron cobijarla con ternura. Habían esperado muchos años el momento de poder estrechar otra vez a la muchachita que había dedicado su vida a un sólo ideal y que rompiera su noviazgo con él para dedicarse a la medicina, para trabajar incansablemente.







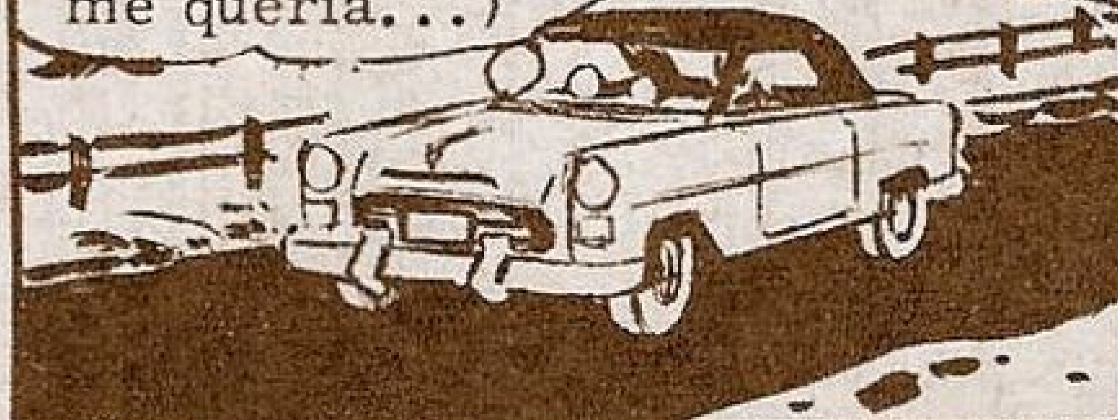
































Sir Renato Wellesley regresaba como cada mediodía del Parlamento. Su vida estaba perfectamente organizada y todos le auguraban un brillante porvenir como político pese a su juventud, hablándose ya de un cargo diplomático para ultimar una difícil misión.


Veré luego mi correspondencia, Sitwell. Sírvame ahora un whisky.


Hay un telegrama de Suiza, señor.
No es posible que...


En su vida cronometrada, no había dejado cabida para los recuerdos, pero se dio cuenta de que estaban allí, de que nada había olvidado, al releer la frase incomprensible de Michel Caron: "Ha sucedido algo. Ven en seguida. Dénise ha regresado." Y ninguna referencia al acontecimiento que tanta sensación causara en Londres.


En Montfleury llegaba a su fin un día más de intenso trabajo, y el director del sanatorio, el anciano doctor Eriksson, reservó para ese momento las palabras que tanto dolor causarían al que ya en realidad conocía el veredicto.
Hay muy poco que hacer. Hemos agotado todas las posibilidades.


Se rebelaba el hombre que suplantaba al médico.
Es necesario apelar a todos los recursos. Reconozco que el organismo ha llegado al límite de resistencia, pero... ¡no puede ser ya el fin!


El médico movió pesaroso la cabeza. Se había enfrentado con uno de los casos más extraños y tristes, pero no podían hacerse milagros con quien, conociendo el peligro, había arriesgado a sabiendas la vida.


La pregunta que un día hiciera Marcel con desesperación estuvo en los labios de Renny al llegar a Suiza, al conocer la verdad.
¿Por qué...? Pudo decírmelo, no nos hubiéramos separado y ella no habría cometido la locura de abandonar este lugar.


Michel, pesaroso, comentó:
Quizá tuvo miedo de destruír una ilusión. Fingía trabajar en el sanatorio. Ella no creyó enamorarse primero, y después...


De algo se alegraba Michel y era de saber que Renny también la quería, pues aún creyéndola perdida para siempre para él, en cuanto llegó a Inglaterra había roto su compromiso con Helen. Se sentía un poco en el papel de Destino y deseaba que se produjera el reencuentro de su amigo con Dénise.


Tendida en su lecho se la veía pequeña y frágil. Había algo aterrador en su inmovilidad. Sus cabellos oscuros, esparcidos sobre la almohada, contrataban con el rostro aún más hermoso en la palidez. Marcel, crispados los puños, se limitó a decir:
Se ha dormido... Tuve que darle un calmante.


Renny sentía por primera vez en la vida que las lágrimas se agolpaban en sus ojos.
Es preciso salvarla aunque no sea para mí. No estoy seguro todavía de su amor, pero daría todo la felicidad que ella puede proporcionarme...


... a cambio de que ella mejorara.
Comprendo.


Dos hombres ante la mujer que amaban, aunados por el dolor, por la rebeldía para aceptar una realidad cruel.
¡Renny! ¡No... no debes estar aquí! ¿Por qué lo permitiste, Marcel?


Sollozando se dejó caer junto a ella, y besó las manos de impresionante transparencia.
¡Me quedaré para siempre a tu lado!


Marcel se volvió bruscamente y se alejó. Dénise acarició la inclinada cabeza.
No es posible, Renny. Tenemos caminos distintos. Fue todo un bello sueño y nada más. Un sueño destruído por la realidad.


De nada sirvieron sus súplicas. Dénise no le daba ninguna posibilidad, ninguna esperanza para el futuro e incluso confesaba sus dudas.
No sé si te quiero. Aún sin estar enferma, no podría darte una contestación. Trata de olvidarme, Renny, como casi había logrado hacerlo yo...


Más que las palabras, lo hirió el tono frío de la voz. Cuando estuvo de vuelta abajo en el valle, Michel fue testigo de su dolor.
Bueno, quizá se marchó por no estar segura de quererte. Y pienso que el doctor Delange siente por ella algo más que un interés profesional.


Fue esa la última pregunta que hizo Renny y obtuvo la respuesta menos deseada.
Efectivamente, fuí novio de Dénise y la sigo queriendo...


Anochecía. La nieve caía lentamente sobre la montaña y la habitación estaba sumida en una penumbra azulada.
¿Por qué lo dejaste partir, Dénise? ¿Por qué le mentiste?


El sacrificio quedaba resumido en unas breves palabras.
Ambos sabemos, doctor Delange, que no tengo muchas posibilidades a mi favor. No podía destrozar su vida uniéndola a la mía, no "podía" saber que lo amo.


De lo contrario no habría querido regresar a Londres ni aceptar el cargo ofrecido. Y tú sabes que "todo" puede terminar en unos días.


Era agradable saber que Marcel estaba a su lado, y mientras moría el día, Dénise trató de adormecerse. Quizá en sueños podría evocar el rostro del hombre que amaba y al que sin embargo había apartado de su vida.


La vieja enfermera miraba con tristeza la pequeña habitación desmantelada.
Un año es demasiado tiempo para ver que ahora sus cosas ya no están aquí...


Ella en cierta forma va a estar siempre en esta habitación, Marie...


Había sido aquel un largo y duro año. Marcel contempló el día luminoso que vestía de fiesta los campos.
Dénise ha dejado la oscuridad, el frío y la nieve de este lugar. Va en busca del sol, de su felicidad...


Abajo, en el vestíbulo, estaba ella, la nueva Dénise, totalmente restablecida. El milagro se había producido.
No creí vivir este momento. Gracias, Marcel. Te lo debo a tí.


Vendré a visitarte de vez en cuando. Ya nunca podré dejar definitivamente Suiza. Me has enseñado a querer este lugar.
Eres ya libre de disponer de tu vida. Puedes ir en busca de Renny. Te corresponde.


Le costó gran esfuerzo decir eso, pero sabía que las cosas no podían ser de otra manera. Y entonces recibió la gran sorpresa:
VOGT. 63


Amo mi profesión y no sabría tener un hogar propio, porque el nuestro está en los hospitales de todo el mundo, junto a los que sufren.
¡Querida!


Junto a quienes sólo tienen a su lado a personas que como tú y yo renuncian a una vida particular. Es casi un apostolado, ¿comprendes?
Trataré de hacerlo... Y me ayudará pensar que a través de tu vocación, seguiremos juntos.


Quedaba atrás Montfleury, con sus días blancos, sus noches interminables, su silencio. La prueba había sido superada. En la despedida, Dénise se había sentido mas cerca de Marcel que nunca. Habían sido ELLOS mismos, al dejar hablar a sus almas. Y ella sintió pena por el hombre que empezaba a envejecer sufriendo en el dolor de los otros.


Sabía que siempre seguiría amando al hombre que un día hiciera que se alejara de su lado, al hombre que ya había triunfado, pero estaba contenta con su destino porque se debía a muchos que la necesitaban, y a los que podría ayudar, tal como Marcel Delange la había ayudado a ella
FIN

AQUI LA NOTICIA

por ALFREDO FERRONI

Los Quintillizos Norteamericanos

Esta tarde fueron bautizados … Mary; dentro de unos días cada uno de ellos recibirá un segun- … excelentes posibilidades de vivir y el padre está preocupado por su poco sueldo. Los quintillizos … Maracaibo.

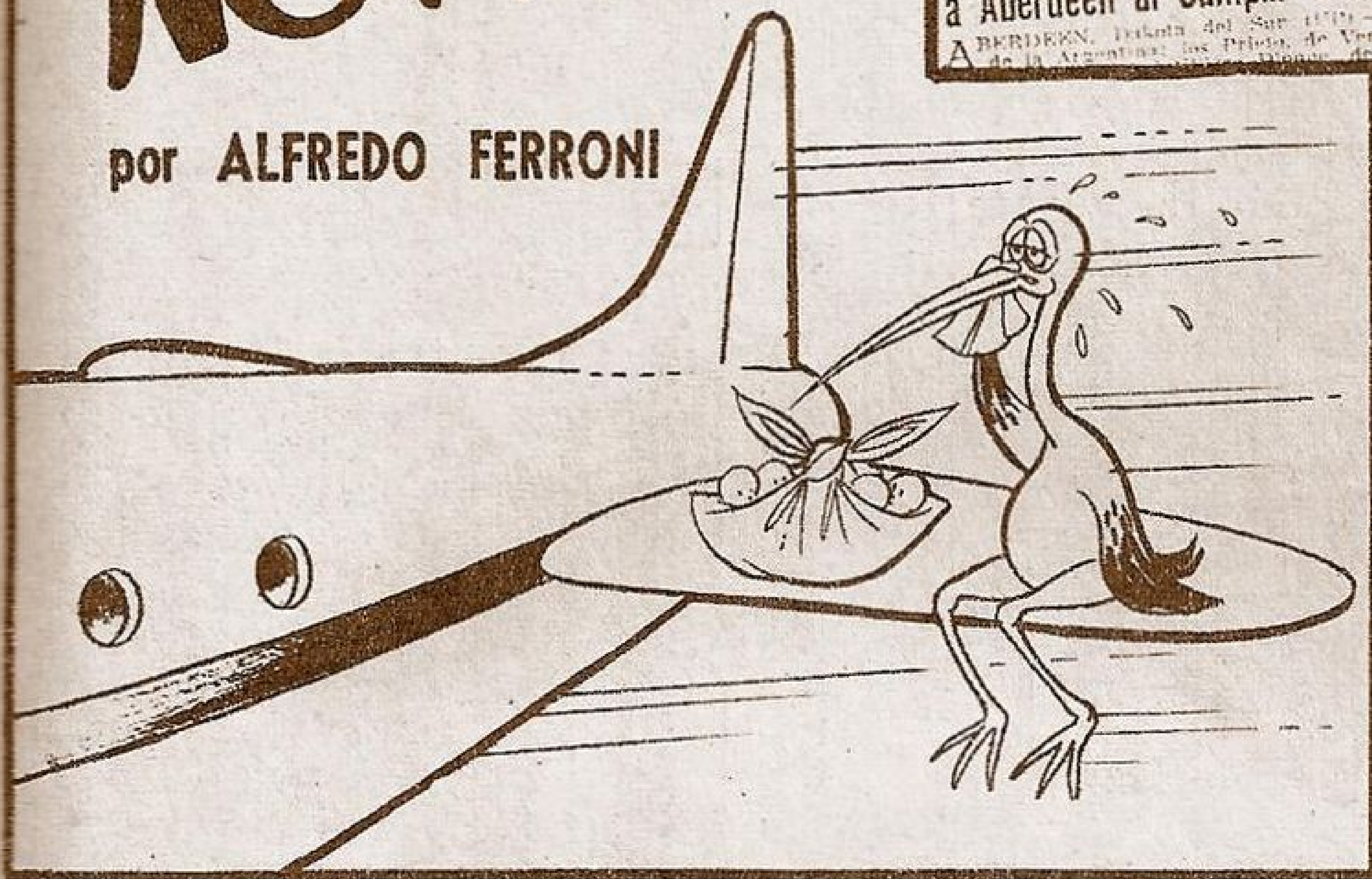
Los Quintillizos de Venezuela

Se hallan en incubadora…

Los Quintillizos Dilligenti y las Dionne Irían a Aberdeen al Cumplir 4 Semanas los Fischer

ABERDEEN, Dakota del Sur … — Los quintuples Dilligenti, de la Argentina; los Prieto, de Venezuela, y las cuatro super… Dionne, de Canadá, serán invitados a …

… nio anterior que viven con ella y su flamante esposo. El padre es un obrero petrolero que ya tenía 8 hijos, cuya tenencia pertenece a su anterior esposa. Hay antecedentes de nacimientos múltiples en la familia…





- Es la última vez que acepto llevar quintillizos.



-El papá de los quintillizos es el señor; el suyo es éste.



-No, no es ninguna broma. Los tiene que llevar todos.



-Sírvase, señor. Creo que le va a hacer falta.



- ¡Un momento! ¿Qué va a hacer?

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos



DR. KILDARE

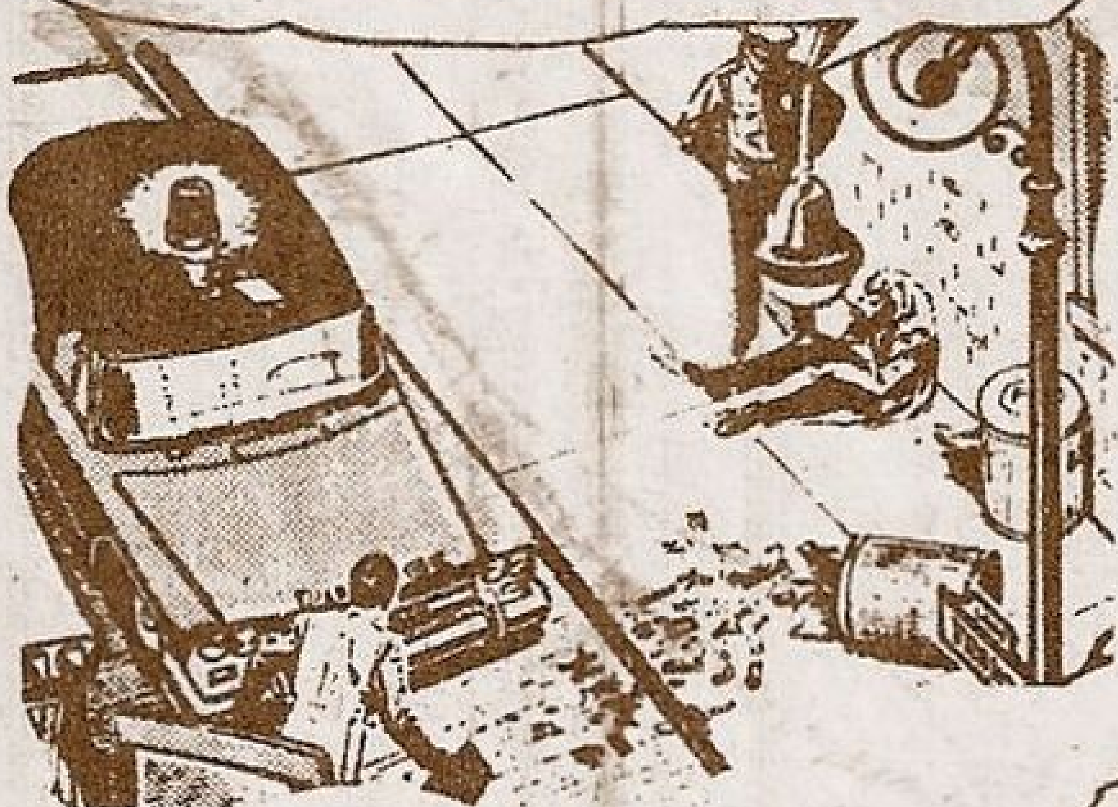
Por KEN BALD




























Doctor Gillespie, el muchacho no quiere dar su nombre. Me preocupan los temblores que tiene. ¿Quiere usted verlo?



Voy a hacerle unas preguntas y le aconsejo no hacerse el gracioso.



¿Sabe una cosa, doctor? Usted se parece a mi padre. Diferente estilo, pero igual actitud.



Mientras...
¿Así que no pueden localizar al muchacho? La palabra imposible no existe en esta organización. Así que encuentren al muchacho, ¿entienden?



El doctor Kildare me ha informado que usted sufre de temblores.
¡Chismoso!



No voy a continuar interrogándolo. Encárguese usted de él, doctor.
Bien, señor.



¿Lo metí a usted en líos con mis chistes, doctor? ¿Lo dejarán cesante?
Probablemente. Bueno, basta de bromas y vamos a conversar.



¿Para qué? Usted me recogió, me remendó las heridas y ahora déjeme seguir mi camino.



Debo averiguar qué es lo que lo aqueja.
¡Cómo se toma en serio la profesión!





Continúa con los temblores y sospecho rigidez en los miembros superiores. ¿Quiere usted verlo hoy, doctor Gillespie?
¿Se refiere a ese "Robin Hood"?



¿Qué alboroto es ése?
¿Quién grita?



¡Quiero ver al director del hospital!



Soy el doctor Gillespie, jefe del servicio médico. ¿Qué desea?



¡Y yo soy L. J. Price! Los detectives privados que contraté me informaron que mi hijo está aquí. ¡Quiero verlo!

¿Cómo se llama?
Puede ser cualquiera. El rey Ricardo III, o Robin Hood.
¡Robin Hood!

Tenemos un paciente en la sala que dice ser Robin Hood.
¡Mi hijo en una sala común!

Señores: soy L. J. Price. ¿Tiene alguno de ustedes la menor idea de lo que ese nombre significa?

Para nosotros, puede que signifique que es usted el padre de un joven rebelde que lo necesita en este momento.

¡Jeff! No sé porqué tolero tus locuras. ¡Mi hijo en una sala común!

¿Y qué es lo que tiene mi muchacho? A mí me parece que está perfectamente bien.
¡Claro que estoy bien! Pero no me dejan salir.

Que alguien me de la ropa, y...
¿Qué te pasa en la mano, hijo? ¿Por qué tiemblas?

¿Por qué no compras el hospital para mí solo?
¿Qué sucede, doctor?
Aún no lo sabemos, señor. El doctor Kildare ha sugerido hacerle unos análisis.

¿Qué clase de análisis, joven?
Sólo exploratorios.

¡No quiero que me hagan análisis, papá! ¡Es una trampa! ¡Sácame de aquí!
¡Puedo hablarle en privado, doctor Kildare?

Bueno, vamos al grano, señores. ¿Qué tiene mi hijo?
No lo sabemos con certeza, señor Price.

Usted parece estar seguro, doctor. Aclaremelo.
Con permiso del doctor Gillespie...

Si el señor Price comprende que ésto es sólo un diagnóstico preliminar ...
Sí, comprendo. ¿Qué tiene Jeff?

El mal de Párkinson.

Presenta los mismos síntomas. Temblores... rigidez en los músculos..., restricción perpectible en la emoción...


¿Cúal es la cura de ese mal? ¿Y cuánto tiempo tomará curarlo? No me importa lo que cueste.
Pero es que aún no estamos seguros de que sea ese mal, señor Price.


Sólo conocemos los síntomas. Estamos a oscuras con respecto a la causa. Tal vez provenga de una lesión al cerebro.


¿Qué clase de médicos son ustedes? Divagando cuando mi hijo está enfermo. ¡Tienen que curarlo! ¿Me oyen?


Para mí las enfermedades son como un problema mercantil. Se vence trabajando e invirtiendo dinero.


¿Qué pasa? Creí que con tu dinero me habrías sacado de aquí hace rato.


¡Saltó de la cama y salió corriendo, doctor!
Está bien. Nos ocuparemos del señor Price.


Jeff: estos doctores creen que necesitas ser hospitalizado. No es nada serio, pero tú sabes lo exigentes que son los médicos.
Lo sé, papá...


¡Y sé algo más:


¡Ellos creen que yo tengo el mal de Párkinson!


¿Por qué crees que tienes eso?
¿Recuerdas cuando enfermé en Europa hace un mes? Te pedí dinero para pagar a los médicos, ...

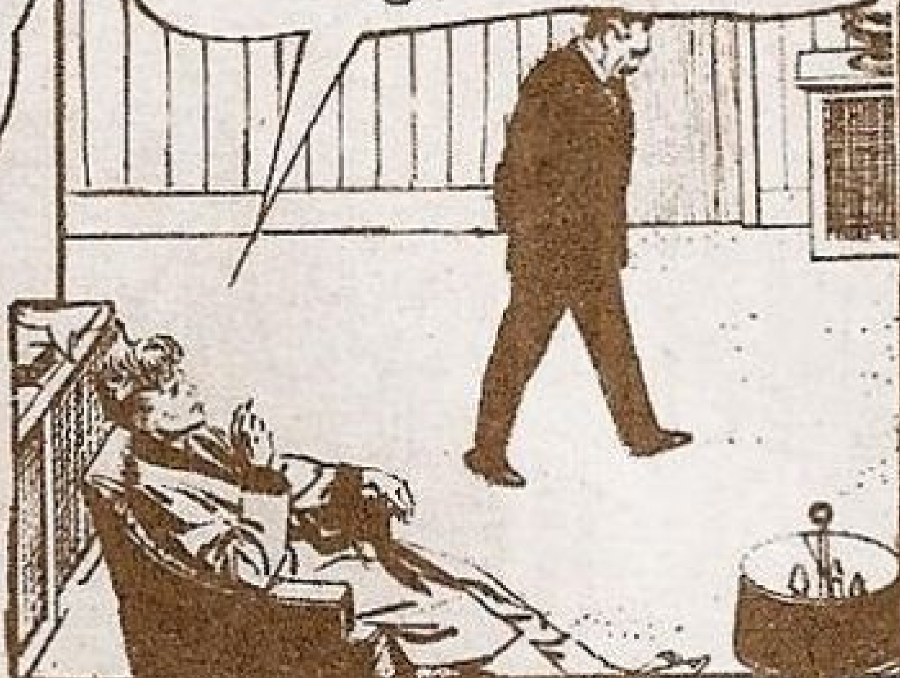

...y ellos me dijeron que era el mal de Párkinson. Yo les contesté que estaban locosy me fuí.


Ahora me parece que no estaban errados. Mira cómo tiembla mi mano a un ritmo acelerado.


¿Qué importa este detalle, papá? Vamonos de aquí.
Quiero hablarte a solas, hijo.


No demoraré, señores.
Tome todo el tiempo que necesite.


Este asunto es muy serio, Jeff.
Sólo si dejas que te agobie, papá. Yo soy un poco filósofo. Si no es el mal de Párkinson, puede ser de algún resbalón en la bañera o algo así...


- No he sido un buen padre para tí, hijo.
Es que te encuentras muy ocupado en tus negocios...


No he pasado contigo ni un cumpleaños. tuyo. Cuando mi secretaria me lo recordaba, te enviaba dinero.


Y yo nunca me quejé, ¿verdad? Tú tenías que vivir tu vida. Lo comprendí desde muy chico. No eres malo, papá.


Vas a curarte, Jeff.
¿Cómo? He leído mucho acerca del mal de Párkinson. Es algo muy serio.


Nada hay imposible, Jeff. Tengo dinero y te compraré la salud. Te lo prometo.


¿Crees que realmente lo podrás?
Jamás he fallado, Jeff, y tú no vas a ser mi primer fracaso.


Tengo que confesarte algo, papá.
¿Qué?


Tengo miedo. Si tengo que pasar el resto de mi vida así, temblando..., mejor no vivir.


¡Vivirás!


Doctor Kildare, quiero verlo mañana en mi oficina a las ocho y treinta.


No puedo, señor. Estoy de turno.


El doctor Kildare irá a su oficina, señor Price.


Cuando Price habla, el mundo escucha, doctor. Usted me hará un gran favor si va a la oficina de mi padre.

Luego...


¿Está usted en cirugía, doctor?
Recibí orden de visitar al señor Price esta mañana en su oficina.









...su nuevo jefe.











...no quiero que haya ninguna duda, ¿comprende? En resúmen: el doctor Holmes va a dirigir ésto y usted va a ser su ayudante.

¡Un momento, señor!



















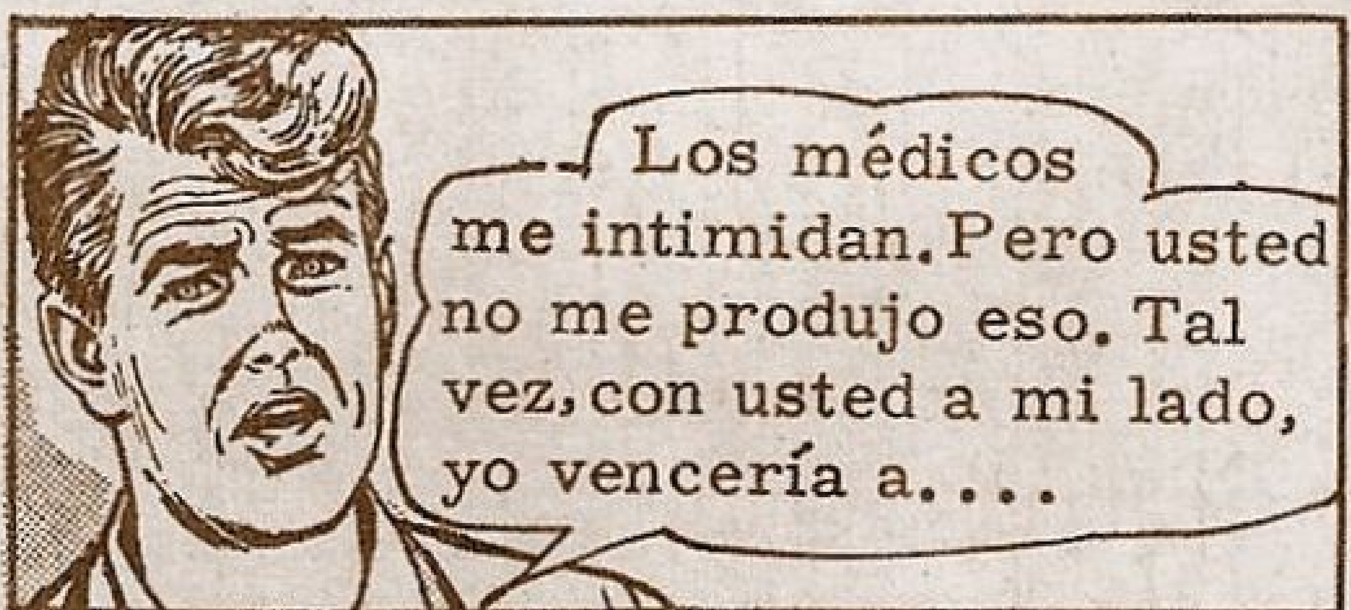


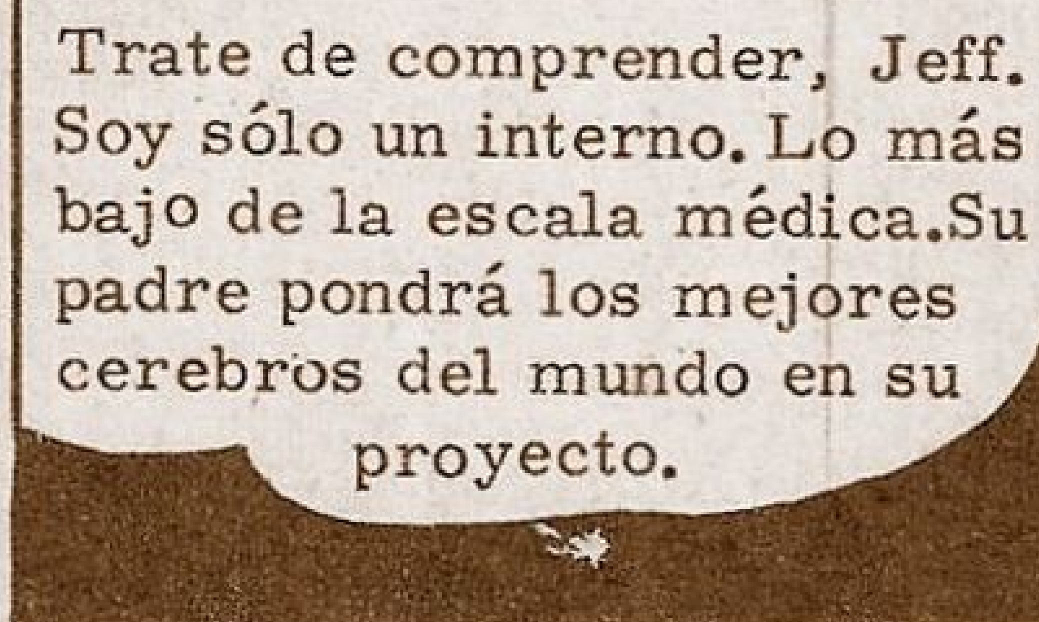






Porque una vez recité las palabras de un hombre al que admiro mucho. "Viviré y ejerceré mi arte con mi pureza y santidad". Sigo tratando de emularlo.










Usted tiene que vivir su vida, y yo... tengo los temblores para mantenerme caliente. Hasta la vista.


¿Doctor Gillespie? Habla L. J. Price. ¿Cómo está mi hijo? Supongo que el doctor Kildare ya está listo para trabajar para mí.


¿Qué? Confieso que me asombra. Estaré allí en quince minutos.


No, Holmes. A ese joven no se lo consigue con dinero. Bueno, por lo menos espero que le asignen el caso de Jeff. El lo necesita.


Pasaré todo el tiempo que pueda con Jeff, señor Price.
Gracias doctor. ¿Cómo lo tomó mi hijo?


Creo que no muy bien. Traté de explicarle, pero temo que no lo conseguí.


¿No es éste el...?
¿El cuarto de su hijo? Sí...


¿Alguien vio salir a Jeff Price del hospital?¿La enfermera Jenkins? Que venga en seguida a verme.


Sí, doctor. Estaba con su ropa de calle. Al preguntarle si le había dado de alta ...


...el me dijo que sí. Que había sido dado de alta por la raza humana.


Habla Price, Sandy. Jeff ha vuelto a escapar y está enfermo. Quiero que venga inmediatamente al hospital Blair.


Un grupo de los mejores detectives de la ciudad estarán rastreando su pista en treinta minutos.


Justo ahora necesito tiempo para un negocio, pero ustedes sigan adelante con el estudio del mal de Párkinson. Buenos días, señores.

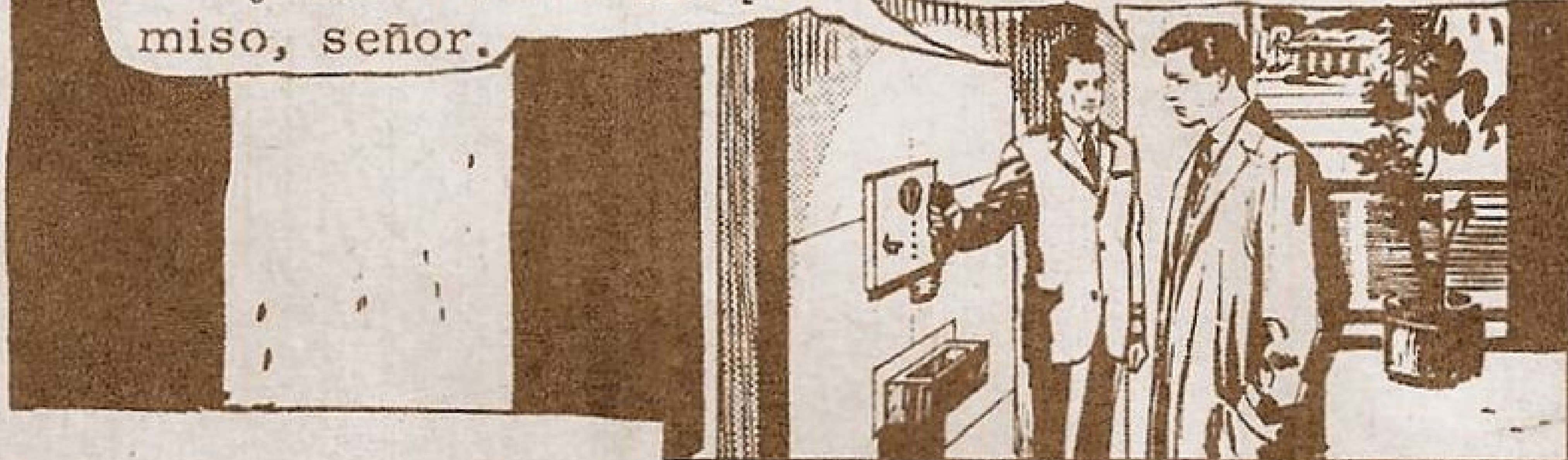

No entiendo al señor Price. Su hijo está vagando por allí y él se preocupa por un negocio. ¿Qué clase de hombre es?





Durante horas, el doctor Kildare visita las cantinas de la ciudad, pero siempre la respuesta es la misma:"No hemos visto a nadie con esa descripción".









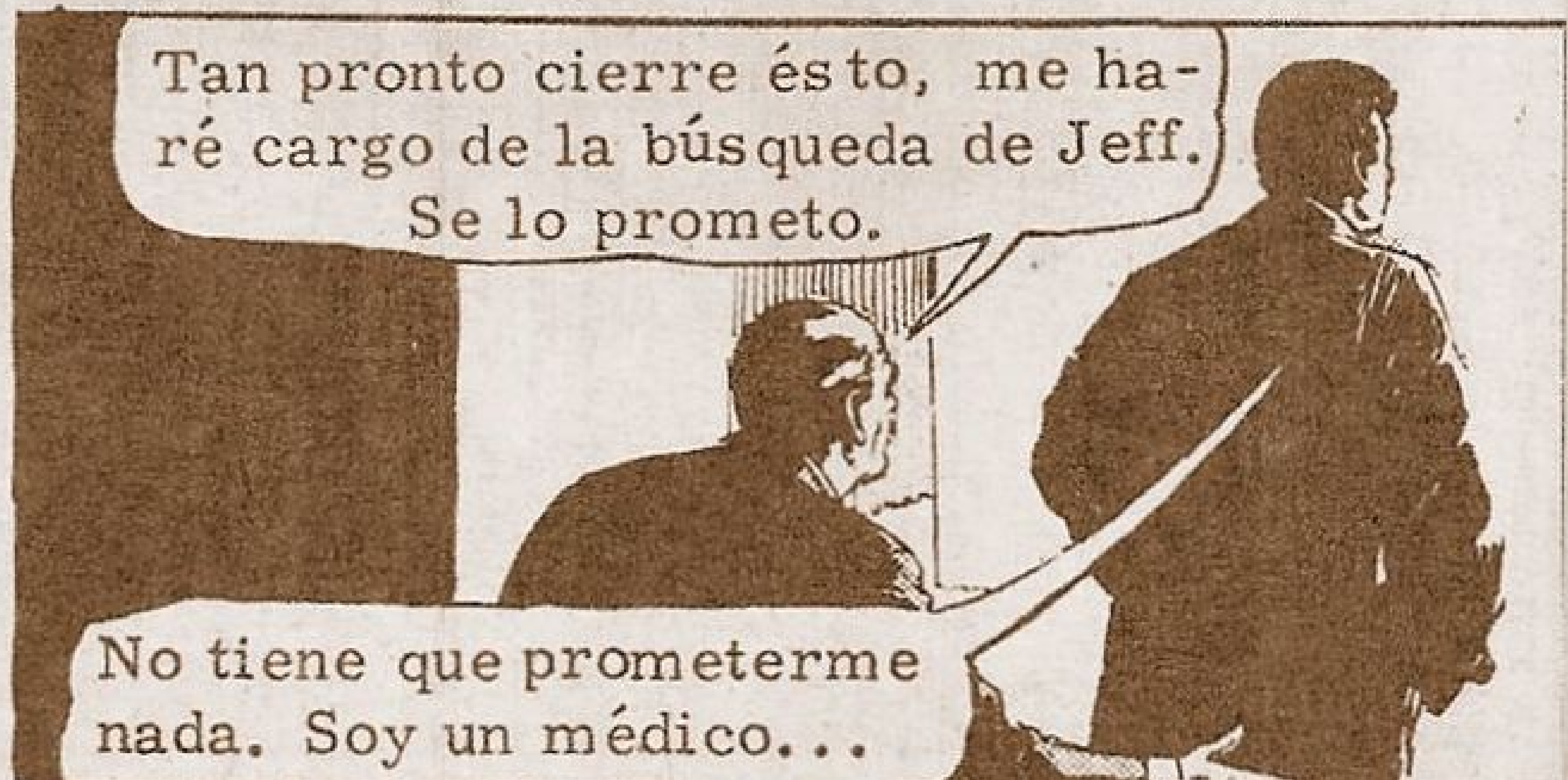













...y usted es su padre. Buenas noches.


La desaparición de Jeff Price ha afectado a muchos en el hospital Blair...
Estás horrible, Jim. ¿No has dormido?
No, Lucy.


(Usted es su padre y yo sólo un médico.)


Sigue, despréndete de las uñas, si quieres, mano estúpida.


Mientras ...
Tengo gente vigilando los aeropuertos y estaciones de ferrocarril, doctor Gillespie. Jeff aparecerá en algún lado.


Luego...
Tengo una idea...


Creo que está escondido en algún lugar de este barrio, cerca del hospital. Está asustado y probablemente no quiere alejarse de aquí.


Entretanto, Jeff...
Café.
En seguida, joven.


¿No se siente bien?
Sí. ¿Me da otra taza?


¿Quiere ponerla allí? La beberé en un minuto.
¿Por qué tiembla, joven?




¿Puedo hacer algo por usted?
Sí. Deme un nuevo sistema nervioso. El mío está perdido.


Oiga..., el vuelto.
Guárdeselo.


Vaya al café de Ana. Si su amigo vive en este barrio, es allí el único lugar decente para comer.


Un joven, de más o menos veinte años, pelirrojo y con pecas. ¿Lo ha visto?
Para decir verdad, ni siquiera les veo las caras.

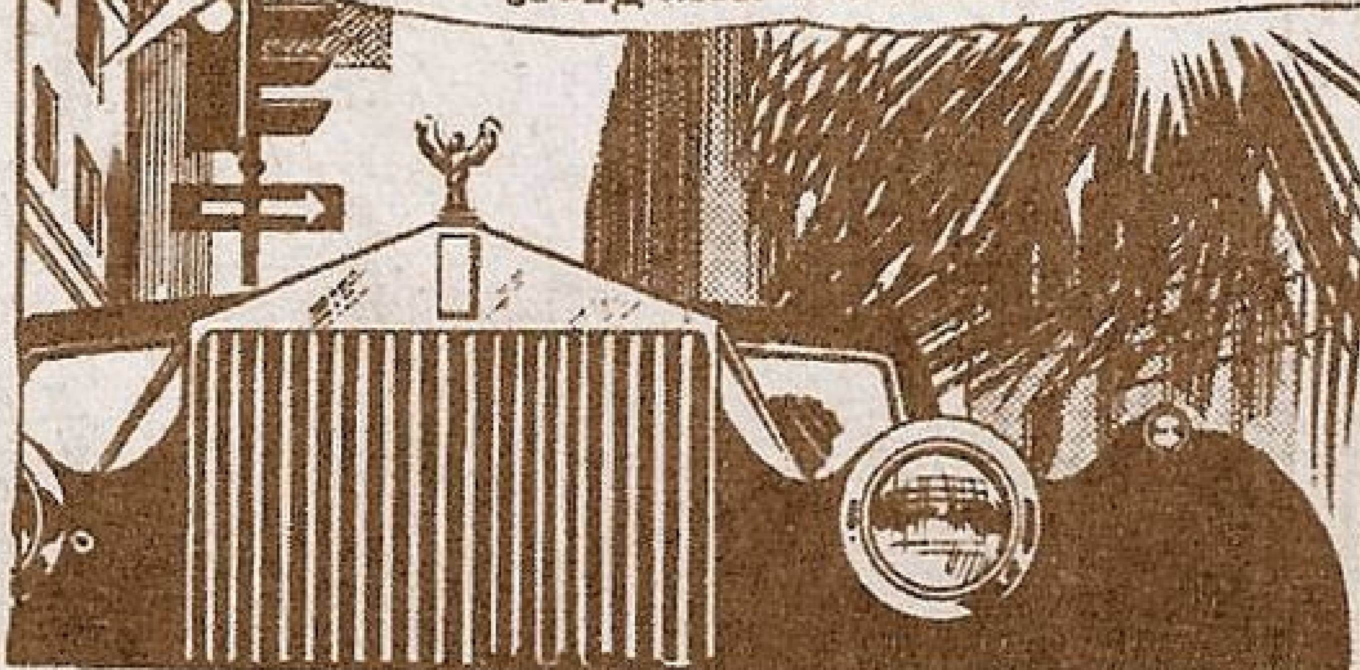








Y el doctor Kildare continúa la incansable búsqueda de Jeff Price.





El doctor Kildare desaprueba mi manera de ser. No puede comprender cómo es que yo continúo con mi negocio en lugar de buscar a mi hijo. Tal vez tenga razón ...





-Esto es un restaurante, no una clínica de siquiatría, joven. Tiene usted muy mal aspecto.











¿Puedo acompañarla?
Bueno.
Mientras...
¿No puedes quedarte quieto un minuto, Jim? Te enfermarás comiendo apurado y corriendo como un loco.
Perdona, pero tengo que llegar a ese restaurante antes de que cierre.
¡Oh! ¡Se fue y no tengo la menor idea de dónde vive ella!
No pasé del segundo año de la escuela secundaria, pero hasta una tonta como yo sabe que nadie está solo en este mundo.
¿Su padre está muy ocupado? Bueno, muchos padres lo están, pero eso no significa que usted se comporte de forma odiosa para con lo demás.
¿Y a usted...?
-¿Yo... qué?
¿No le sería odioso si le diera un beso fraternal por prestarme atención?
La he besado pero no sé su nombre. Esa es la vida en este mundo supermecanizado.
Soy Ana Davis, y siga este consejo, amigo...
Vuelva a la cama del hospital. Ese médico que lo buscaba me parece que podría ser muy buen amigo suyo.
¿Se refiere al doctor Kildare? No es amistad lo que necesito, sino un milagro grande. Y los internos no se especializan en milagros.
Espere, por favor. Quiero preguntarle algo.
Estoy cansada. Mi trabajo es estar en pie y no tengo deseos de hablar.
No tomará mucho tiempo.
Bueno. Le escucho.
Cásese conmigo ahora, por favor.
¿Qué? ¡Está usted enfermo! Si hace diez minutos apenas que lo conozco...


Le diré la verdad, Ana. No viviré mucho y mi padre me dará todo el dinero que quiera.


Buenas noches.
Bueno... adiós. ¡Ana, por favor!


Al día siguiente...
Usted debe tener hambre. ¡Eh! ¿No es usted el médico...?
Sí. ¿Volvió Jeff Price? Quiero decir el joven enfermo del que me habló anoche.
DINER


Volvió y está enfermo de verdad. ¿Sabe lo que me dijo anoche? ¡Que quería casarse conmigo!


¿Sabe usted dónde vive?
No. Espere; contestaré el teléfono.


Lo siento, pero no llevamos viandas. ¡Oh, es usted! Bueno, veré cómo le envío algún alimento.


23 A de la calle Sur. Lo tendrá allá en seguida.


Usted va a cuidar de ese muchacho, ¿verdad, doctor?
Sí, Ana.


Luego...
Pase...

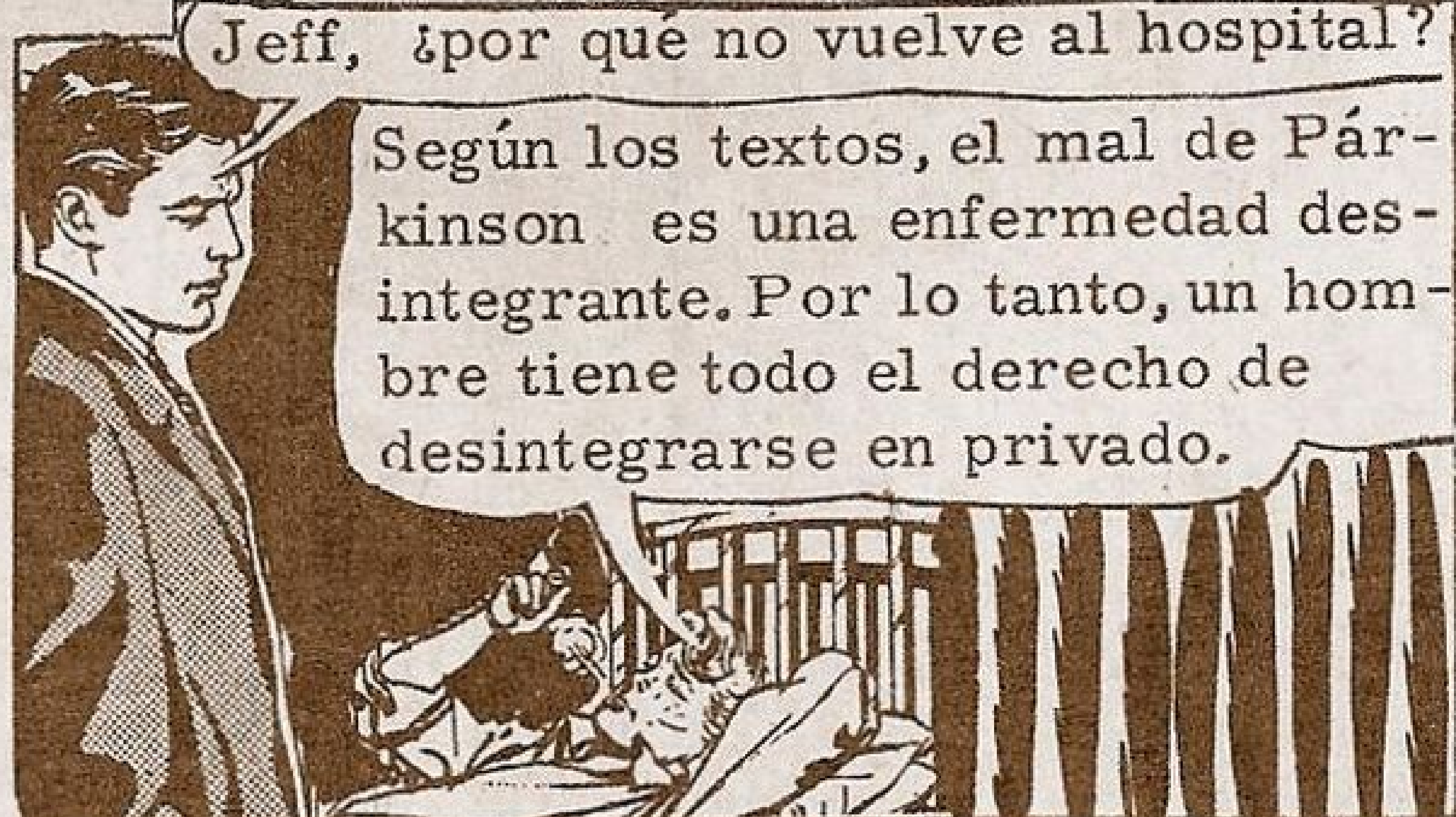

¡Kildare! Ustedes, los médicos internos, están en todas partes.
Eso tratamos, al menos.


¿Va a volver al hospital conmigo, Jeff?
¡Qué buena muchacha es Ana! ¡Preparó un sándwich exquisito!


Usted no tiene otro camino, Jeff. Vuelva al hospital.
Me declaré a Ana y le pedí que se casara conmigo.


Se puso furiosa. Lo raro es que...


...yo se lo dije en serio. No sé porqué, pero fue así.


Jeff, ¿por qué no vuelve al hospital?
Según los textos, el mal de Párkinson es una enfermedad desintegrante. Por lo tanto, un hombre tiene todo el derecho de desintegrarse en privado.


Si se encuentra con mi padre pregúntele cómo van sus negocios.


Luego...
¿No encontró a Jeff Price?


Sí, lo encontré.


No quiere volver al hospital. Francamente, no sé qué hacer. Ahora no sólo está enfermo, sino que también está enamorado.


Mientras...
Yo bajaría a comer, Ana, pero no me siento bien. Me volvieron los temblores.


Un joven enamorado por lo común quiere vivir, doctor Kildare. Quizá, como la muchacha es tímida, él querrá que le pidan...
¿Qué...?


Sí, que su padre le pida que viva. Al joven posiblemente le duela que el hombre que más admira no esté interesado en él, su propio hijo.


Hablé con el señor Price y me dijo que tiene entre manos el negocio más importante de su vida.
¿Más que su hijo?


Sin duda, usted se preguntará si digo lo que siento con mi aforismo constante de que "salvar vidas" es el elemento más importante en la carrera de médico.


Veamos si se lo pruebo a usted. Operadora...llame al señor Price.

No me interesa que esté en conferencia. Infórmele que se trata de un caso de vida o muerte.


El señor Price dejó instruciones de que nadie lo molestara. Ni siquiera para un asunto de vida o muerte.


Doctor, ¿iba usted a arriesgar el donativo que el señor Price hizo al hospital?


Sí, iba a hacerlo. Mi vida entera sería una farsa miserable si yo fuera a andar con miramientos respecto a Jeff en un momento como éste.


Entretanto...
¡Me has traído la comida, Ana!
Alguien tiene que ocuparse de un muchacho incompetente y solitario.

















Mientras...



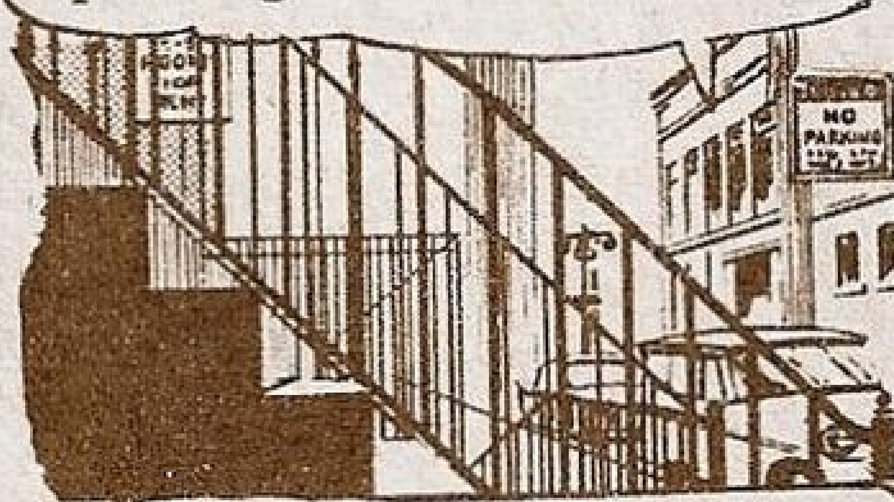












Luego...




Tengo sólo dos minutos. Afuera hay un taxi esperando. ¿Quiere compartir el gasto del auto conmigo, Jeff?


¡Qué importa! ¡Oh, mis piernas!
Va a venir conmigo aunque tenga que cargarlo, y parece que tendré que hacerlo.


Está bien. Ingresaré al Blair para divertirles. Pero esta vez déme un departamento para atender al enjambre de amigos y parientes que vendrán a verme.
147
TAXI


Con mi amante padre, que vendrá a ver a su hijo cuando afloje la temporada de hacerse rico, y...


...Ana, que está tan atada a su restaurante que no tiene tiempo de enamorarse de un tipo como yo.


¿Me hace un favor, doctor Kildare?


No me dé sedante esta noche. Quiero estar despierto, pensar... Sólo por esta noche, doctor.
Podré omitirlo, pero antes debe prometerme algo, Jeff.


Si siente que lo necesita, llame a la enfermera.
Muy bien.


Para usted, señor.
Dije que no atendería ninguna llamada.


Pensé que querría hablar con su hijo. Está en el hospital Blair.
¡Encontraron a Jeff! ¡Magnífico!


Este es el total, señor Price. Esto es lo que decide.
Volvamos a comprobar, Jaime. Dígale a Jeff que lo llamaré en diez minutos.


Su padre lo llamará en diez minutos, señor Price.
Bien... En diez minutos.




¡Que no llame!


Voy a llevarlo a visitar el laboratorio que se compró con la donación de su padre, Jeff.


¡Qué bueno! ¿Cuánto tardarán en encontrar la solución para el mal que me aqueja?


Porque no creo que pueda esperar mucho. Mire cómo me tiembla la mano, doctor.


Doctor, sería conveniente que usted viese a Jeff Price. Sus temblores y rigidez han aumentado.


Y también parece tener cierta dificultad al tragar.
Que localicen en seguida al doctor Murray.


Minutos más tarde...
¡Ana!
Pasaba por aquí y pensé que a Jeff le agradaría comer comida casera.


Le llevaré la comida a Jeff, Ana.
¿Va a mejorar, doctor?


El doctor Murray es uno de los más grandes neurocirujanos del mundo. Está con él ahora. Sabremos más, cuando termine de examinarlo.


Tenga calma, joven. Vamos a hacerle unas pruebas más.


-El paciente ha llegado al punto crítico de su enfermedad. Aunque no hay señales de deterioro mental...


...parece tener dificultad para hablar y tragar. ¿Se dan cuenta de lo que eso significa?


¿Qué aconseja usted, doctor Murray?


Hay varios métodos en discusión. Electricidad, ultrasónico, rayo protón y otros métodos. Y además hay cirugía.


Ustedes saben que favorezco la teoría de que el mal de Párkinson es causado por el desequilibrio de las sustancias químicas en el cerebro. Creo que la cirugía puede reducir la actividad de las células causantes.


En ese instante...
¿Quiere compañía?


¡Ana, bienvenida a mi tumba!.
¡Oh, cállese!


No pierda la esperanza, Jeff.
En mi mundo privado hay sólo dos personas que cuentan.


Mi padre que no puede alejarse del dinero para verme, y usted que cocina para mí.


Pero no quiere casarse conmigo. Prefiere seguir atendiendo su restaurante.


Escuche, Jeff: Yo quiero casarme por amor. Además, usted está a muchas leguas de mi órbita.
¿Cómo es eso?


Yo soy sólo una obrera. No pertenezco a su mundo. ¿No me entiende?
Francamente, no.


Ante el cuarto de Jeff...
No soy mejor que usted, porque mi padre posea mucho dinero, Ana. La cuestión es si usted me ama.


¡Conteste, Ana!
No... lo sé, Jeff. Suélteme, por favor.


¡Hola, Ana!


¿Encontraron algun panacea nueva para curarme?


¿Qué pasa ahora?
El doctor Murray sugiere una operación, Jeff.


Quiere decir en el cerebro, ¿verdad?


Bueno, ésto no me toma de sorpresa.


¿Es siempre eficaz esa operación?


Por supuesto, no hay garantías de un restablecimiento total.
Tengo que pensarlo.

En la oficina de Price...

La compañía Woodley rehusa tomar parte en el negocio, señor Price.

Dígales que no tomen una resolución. Estaré en Londres dentro de siete horas.

Doctor, ¿cree que debería operarme?

Usted es joven, Jeff, y su poder recuperativo debe ser grande...

Soy más joven de lo que usted cree, doctor. En este momento, ¿sabe lo que quiero?

-¡A mi padre! Solía llamarle "papito". Eso era antes de que le obsesionara comprar el mundo entero y yo tuviera el mal de Párkinson.

"Papito..." ¿No le hace reír?

¡Señor Price!

¡Doctor Kildare! Disculpe; estoy muy apurado.

Tengo que estar en Londres dentro de siete horas. Hábleme mientras voy al aeropuerto.

Lo que va a pasarle a su hijo es también vital... en el real significado de la palabra.

Usted no comprende, joven. Si fallo en esta reunión, quizá vuelva a vender casas baratas.

Créame, doctor, que todo lo hago por Jeff, por su futuro.

Quizá no tenga derecho a decir eso.

¿Está seguro de hacer todo por Jeff?

No soy cirujano. Y lo que él necesita es al mejor. Volveré tan pronto como pueda. Adiós.

Lleve al doctor Kildare a dónde él le diga. Estaré en contacto con usted por teléfono, doctor Kildare.

Adiós, señor Price.

Espere un momento.

¡Pero, señor Price, su avión!

Dije que esperara un momento.

-¿Adónde vamos, doctor Kildare?

Lléveme a dar unas vueltas y luego vamos al hospital Blair.

¿Sigue ocupado el señor Price, Kildare?

Sí. Está en camino a Londres...
Tuvo que salir para Londres. Dijo que usted comprendería...

¿Quiere que lo acompañe a ver a Jeff, Kildare?
No lo creo necesario, doctor Gillespie.

¿Va a venir a verme mi padre? No... no va a venir. Ya lo sé.

¡Por supuesto! Hay un dólar suelto por ahí y el señor Price le está siguiendo el rastro. ¿Qué hay que comprender?

Jeff... ¿Y sobre la operación, qué hay...?
Deje eso, doctor. Nadie va a operar la cabeza dura de Jeff Price.

Seguiré temblando como hasta ahora. Mi padre puede mantenerme vivo indefinidamente. ¿Para qué correr el riesgo?

De aquí en adelante no le enviaré sándwiches. Enviaré mamaderas y baberos. Eso hará tono con usted que es un bebé, Jeff.

Sí, un bebé llorón resultó usted. Porque su padre no está aquí agarrándole la manito, usted va a vengarse, demostrándole...

... que puede morirse. ¿Es esa su estrategia, bebé?

¡Usted tiene su propia vida! ¿Por qué no comienza a vivirla por su cuenta sin depender de nadie?

¡Déjeme en paz, Ana!
Sí, lo dejaré tranquilo... para siempre, Jeff.

Cuando quiera comer un sándwich, llame a otro restaurante. Yo sólo sirvo a adultos.

Mi padre está ocupado haciendo dinero, y Ana haciendo sándwiches. Así que estoy solo...
No del todo, Jeff.

Pero, yo pensé que... que...


¿Qué iba en camino a Londres? Bien, ahora estoy aquí.
¿Y ese gran negocio que singificaba tanto para ti?


¡Bah! ¿Cómo te sientes, hijo? ¿Estás listo para que te opere el doctor Murray?

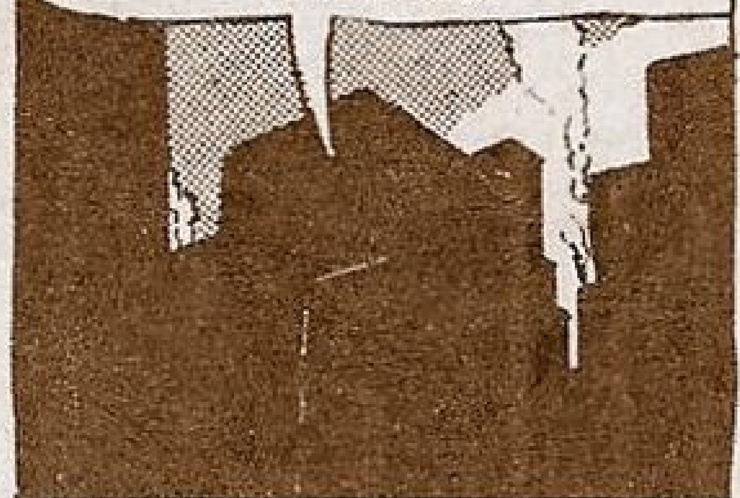

No tenías que hacer esto por mí, papá. Claro que refunfuñé un poco, pero...


Bueno, hijo. Después que el doctor Murray opere, ¿qué te parece un poco de golf? Dos semanas de buen golf.


¿Dos semanas? ¿Y cómo vas a poder descuidar tus negocios por dos semanas?
Podré, Jeff. Te lo prometo.


De pronto pensé que el dinero dura y la gente no. Y que ya vendrían otros negocios.
No me mientas, papá. Este era un negocio grande.


Y lo has dejado por mí. Te estoy muy agradecido, papá.
Yo soy el agradecido, hijo. Me cegó temporalmente el brillo del oro, pero ese joven doctor Kildare...


...tiene un modo de mirar a uno que... francamente, me llegó al corazón.


¿Va a estar usted presente cuando me operen, doctor Kildare?
Sí. Seré el ayudante del doctor Murray.


¡Vaya! Mi suerte es completa, excepto por una cosa...


Mientras...
¿Qué pasó con la comida, Ana? Pedí una tortilla, no un huevo frito.


No se preocupe, señor Price. Tan pronto lo operen, sabremos el resultado.


Minutos después...
¿Todos listos?
Sí, señor.


Este método es reversible. Es decir, podremos probar las reacciones antes de seguir.
Comprendo, doctor Murray.


Verificaremos los temblores antes de seguir. Jeff, levante la mano.

Mientras...
¡Jeff! ¡Oh, perdone! Pensé que...
Este es el cuarto de Jeff Price. Lo están operando ahora, señorita. Yo soy su padre.



Alce la mano, Jeff.



Mire en ese espejo, Jeff. ¿Qué le parece?
¡Paró de temblar!



Mientras tanto...
¿Quiere que le pida un café?
No, gracias, señorita.





Perdonen. Sé que no debo entrar de este modo, pero...
¿Por qué no, papá? ¡Mira! Aferra mi mano.
¿Observas que no tiembla? ¿No es éste el día más maravilloso del mundo?
Sí, hijo, el mejor.
¿Por qué estás tan serio, Jeff?
Es que... recordaba a una chica que no vendrá, papá.
Quisiera que me viese ahora. Pero, dejemos eso.
¿Te refieres a Ana Davis?
¿Cómo lo sabes?
¡Ana!
Bueno, quería saber cómo había salido de la operación, Jeff. Veo que está bien y me alegro mucho.
Papá ésta es Ana. Ella trabaja en un restaurante. La amo y quiero casarme con ella, si me acepta. ¿Tienes alguna objeción?
El no es un mal muchacho, Ana. ¿Por qué no le hace ese favor?
Arriésguese con Jeff, Ana. El tiene buena estirpe. No quiero decir de mí, sino de su madre. Ella era de muy buena familia...
...la cual la desheredó cuando ella se casó con un cocinero que había en el aserradero de su padre.
¿Usted... un cocinero?
Sí, y muy bueno. Apuesto a que hago una tortilla a la española mejor que usted.
Dí que sí, Ana querida.













LEA EN

D'artagnan

Nº 78

EL MUNDO EN MI MANO, por PAT HOPPER
CRIMEN EN EL CUARTO AZUL, por RAOUL WHITFIELD
UNA ESTRELLA DESAPARECE, por ROGER IVNNEES
LOS TIGRES VOLADORES, por FRED GRAY
LA HORA DE LA VENGANZA, por H. ROTCE
UN MEDICO PARA BOB, por JACK FELLOW
LA CIUDADELA DE BOSSIO, por EDUARDO ARIEL
GENTE DIFERENTE, por ROGELIO GIORDANO
EL CASO LINDBERGH, por L. NISS

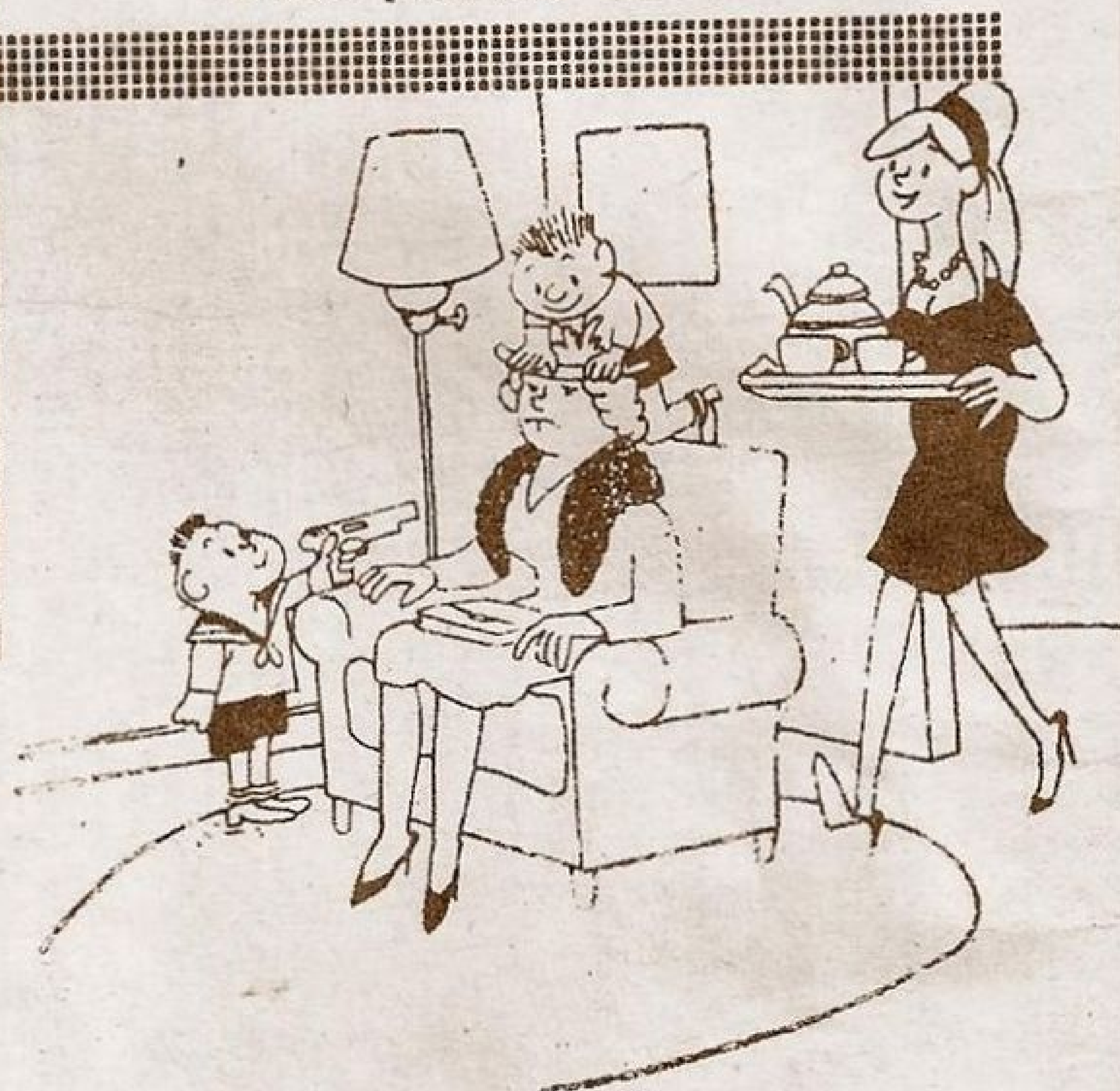
SONRISITAS



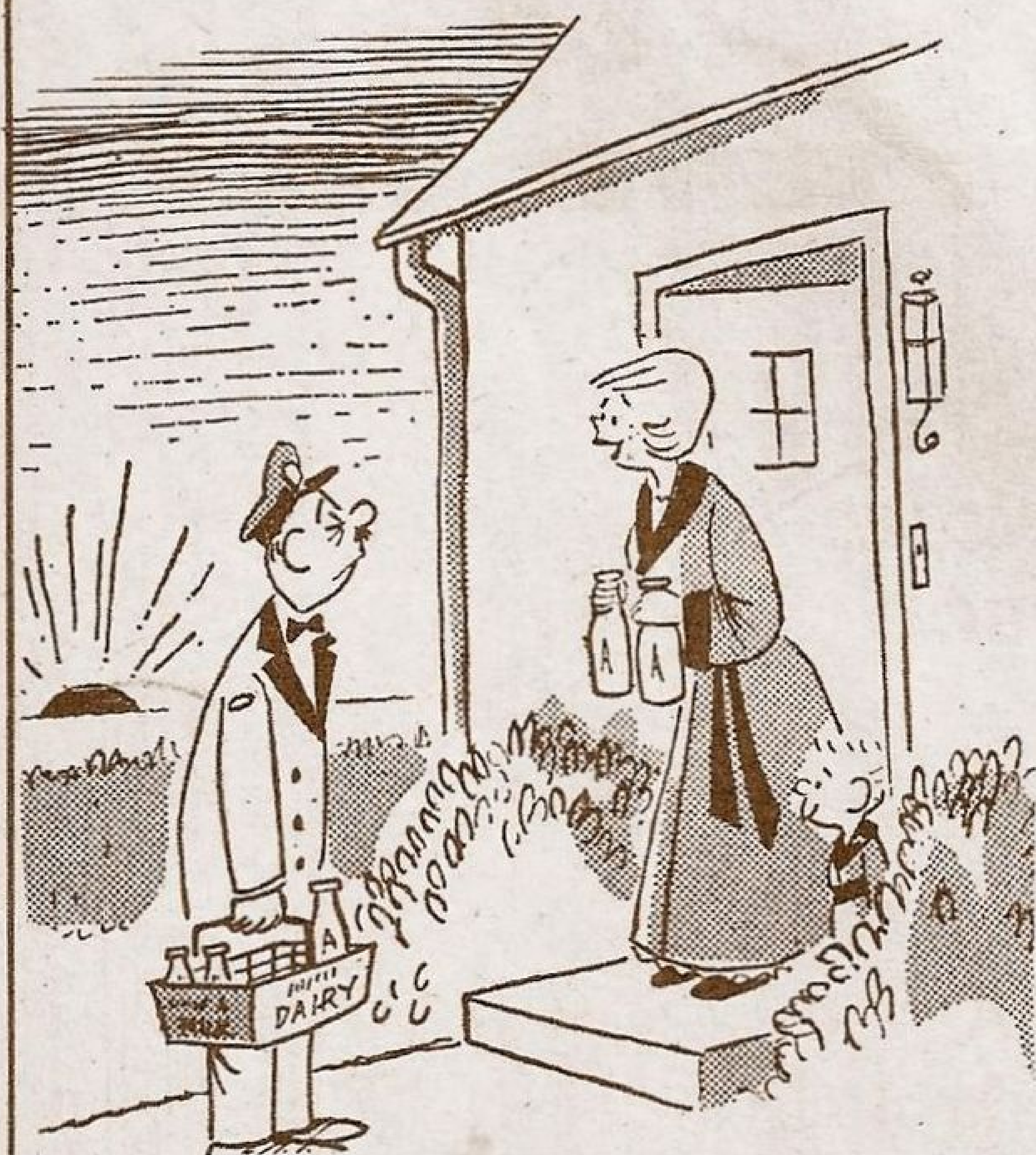
-Debo tener un complejo de inferioridad. Todo el mundo quiere montarme.



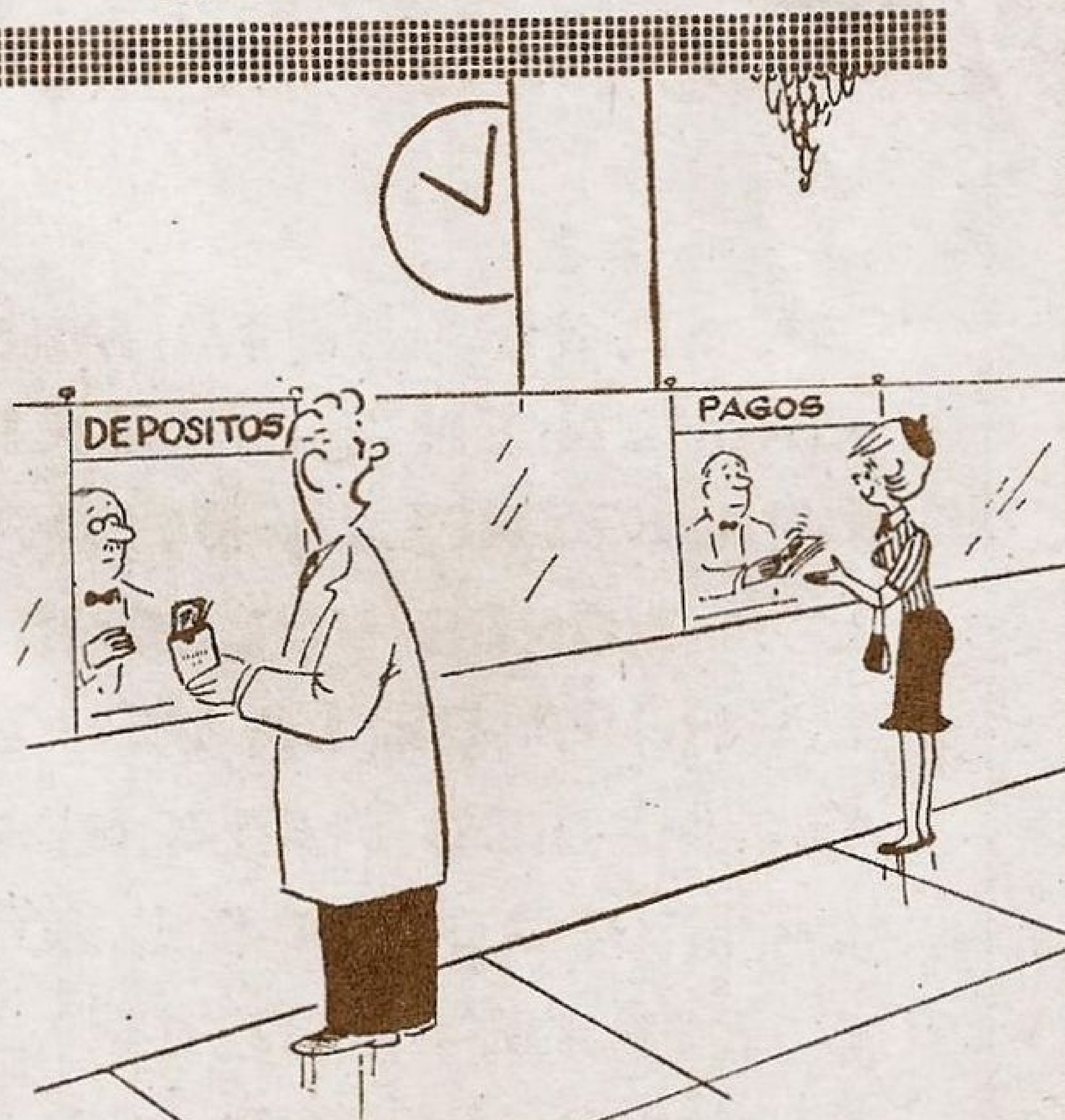
-Jugamos a quién hace la comida y lava los platos, ¿no?



-Estoy segura que usted lamenta no haber tenido chicos, ¿verdad?



-Es maravilloso que usted siempre vea amanecer, señor Hibbs.



-¡Trudy!

CUANDO HUYE EL DÍA

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE JORGE PÉREZ DEL CASTILLO

"Smultronstallet", literalmente "El Rincón de las Fresas Silvestres, realizada en 1957, ha sido considerada por muchos críticos, con razón, la más lograda película del genial realizador sueco INGMAR BERGMAN. Con inigualable maestría técnica y en un alto clima de auténtica poesía donde habitan los grandes temas humanos, y en especial, el de la radical soledad de cada vida frente al destino último, así como el de la comunicación en la trascendencia del amor, nos pone Bergman frente a la vida de un anciano médico que descubre -en el ocaso de su existencia- lo único que hay de verdaderamente valioso en ella.

Versión libre basada en la película del mismo nombre distribuída por Goldberg y Compañía.







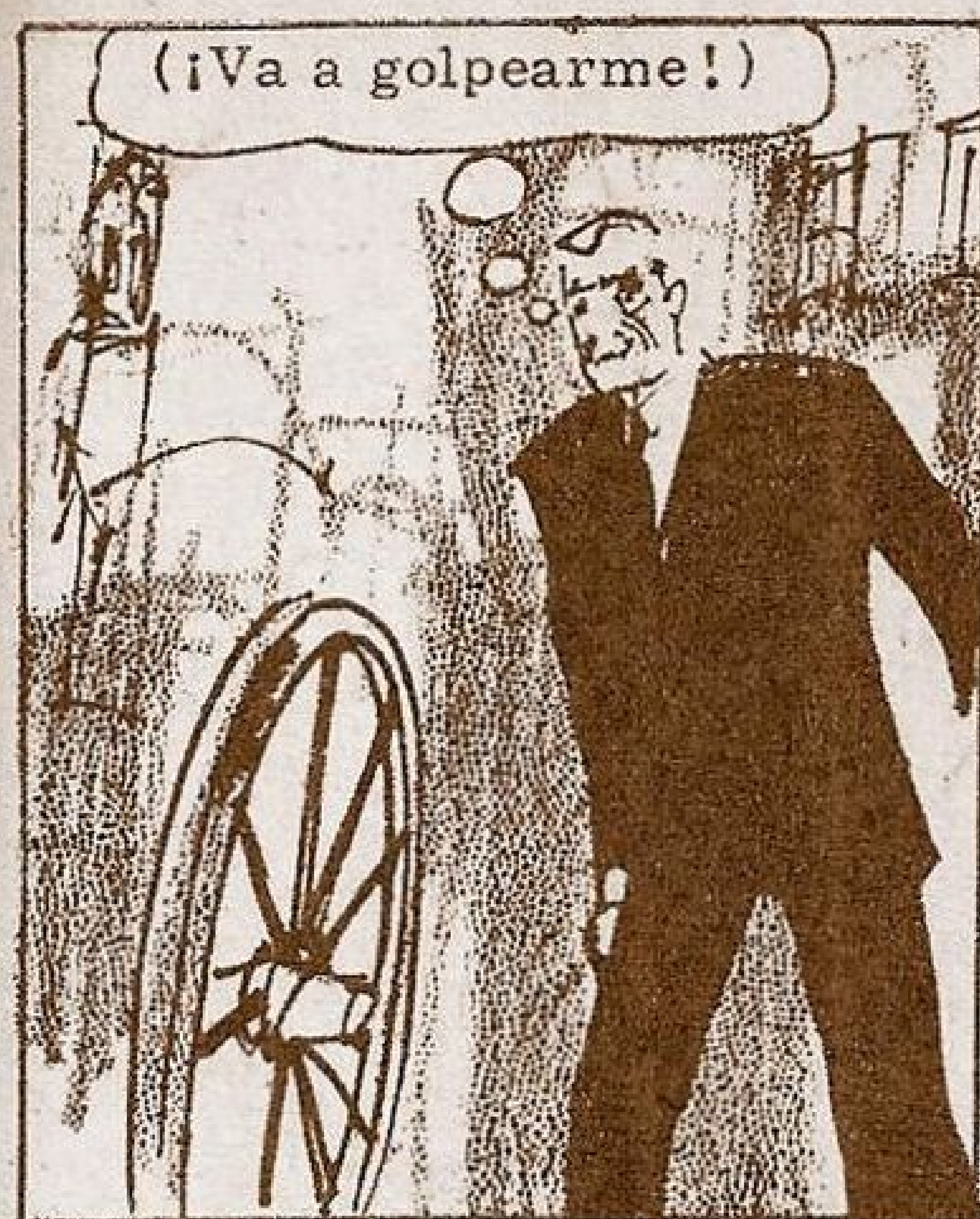











(¡Va a golpearme!)


Los caballos enloquecidos rompieron sus ataduras al carro. El ataúd cayó...
(¿Quién será el muerto? ¡Es horrible!)


Borg se aproximó. De pronto...

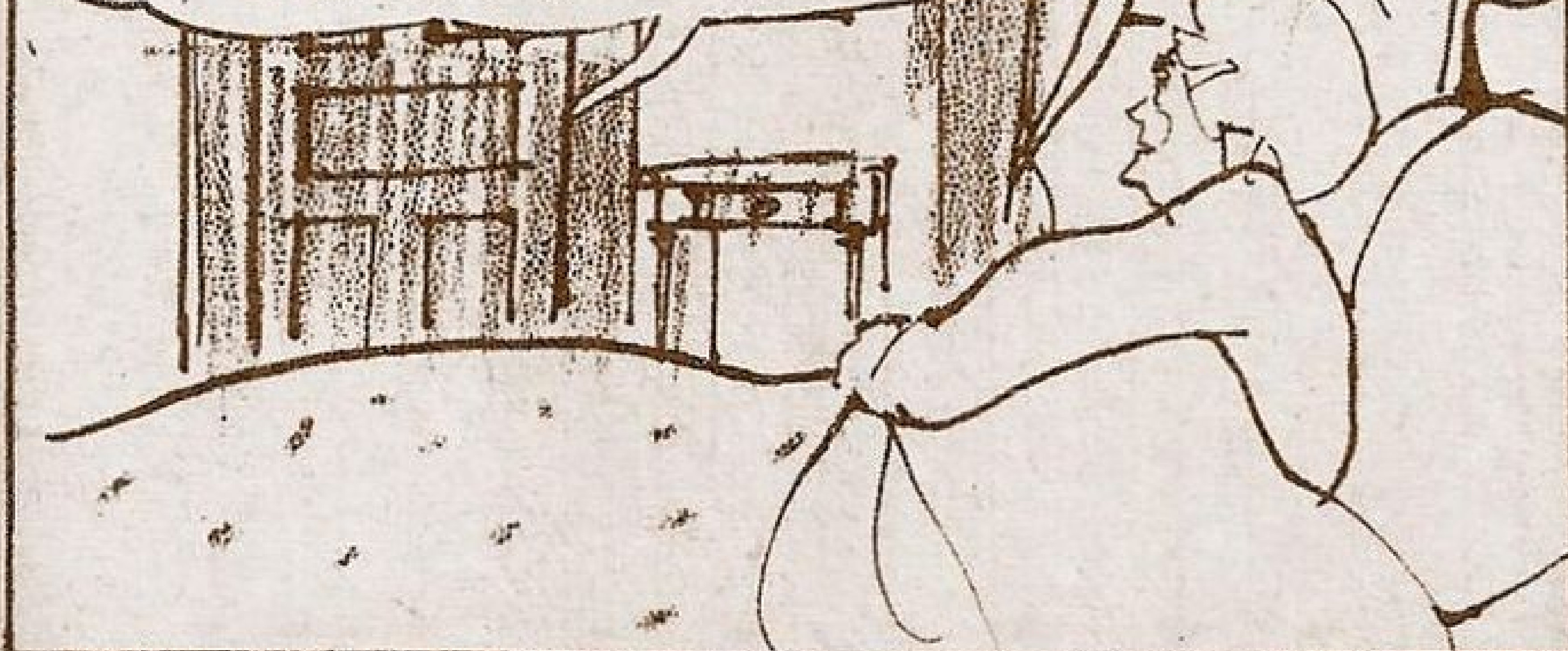

¡Era su propio rostro! "No...¡No!... ¡Déjame!" Quizo librarse, pero la fría mano del muerto lo atrajo hacia el ataúd...


Y entonces, el profesor Isak Borg despertó bañado en sudor.
¡No...¡No!...! ¡Ah, era sólo un sueño!


Las primeras claridades comenzaban a filtrarse por el ventanal. Se sentó en la cama y bebió un vaso de agua.
(¡Qué extraño sueño! Todo parecía tan real, tan horriblemente real...)


Fue hasta el dormitorio de su ama de llaves. "No creo que a mi edad deba comenzar a creer en presagios ni alucinaciones. Aunque ha sido una pesadilla extraña, en verdad muy extraña. ¡Cada vez más a menudo me asalta la idea de la muerte!"


Señorita Ageda... ¡Señorita Ageda! Son las cinco pasadas. ¿Recuerda qué día es hoy? Debo viajar a Lund para la Ceremonia de Graduación.


¡Profesor Borg! Iba a despertarlo a las seis. Sobra tiempo, y aún puedo dormir una hora. No veo el motivo para...
¡Ya sabe que me gusta tomar el desayuno con tiempo, y aún debo preparar el equipaje! Pero no importa...


Malhumorado, fue de nuevo a su dormitorio.
...siga usted durmiento, pues. ¡Puedo arreglarme solo! Lamento haberla molestado. Nos veremos a la vuelta, ya que no creo que usted alcance el tren para ir a Lund.

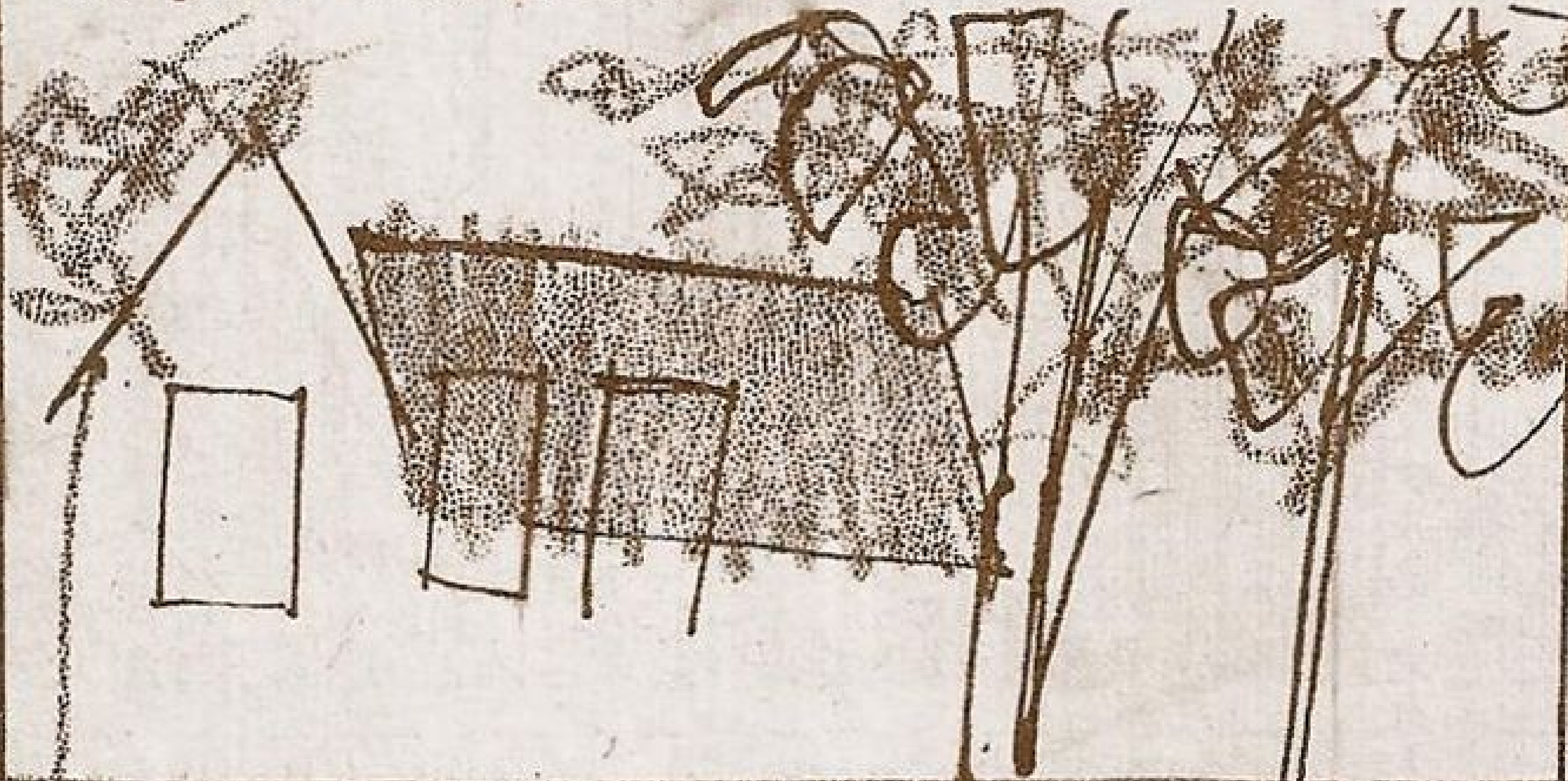

-¡Está bien, profesor! ¡Como guste! Y la señorita Ageda se dio vuelta en su cama. Pero poco después se levantaba también.
Ya no puedo dormir. ¡Y usted no está acostumbrado a prepararse el desayuno! Déjeme acomodar esa ropa en la maleta.


¿Se puede saber por qué gruñen tanto? ¡Buenos días, a los dos! No debes estar malhumorado, papá Isak. ¡Mañana es tu gran día!


Sí, se supone que sí. Cincuenta años ejerciendo la profesión. Aunque, ¿sabes, Marianne? me parece como si fueran a ponerme una lápida en vida. "¡Doctor Jubilado!" Así es...


¡Oh, mañana, en la ceremonia pensarás distinto! A propósito..., ¿vas en automóvil? ¿Tienes inconveniente en que te acompañe?
Al contrario! Será un placer, querida Marianne.


-Me alegro, además, de que vayas a Lund. ¿Evald te escribío?
No... Evald no me escribió, papá Isak. Pero regreso, de todos modos.


Mientras tomaban el desayuno, Isak Borg pensó en los ojos tristes de Marianne. sabía que algo había ocurrido entre ella y su hijo Evald, pero no había inquirido mayores detalles cuando su nuera le pidió pasar unas vacaciones en su casa.


Ya en el coche, por el serpenteante camino arbolado...
He tenido un sueño desagradable anoche, Marianne. ¡Pero no voy a aburrirte contándotelo! ¿Por qué no cuentas tú algo? Estás silenciosa.


La verdad es que me pareció que no te interesaba lo que ocurra entre Evald y yo. Siempre fue así, papá Isak. ¿No es cierto?
Dime, Marianne..., ¿cómo me ves, tú? He procurado ayudarlos...


¿Con franqueza? Te lo diré: pienso que eres un viejo egoísta y frío, que jamás amó en serio a nadie. Tu máscara de filantropía oculta esa frialdad interior, esa indiferencia para con los demás.


-Siento decírtelo ;tú me lo pediste.
Continúa, Marianne, continúa. Necesito que me digas la verdad.

Bien... Tú has marcado a tu hijo, con esa falta de amor. ¡Evald se parece tanto a tí! Sin embargo, yo sé que él sufre, aunque no quiera admitirlo, que necesita ser amado.

¿Quieres saber por qué dejé a Lund? El motivo fue que ... espero un hijo.

¿Un hijo? No entiendo... ¿Qué pudo... ?

Tú sabes bien lo que Evald piensa, respecto a eso. Lo mantuve oculto durante un tiempo, pero una tarde, resolví hablar con él.

"Llovía, y el cielo parecía derrumbarse sobre nosotros. Fuimos en el auto hacia las afueras. Evald estaba fastidiado..."

¿Y bien, Marianne? ¿Qué es lo que quieres decirme?

¡Evald... yo... espero un niño! Y estoy decidida a tenerlo aunque te opongas.

"Me miró, con esa fría mirada que tú conoces. Luego, dijo muy pocas palabras, con acento definitivo..."

Pues bien... Tú sabes lo que pienso de ello. Debes elegir: el niño, o yo, Marianne.

Sería, por otra parte, una tremenda complicación. No estamos en condiciones, y aún no he terminado de pagar la deuda a mi padre.

¡Tremenda complicación! ¡Claro que sí, Evald! ¡La vida es complicada! ¡Y tú tienes miedo de vivirla, de afrontarla con todas sus responsabilidades!

"Sonrió, con esa sonrisa irónica tan suya, y descendió del automóvil. Yo también. No sentíamos la lluvía"

¡Pues bien! Has acertado. Soy un cobarde. Esta vida me asquea, ¿entiendes? Soy el fruto de una equivocación.


No quiero responsabilidades que me aten a la vida.


"Esa misma noche, dejé a Lund rumbo a su casa, papá Isak. Quise contárselo antes, pero te noté alejado, indiferente, ajeno a los demás, como siempre". Marianne terminó su relato...


...y el profesor Borg permaneció silencioso, cabizbajo. Al tomar una curva...
Ven, te mostraré la casa donde transcurrieron muchas de mis vacaciones.


La vieja casona estaba deshabitada. Estaba sobre una loma. Abajo, se veía el lago.
Es como si contemplara mi propio ser.


Marianne se inclinó, y...
¡Mira! ¡Fresas silvestres! Y de muy buen sabor.


Después, mientras su joven nuera aprovechaba para nadar en el lago, Borg permaneció absorto en sus recuerdos. "Fresas silvestres. Recuerdo este lugar, aquella tarde..."


..."cuando, oculto entre los arbustos, observaba a mi prima Sara, y..."
¡Sigfrid! ¡Qué susto me has dado!

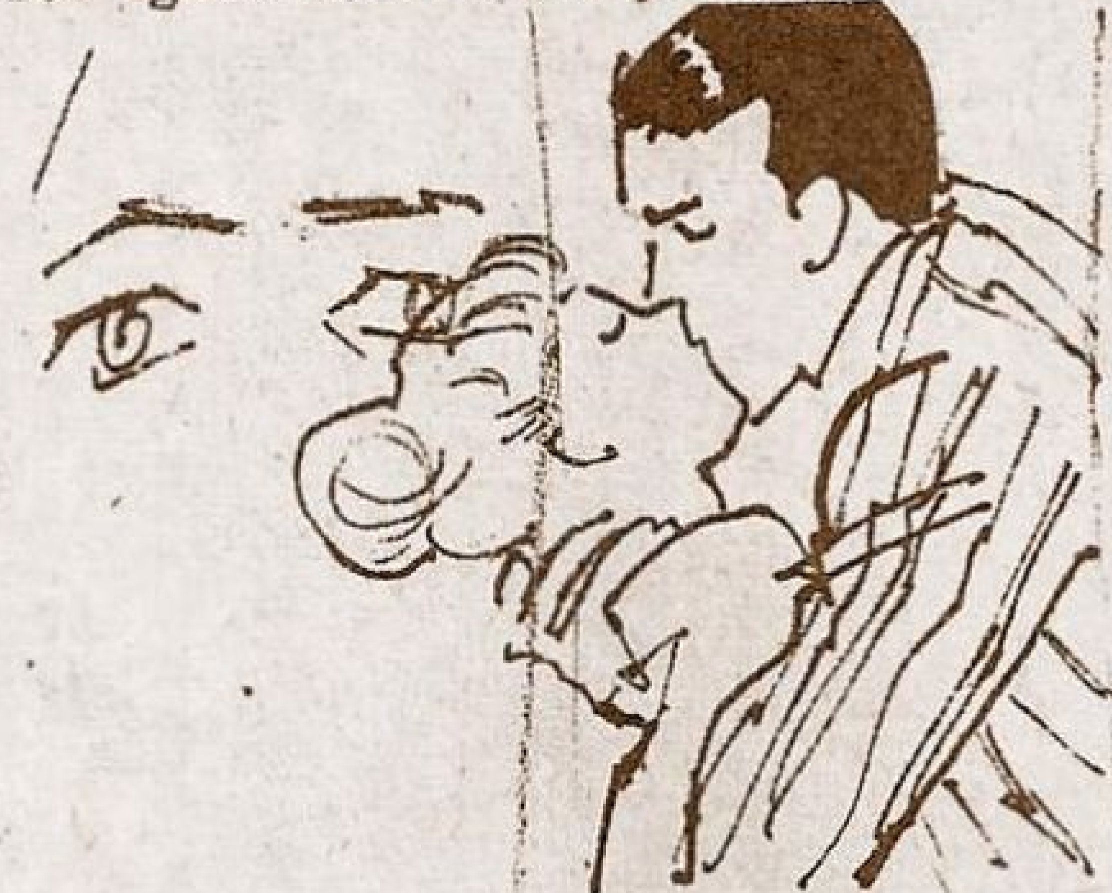

Lo lamento. Buscaba esta oportunidad desde hace mucho tiempo, Sara.
¿Qué dices? Mira, toma una fresa.


Tu boca es mucho más tentadora que las fresas.
Sigfrid, ¡no, por favor!


Déjame. ¡Sabes que estoy comprometida con Isak! Y él es tan bueno, tan inteligente, tan...

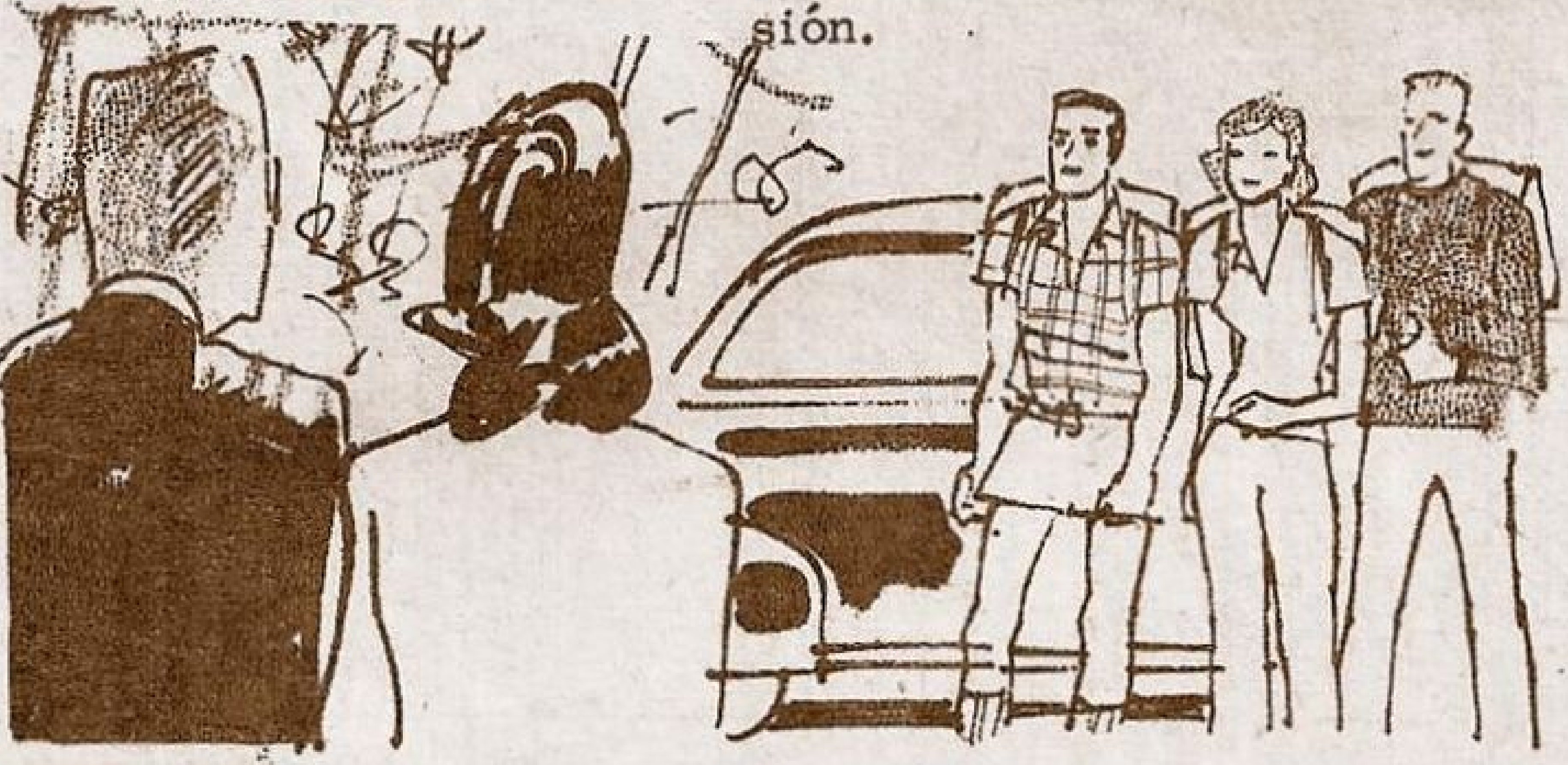


Sí, los veía en aquel rincón de las fresas silvestres, acariciados por el sol del atardecer. Sara devolvió el beso a Sigfrid . Nunca había sentido Isak dolor igual dentro del pecho.





La voz de Marianne interrumpió sus recuerdos. -¿Regresamos al coche? Al mediodía almorzaremos en la hostería, a mitad de camino. -Sí, sí... Junto al vehículo, los esperaban tres jóvenes: una muchacha y dos muchachos. Iban con su mochila al hombro, de excursión.





La joven era muy locuaz y los mantuvo entretenidos hasta que llegaron a la hostería.





Pero el profesor Isak Borg no la oía. Se había quedado dormido. Cuando lo advirtieron, todos callaron. Marianne pensaba en sus problemas.



El anciano tuvo un extraño sueño. De pronto, se encontró frente a un severo y frío rostro de examinador. "Adelante, Isak Borg. ¿Trajo su libreta de exámanes?" No. No la había llevado.

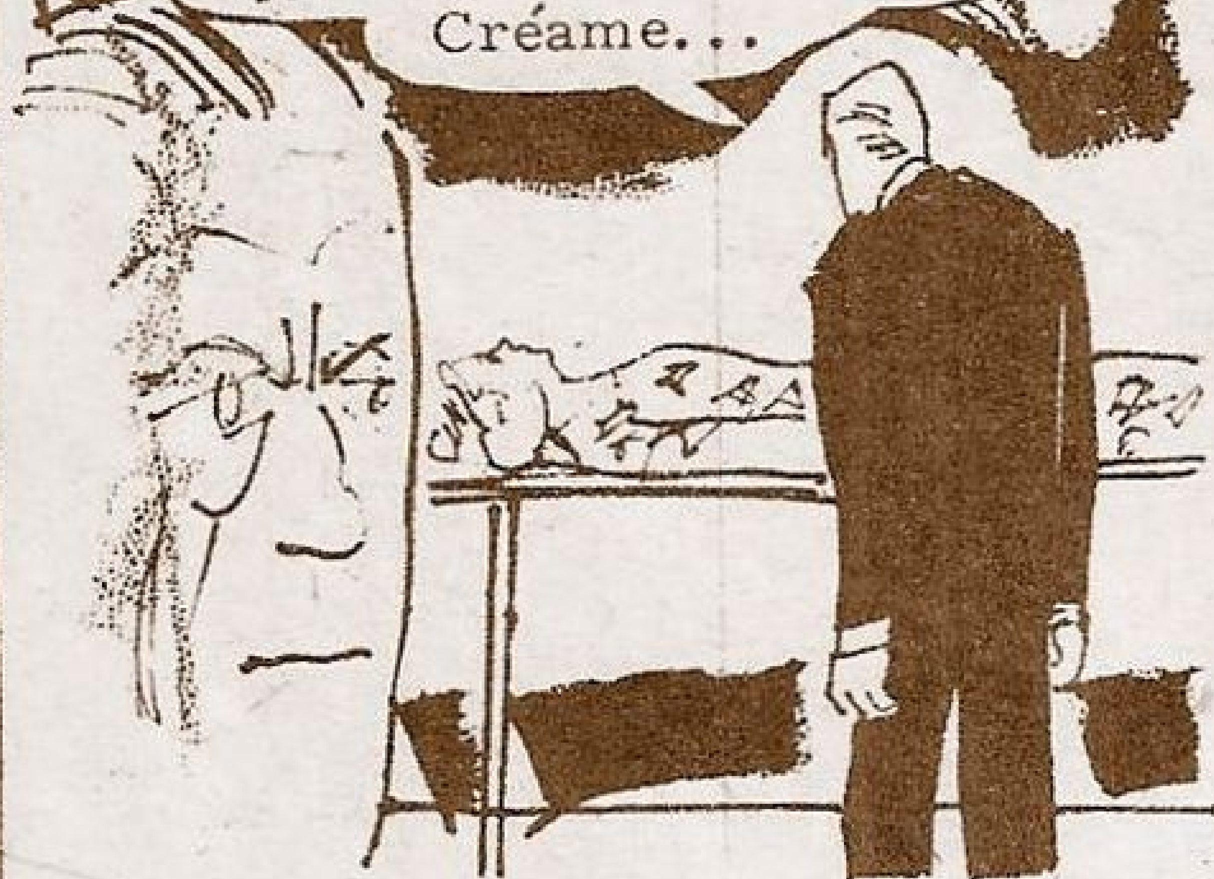




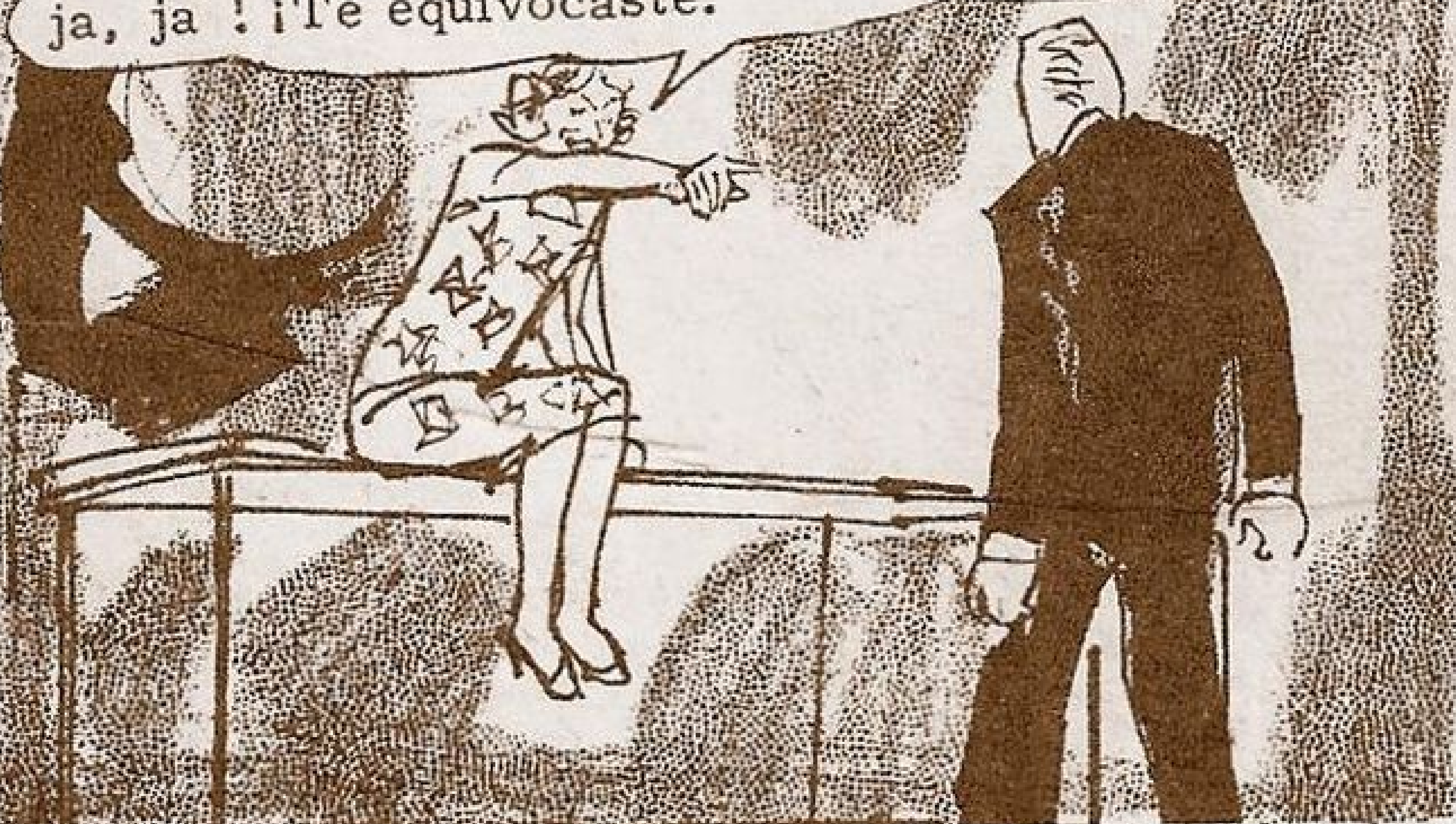
Sentía la boca seca, y lo agarrotaba la angustía del examen. Sobre todo, no conseguía poner en orden sus ideas. ¿Sabía algo sobre bacterias? ¿Qué había en ese microscopio? No veía nada, nada...




A ver, permítame... ¡Hum! La luz está perfectamente, y el microscopio también. Es una lástima que usted no sepa ver nada, Borg.


Dejemos esto. Examine a este paciente, y dé su diagnóstico.
¡No comprendo! No comprendo qué es lo que me ocurre. Créame...


Era una mujer, pero era un cadáver. Asombrado, miró el impasible rostro del examinador.
¡El paciente... el paciente está muerto, señor!
¿Sí... ?


Y entonces...
¡Ja, ja, ja! ¡Doctorcito de tres por cinco! ¡Ja, ja, ja ! ¡Te equivocaste!
Quiso reaccionar. ¿Qué era eso? ¡No tenían derecho!


No puden examinarme así. No estoy preparado, y además, ya he pasado mis exámenes. ¡Soy médico y la Academia me consagrará doctor jubilado! ¡Exijo...!


Mi querido Borg. Hay graves cargos contra usted. Venga, observe esta escena y quizá entenderá algo.


Fueron a un jardín. Allí vio a la que fuera su esposa, Karim. Hacía más de diez años que había muerto. Nunca supo bien por qué se casó con ella, con esa amiga de Sara. Aquel matrimonio fue un fracaso, pero lo ocultaron siempre. Al menos, en apariencia. Un hombre se acercó.


¿Qué hace usted, Karl? No me obligue a ...


Y luego...



No importa, Karim. Sé que esa bofetada, viniendo de ti, es una caricia.

¿Por qué? ¿Por qué no me dejas en paz? ¡Soy una mujer casada, y...! ¡No seré infiel, no quiero serlo! Isak, el pobre Isak es...

Es "muy bueno contigo", ¿verdad? ¡Vamos, Karim! ¡No te engañes! Todos saben que Isak es un bloque de hielo. Su "bondad" es su máscara, ¡y tú estás cerca de odiarlo!

Entonces, Karim se descargó...

¿Quieres saberlo? ¡Pues sí:! Lo odio, lo odio! ¡Mi vida con Isak es un infierno apacible! A veces quiero irritarlo, y él "me comprende", me da un calmante.

Y trata de ser amable, se acusa a sí mismo para luego volver a sus trabajos, a su mundo. ¡Oh! Entonces lo aborresco más aún.

¿Qué te ata, pues, a ese hombre?

-¡Soy su esposa! -balbuceó Karim, llorando. El seductor, sonriendo, la atrajo hacia sí. -¡No!... ¡No!... La visión desapareció, y el examinador se volvió hacia el profesor Borg.

¿Se da cuenta, Isak Borg? Usted condenó al infierno a ese ser. Usted lo sabía, pero prefirió no ocuparse mucho de ella.

¿Quiere que continuemos observando otros casos? Su hijo, por ejemplo... y hay muchos más, comenzando por...

¡No, por favor, no ahora! Sólo quiero saber, si este juicio...

Sintió su voz opaca, ronca, inútil. -¿Cuál es la Condena, el Castigo?

El de siempre... la Soledad, la eterna Soledad.

¿Qué posibilidades hay de...? Quiero decir... Respóndame sólo una pregunta más: ¿No hay Gracia?

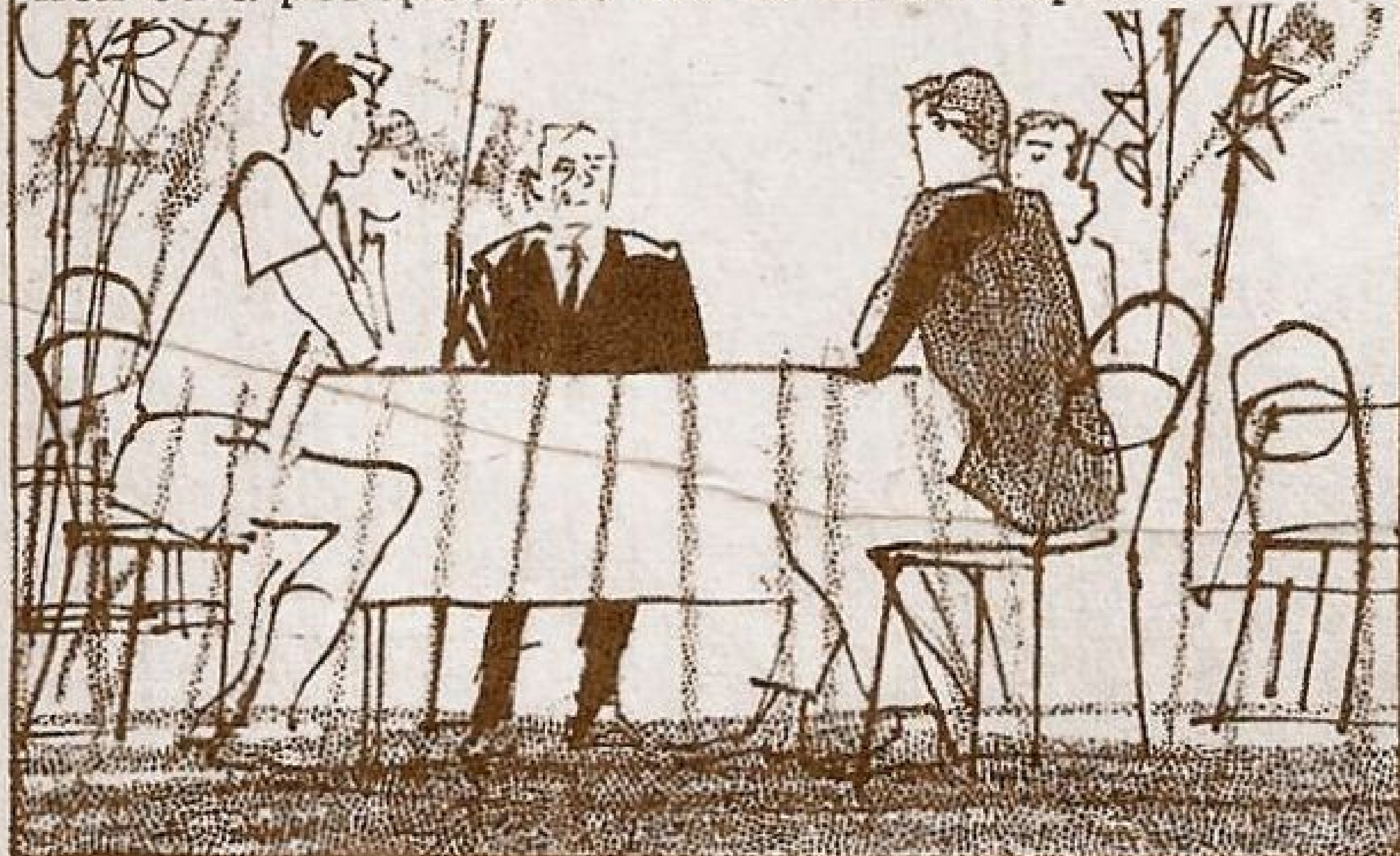
El examinador se encogió levemente de hombros. -No lo sé... No depende de mí, profesor. La Gracia...

"...mucha gracia, sí, eso me hace mucha gracia!" La voz de la joven que habían recogido lo despertó. Marianne había detenido el vehículo frente a la hostería. - Has dormido, papá Isak- ¿Eh...? Creo que sí, Marianne.


Mientras tomaban el aperitivo...
¡Eres un recionalista incorregible! No voy a perder tiempo dándote"pruebas" de la existencia de Dios, si no lo encuentras en tu vida.


-¡Vaya con el iluminado! Por supuesto no tengo adormecida mi razón con mitos.
¡Por favor! ¡Esto es para abrir el apetito!


¿Qué dice usted, doctor Borg? ¿Cree usted en Dios?

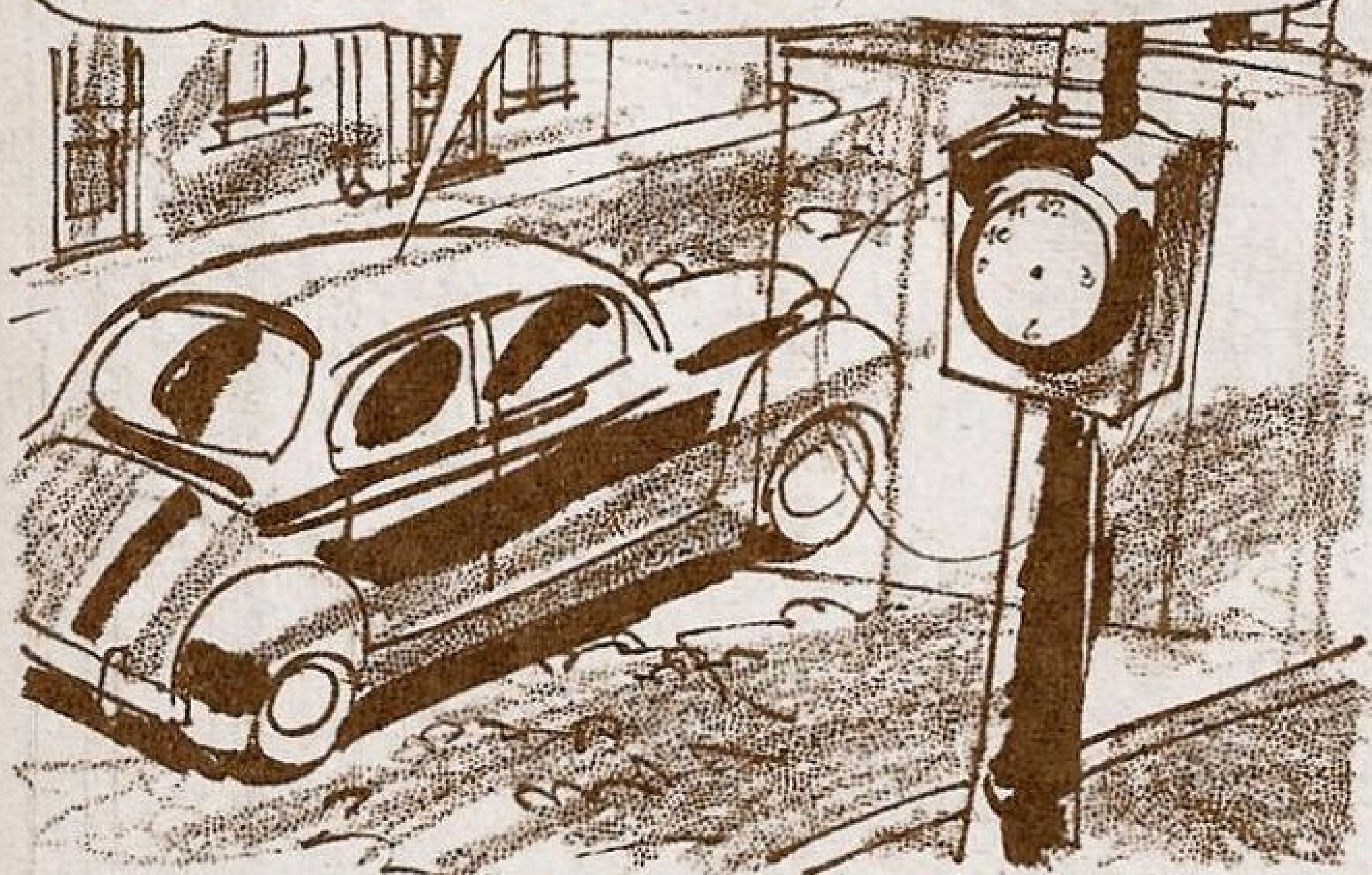

-Soy viejo,Anders. No puedo entrar a discutir con ustedes, por que mi opinión, y la pregunta, tienen otra perspectiva. No sé si me explico.


Todos enmudecieron, cuando el profesor Borg, lentamente, dijo un fragmento de una poesía.
"Cuando huye el día, en la escasa claridad del crepúsculo, voy en busca de mi amigo oculto. Tras El, voy por el camino, hundiéndome en una luz que apenas se vislumbra..."


A veces, los poetas expresan mejor lo que sentimos. ¿Verdad? Bueno, no nos pongamos solemnes ahora.


Marianne, por primera vez, apretó la mano del anciano doctor con ternura.
Es una hermosa poesía, papá Isak... y yo comprendo lo que sientes.
Gracias, Marianne. Me hace bien; que lo comprendas.

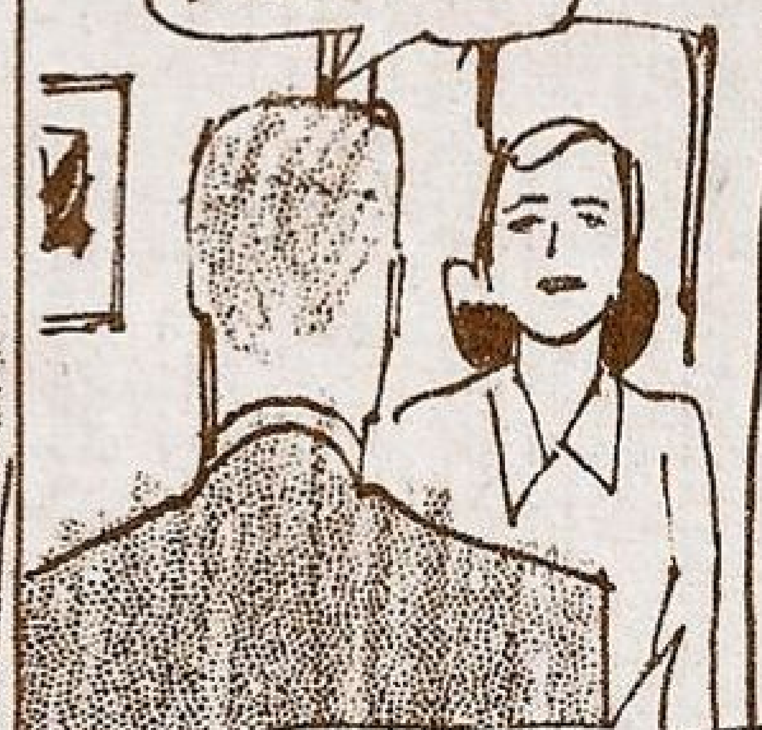

Por el serpenteante camino, horas después, entraron a Lund. Al pasar por una de las calles de los suburbios ...
Qué calle más triste, ¿verdad?


Y ni siquiera hay un reloj decente para saber la hora. ¡Miren ése! ¡Le faltan las manecillas!


Isak Borg no dijo nada, pero se pasó una mano por la frente, como queriendo alejar un presagio. Poco después llegarom a la casa de Evald.
Aquí nos separamos. Ha sido un placer tenerlos como acompañantes.


¡Al contrario! No sólo debemos agradecerles el habernos traído, sino. ¡Un momento! ¡Mañana estaremos en su Ceremonia, doctor!


¡Hasta pronto, entonces! Luego...
¡Hola, Evald! ¿Qué tal, hijo mío?
¿Cómo estás, padre? Adelante...

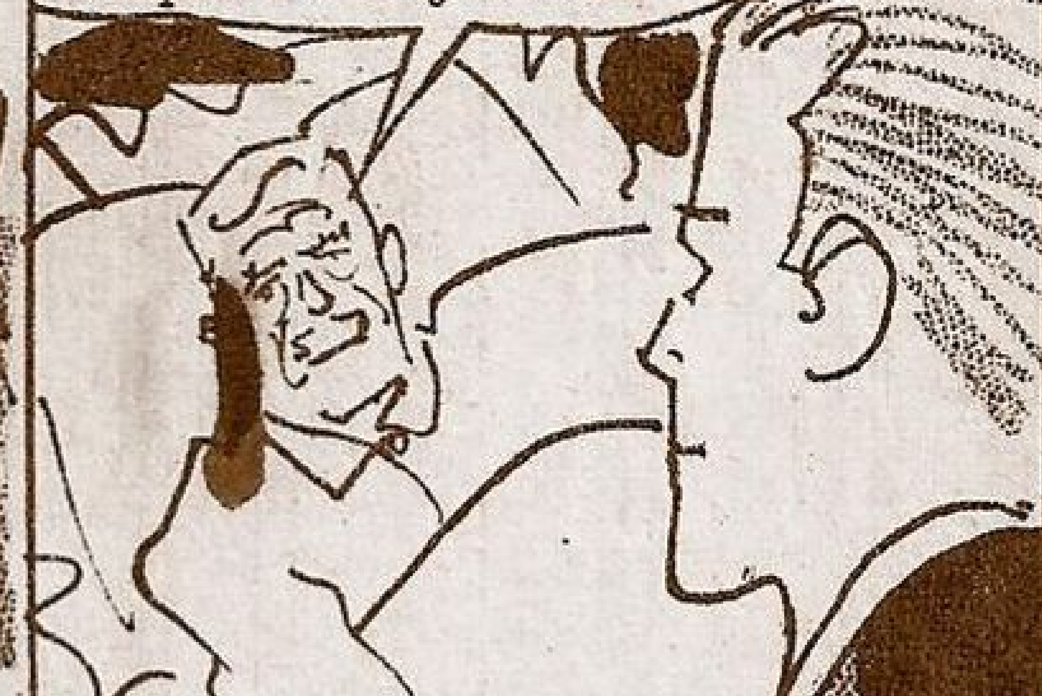

Al ver a Marianne, Evald quedó un instante turbado. Después...
¡Marianne!
Vine de paso, Evald. Partiré mañana, si te parece, a casa de mi madre.


—Bien, ya hablaremos de eso luego. Subamos las valijas ...
¿Estás inquieto, pensando en la Ceremonia, padre?
Algo, hijo, algo... No puedo negarlo.


Al día siguiente...


...y desde hoy, Isak Borg, ingresa como miembro honorario de esta Academia.


Afuera...
¡Adiós, doctor Borg! ¡Fue magnífico!


Y esa noche...
Buenas noches, padre...
Buenas noches, Evald. ¿Vas a salir con Marianne? Quisiera hablar contigo, antes de que se vayan ...


Me alegro, y perdona que te hable de esto, ya que nunca me entrometí en tu matrimonio. Me alegro de que todo vaya bien. ¡Estoy seguro de que ese niño nos ayudará a todos!


Hum... Bien, padre... ¿algo más?
Sí. ¿Has sido tú el que pediste a Marianne que se quede, o...?









El profesor Borg se sentía cansado. Tenía miedo de morirse, y soñar alguno de esos sueños extraños. El sonido de unas voces jóvenes que cantaban bajo su ventanal lo hizo asomarse. Allá estaban los tres muchachos del camino, sonrientes. - ¡Es nuestra serenata de despedida, papá Isak! dijo ella con su alegre voz.



Por unos instantes, mientras sentía agolparse lágrimas de felicidad en sus ojos, los vio como misteriosos mensajeros de su "absolución."



Cuando su cabeza volvió a reposar sobre la almohada, cerró confiadamente los ojos, entregándose. Y se vio ...



...guiado por su prima Sara, caminando en el prado de fresas.





-Yo te llevaré. Está pescando, en el remanso que tú conoces. - ¡Allá los veo! ¡Está también mamá! Sí. Eran sus padres, junto a las tranquilas aguas, en un lugar de paz, bajo una misteriosa luz llena de amor.

Isak Borg avanzó en su sueño, con una alegría extraña creciendo en su pecho. Su padre levantó su brazo, saludándolo. -¡Voy, padre mío, voy hacia ti...!



FIN

VAMOS A REIR



-¡Querida! ¿Adivina qué te he comprado en la ciudad? ¡Una esclava de oro!



-Querida... podríamos ir a cenar afuera. ¿Cuánto tardas en arreglarte?



-Tu mamá no hace mucho que salió, ¿verdad? El teléfono aún está caliente.



-Apúrate con mi sobretodo, Alicia. Tengo frío.



-¿Adivina quién ha salido hoy en los diarios, querido?

EL ABUELO

Por Horacio Feans





DIBUJOS DE CIRILO MUÑOZ

Don Ramiro Carbajal dejó sobre la mesa escritorio de su biblioteca una carta que estuvo leyendo por buen tiempo. Se puso de pie y comenzó a caminar con grandes pasos de uno a otro extremo de la amplia estancia.



Después se detuvo frente al amplio ventanal que daba a un bien cuidado jardín.



De cantero en cantero, la joven iba formando un hermoso ramo de flores. El sol del meridiano caía vertical y esplendoroso. Rosalía miró hacia la ventana.



Un par de rosas más y corro hacia usted, padre.



En breves minutos la joven estuvo al lado de su padre.



Don Ramiro ignoró la pregunta.







Don Ramiro, exasperado por la aparente indiferencia de su hija, acotó con subido tono:

Bonito decir el tuyo, pero hueco. En los tiempos en que vivimos, el sentimentalismo no engarza; no sé si me entiendes.

El timbre de la voz de don Ramiro adquirió una tonalidad espesa.

-Quién me escribe - prosiguió don Ramiro - me anuncia su pronto viaje desde Barcelona por algo que es providencial para mí y trascedental para ti.











La joven mentía a sabiendas. Y una razón muy poderosa tenía para ello, puesto que si don Ramiro Carbajal se llegaba a enterar de que su hija, desdeñando pretendientes de neta raigambre aristocrática...

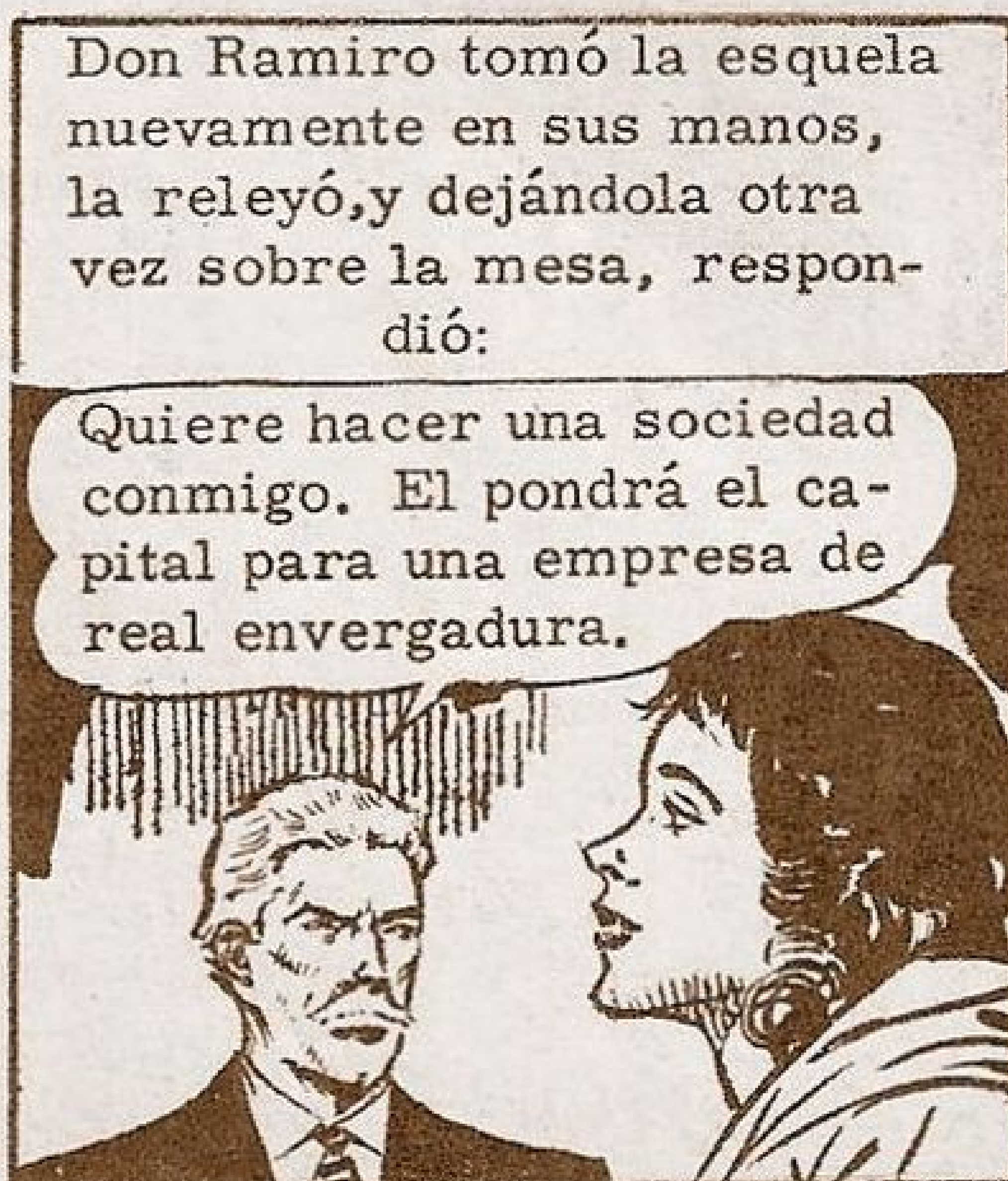


...habíase prendado de un hombre cuyo unico blasón lo eran un par de brazos laboriosos, es seguro se habría enardecido a punto tal, que hubiera puesto inmediato coto a esas seguras relaciones . Pero Rosalía, atenta a esa segura reacción de su padre...





















Don Ramiro, desde ese momento, no abrigó mayores esperanzas de éxito, aunque, sin embargo, presentía que la joven sería capaz de sacrificarse si ello suponía una solución para la felicidad del hogar paterno y para el apuntalamiento de su decadente patrimonio.









El mozo, al verla aproximarse, corrió hacia ella, y sin reparar en que podían ser vistos, la estrechó entre sus brazos besándola.




Tenemos que hablar muy seriamente.
Me asustas el gesto con que lo dices. ¿Es algo tan grave?


El brillo de los ojos de Rosalía habíanse opacado repentinamente, y le refirió lo conversado con don Ramiro.
¡Por nada del mundo estoy dispuesto a perderte!


Juan Antonio esbozó una sonrisa que no pudo dizfrasar el atisbo de amargura que en ese instante tenía en el corazón.
¿Qué puedo yo decirte?


Eres tú la que debes decidir. Tu padre te ha colocado en un dilema que tiene dos extremos. En uno te aguarda lo que tú consideras será tu felicidad; en el otro, una incógnita para ti, pero que ya, sin embargo...


...lleva implícita una razón ante la cuál no puede permanecer indiferente tu cariño hacia los tuyos.
¿Tú, en mi caso, dudarías?


La pregunta sorprendió a Juan Antonio. De buen grado hubiera querido evitar responderla, pero Rosalía, tensa su expectativa, insistió:
¿Tanto tienes que pensar?
No; sé bien que debo responderte, pero ...


Juan Antonio se interrumpió. Por su rostro cruzó algo así como una sombra. Parecía que de pronto había envejecido. Hasta el tono de su voz era distinto.
Quisiera que des a mis palabras el sentido con que voy a decirlas.


No te preocupes así, querido. Me parece adivinar tu repuesta. ¿Crees acaso que ni por un instante me atrevería a dudar de tu amor?


No es ese el caso, Rosalía. Pero se me ocurre pensar que en cierto tiempo de la vida, hay un momento ...


...en el que renunciar a algo que amamos entrañablemente, si el sacrificio de hacerlo puede significar la felicidad de nuestros mayores, es como un deber inexcusable que no admite opciones.
¡Juan Antonio!


No, no me mires así y compréndeme.
Hasta hace un instante creí comprenderte; estaba segura de que una palabra...


...una sola palabra tuya, hubiera bastado con holgura para resignar todo, absolutamente todo, menos mi cariño por ti.







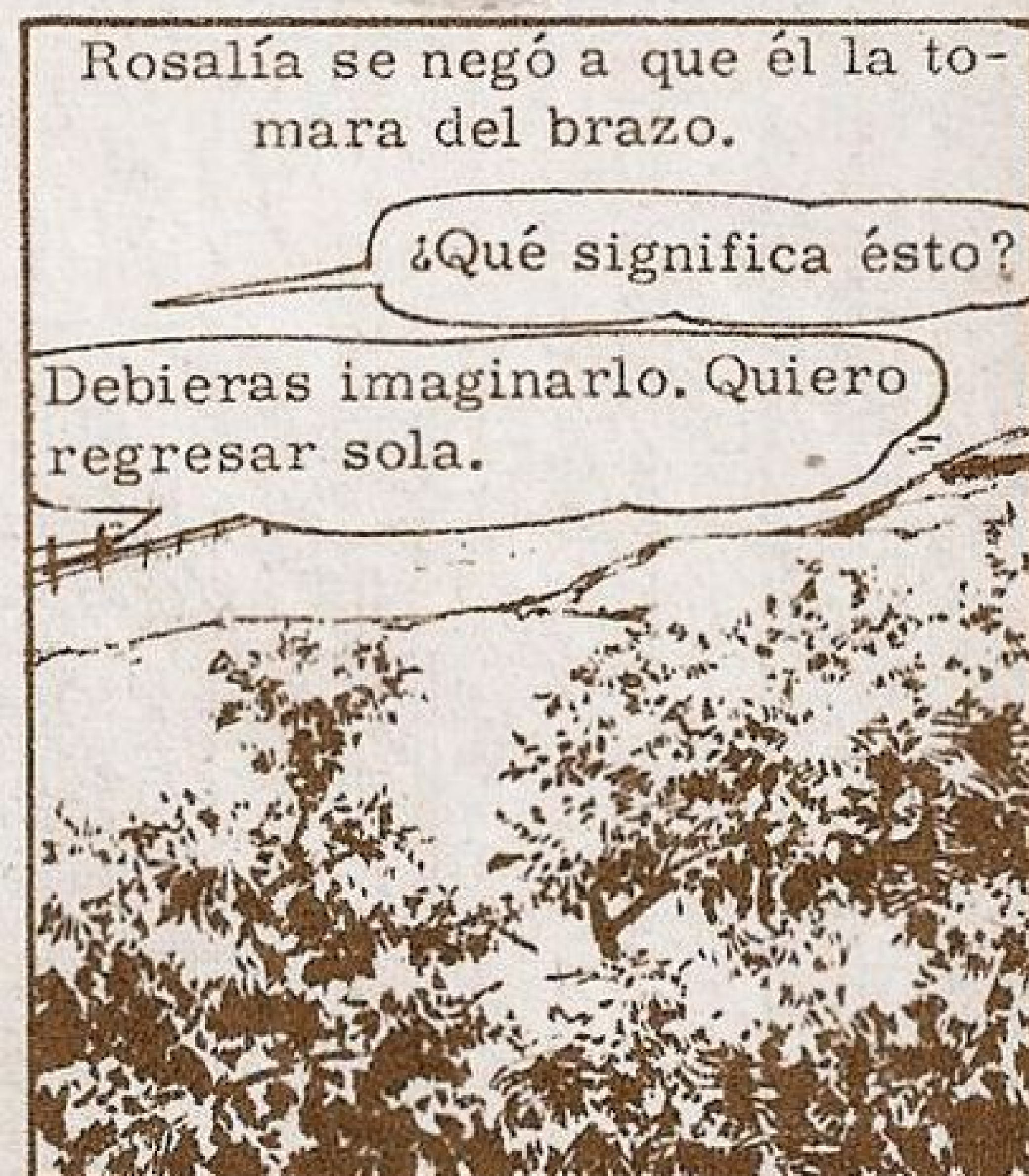


Ella hizo un gesto de duda. Algo más pensaba decir, pero Juan Antonio, mirándola a los ojos, viendo en ella al único y más hermoso sueño de su vida, comprendió que ese sueño se le estaba esfumando.















"Simplemente se enamoran, se apasionan y hasta enloquecen por el primer petrímetre que las ronda sin importarles que el mismo no sea más que un Juan Antonio cualquiera."

¡Padre, por Dios, ese nombre!

¡Vaya! Fue el primero que se me ocurrió.

Pero, ¿a qué viene esa reacción tuya? ¡No entiendo!

Le suplico no preguntarme nada. Me casaré con Fernando Pinar y ojalá sea lo antes posible.

Grises fueron los días siguientes para Rosalía, durante los cuales su alma se debatía en un torbellino de fuerzas encontradas que ella misma, sin querer, había provocado.

Tal vez ahora reconociendo su propia culpa, se daba cuenta de que nunca volvería a ser feliz como lo fuera con Juan Antonio que, así como tenía un corazón enorme para amarla, fue capaz de anteponer a todo, por ese mismo amor, los dictados de una noble lealtad.

Ahora ya era tarde para desandar lo andado. Estaba de por medio el amor propio, su orgullo de mujer, cosas ambas que hubiera brotado al más profundo mar por retornar a él. Pero, como don Ramiro diera ya a Fernando Pinar su aceptación bajo palabra...

...de caballero y por respeto al honor de su padre, el destino había puesto punto final al pasado. En la soledad de su cuarto, cubriéndose el rostro con las manos, se entregó a su desesperación íntima en un llanto.

¡Juan Antonio, te quiero!

Fernando Pinar llevaba dos días en la casa de don Ramiro, del que sería huésped, hasta tanto se formalizara la boda con Rosalía, la que según los anuncios periodísticos que ya se difundían, tendría efecto dentro de una semana.

Yo había pensado en una ceremonia íntima, sin publicidad.

Bueno, de haberlo sabido... Pero ahora ya es tarde.



















Ella respondió: -El mejor hombre del mundo, merecedor de ser amado hasta el sacrificio; de una nobleza tan inverosímil como para permitirle perderme, poque comprendió el problema de nuestra familia, de nuestra...



...fortuna decadente y su corazón de buen hijo lo instó a aconsejarme que debía optar por Fernando Pinar, el que ante mis ojos, no es más que un mercader de amor.



—Y en cuanto a ese hombre al que tanto quieres, si te hubiera amado de verdad, no habría sido tan necio de aconsejarte como lo ha hecho. Lo que pasa es que quería desembarazarse de ti.













Muy importante debió ser el llamado telefónico que en ese momento atendía don Ramiro, puesto que finalizado el mismo y con toda premura, anunció que viajaría en seguida.



Don Ramiro, tal como lo anunciara, regresó al día siguiente. Fernando y Rosalía sentados en la sala, él hablando de fastuosos proyectos para su matrimonio, ella, tan ausente como más no podía estarlo.



Algo tenía que haberle sucedido en ese viaje a don Ramiro. Algo que lo abatía.



Don Ramiro, haciendo un gesto afirmativo respondió: "Como si lo estuviera. Un hombre al que por años conocí lleno de virtudes, de buena fortuna, perfecto por donde se lo mirase."



.. "un poco tarde a ciertas tentaciones, dilapidó en dispendiosa vida todo su patrimonio. Incluso engañó a una pobre mujer que a causa de ello tuvo un hijo, sublime sacrificio que, a poco de producirse, habría de costarle la vida a la madre."



"Esto, que no es nada que asombre, sucedió hace tres años. La criatura, dado que la condición moral del padre, dejaba mucho que desear, ingresó al orfanato de los jesuítas."



¡Pobre angelito!

Y lo más satánico de esta historia, lo que ...



... " exacerba aún más si es posible el espíritu, es que ese hombre, sabiendo que esa criatura era su hijo, que llevaba su sangre, jamás hasta la fecha se ocupó de él, aún conociendo como conocía el piadoso hogar en que se hallaba. "

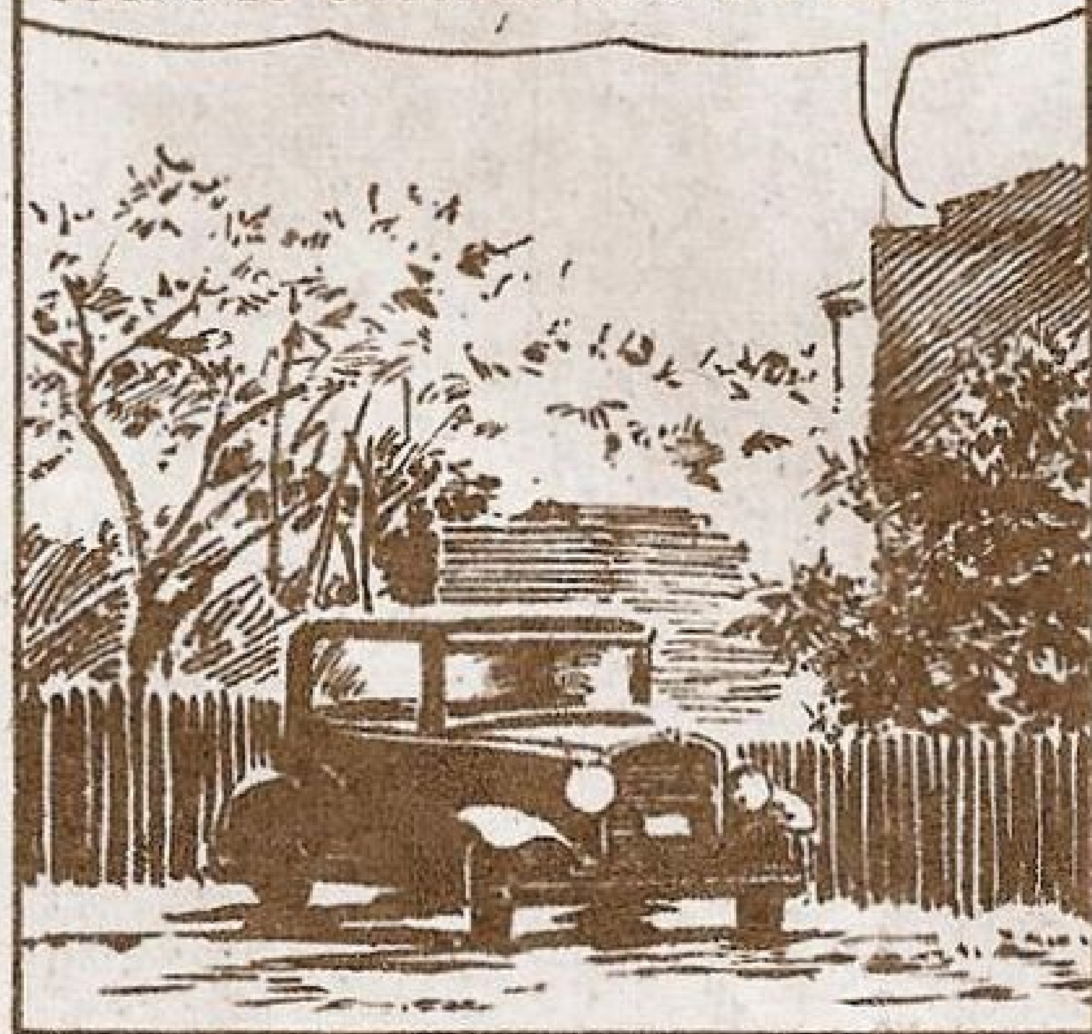


Alguien me habló por teléfono y pude así saber los pormenores de esta historia que he querido decir. Solicité y obtuve la adopción del niño.

¡Ha estado maravilloso, padre! Me muero por conocerle.



Eso es fácil; sobre el asiento del coche lo encontrarás dormido.



Rosalía fue en su busca, y regresó con el pequeño. Fernando al verlo , con pasmosa serenidad exclamó:



Es presioso. La verdad que un hombre que así procede, merece el desguello. Lo que no me explico esporquéle avisaron a usted.

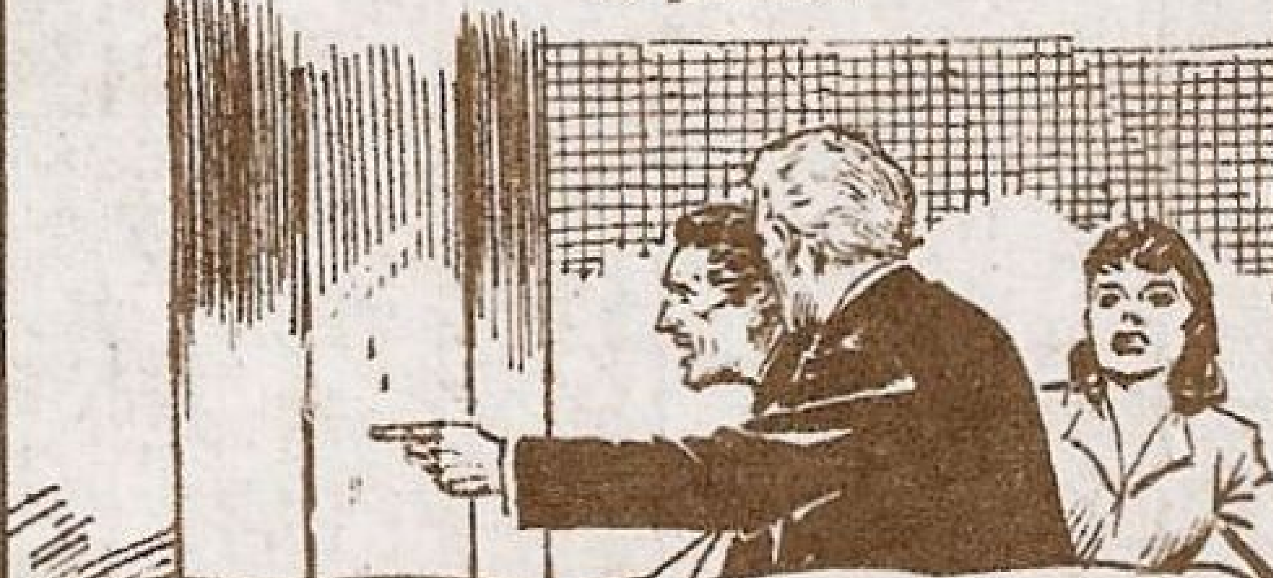


Fue alguién que leyó la noticia de vuestra boda enlos periódicos, y tuvo la gentileza de llamarme.

No veo qué relación puede haber...



Don Ramiro Carbajal, apelando a energías que sólo Dios sabe de dónde sacó, tomó por un brazo a Fernando Pinar, lo hizo poner de pie, y lo llevó casi a rastras ante un espejo que había adosado a la pared.



Ese que usted ve, el que fuera mi mejor amigo, es el padre de la criatura.

¡Ese es el imfame a quien poco faltó para que le entregara a mi hija, quién sabe con qué siniestro designio!





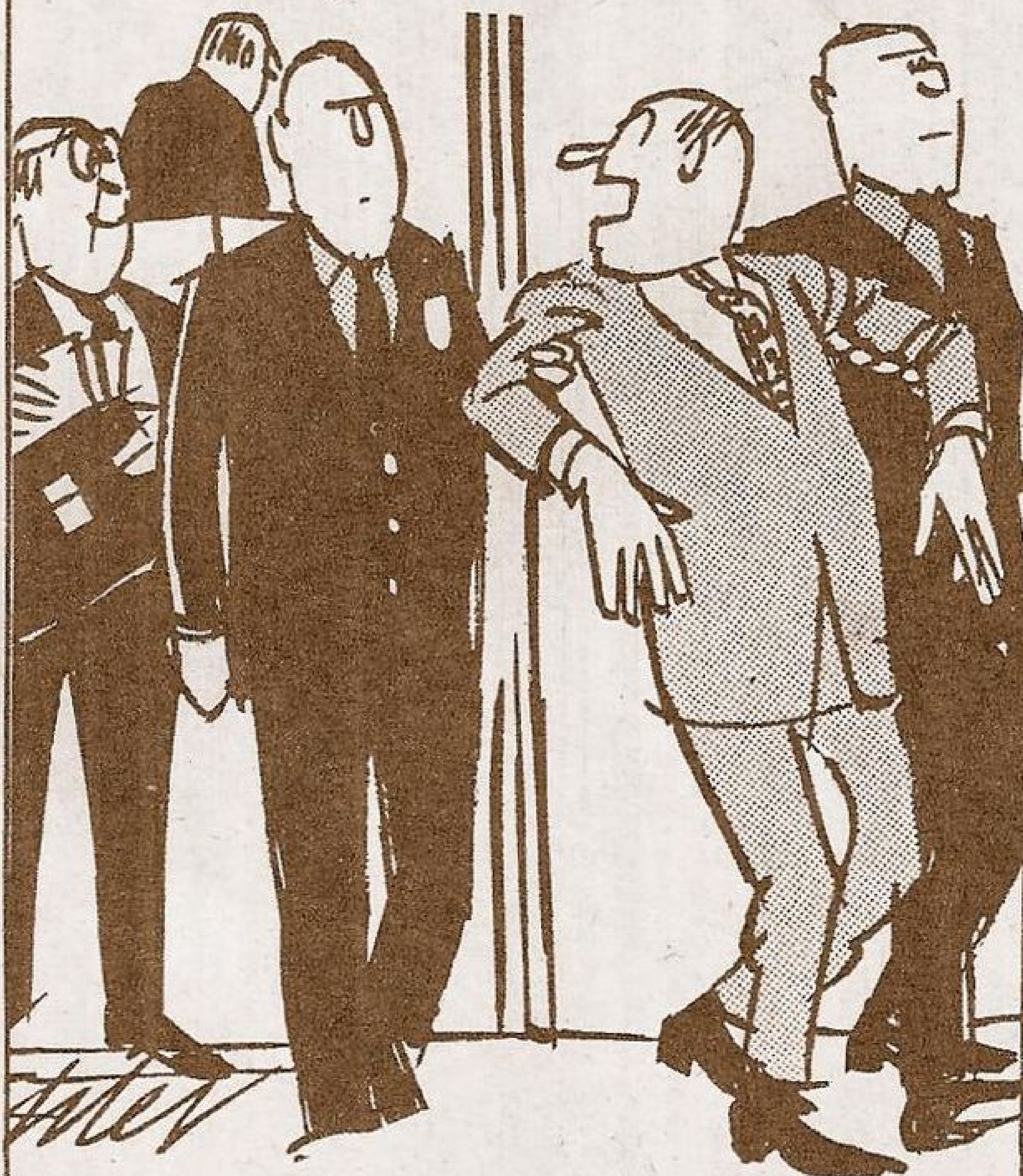








ALÉGRESE

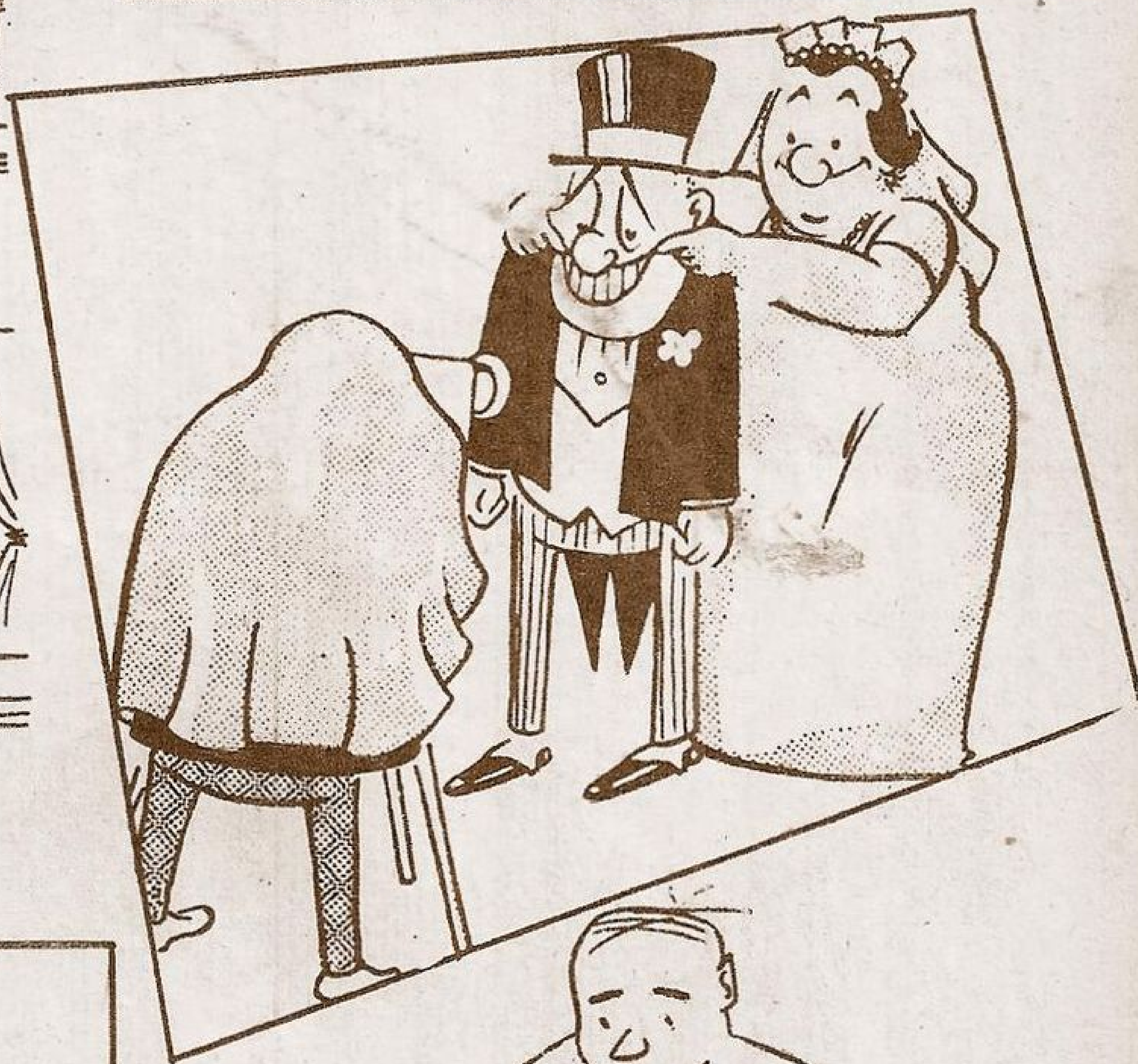


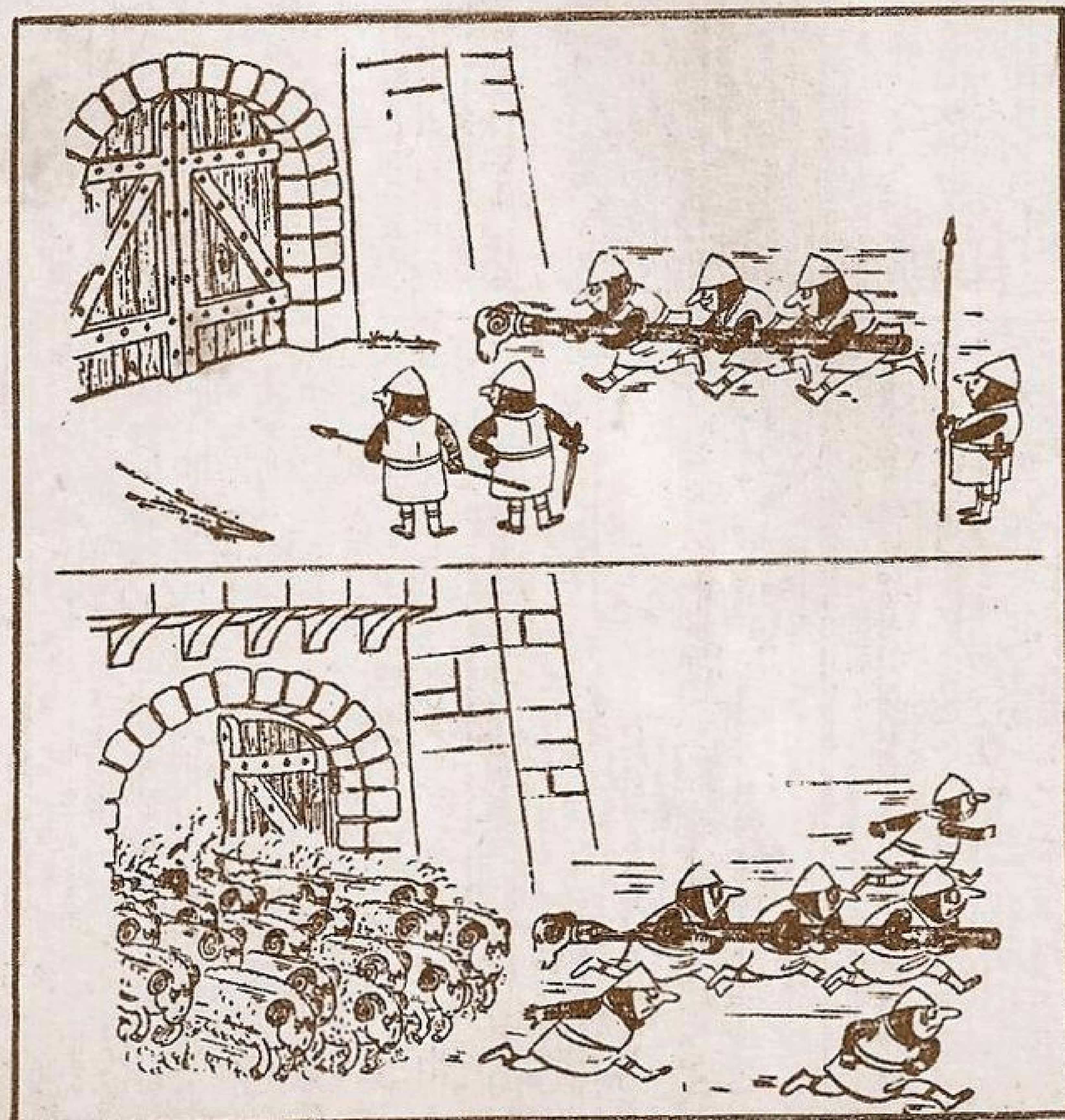
-Veinte personas sobre ciento ochenta millones dicen que soy culpable, y ellos llaman a eso justicia.

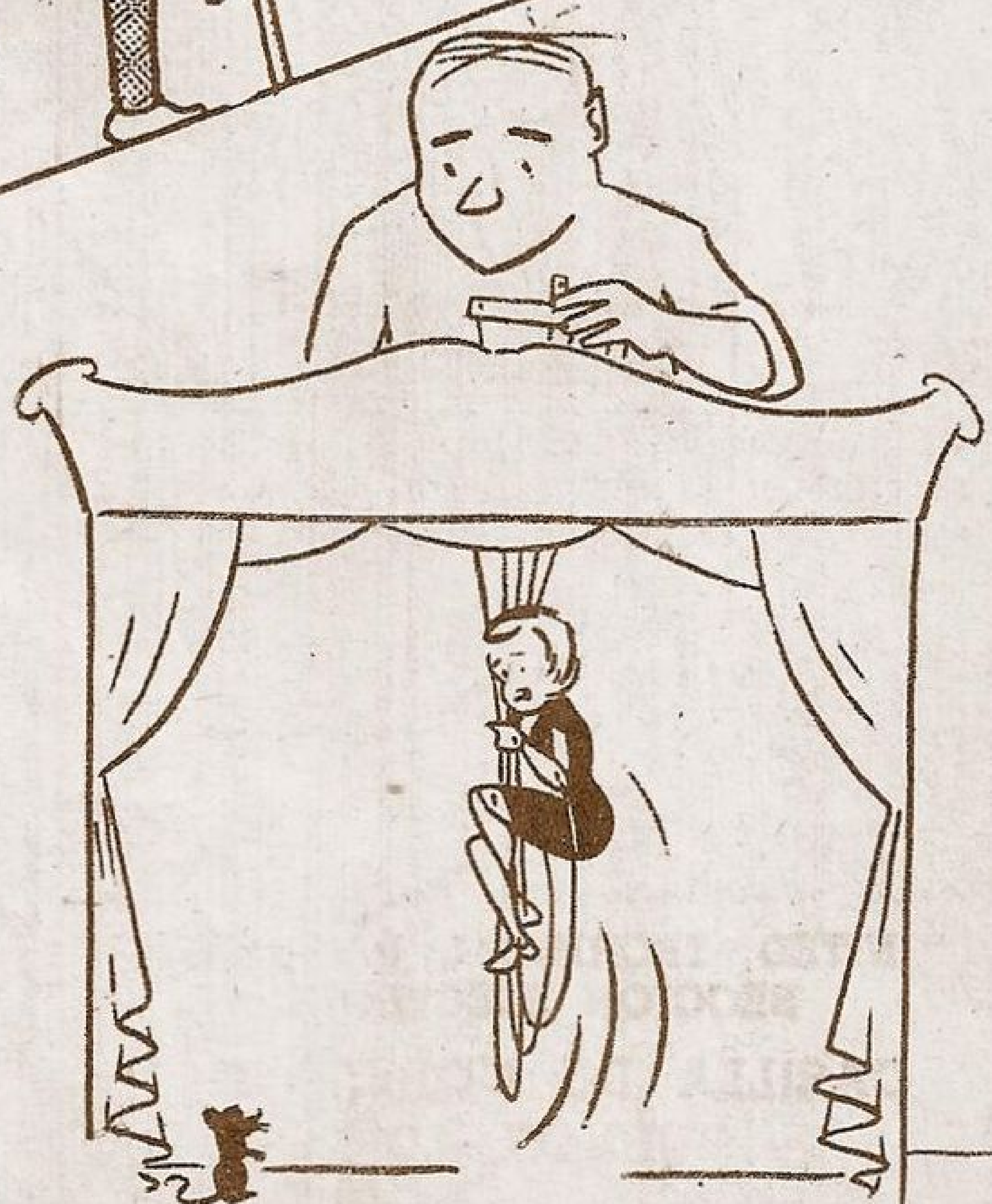
SIN PALABRAS











Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Esta es una historia de hombres y mujeres

ESCRITA POR CRISTÓBAL MARÍA PAZ



VIAJE A UN MUNDO EXTRAÑO

Dibujos de Martha Barnes





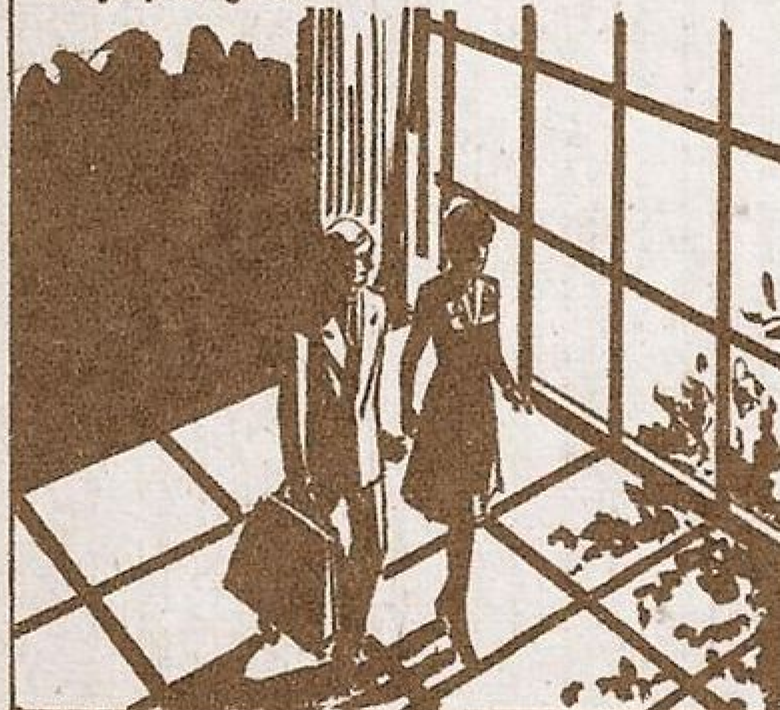
















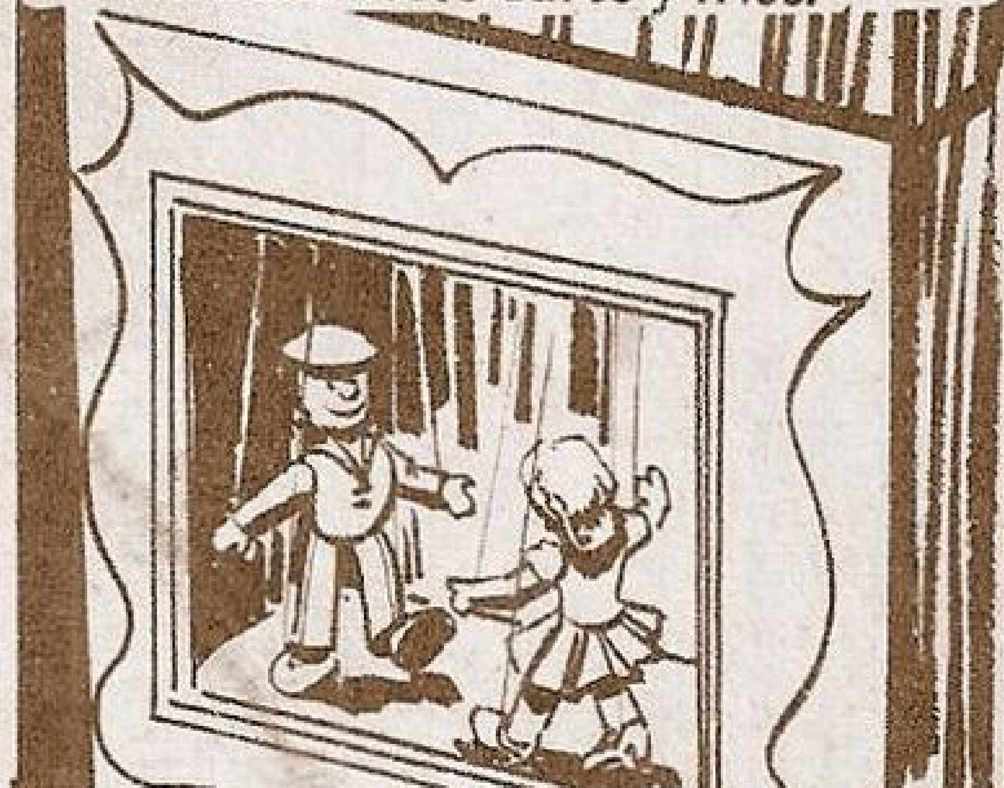

Yo insistí. No terminaba de entender:
Pero...¿Y los niños que van a participar de la fiesta, cuándo llegan?


-Celeste no tiene amigos.
Entonces traiga a Celeste. Los chicos se entretienen mucho ayudando a armar el escenario.


Ana me miró largamente. Se le nublaron los ojos. Tragó un puñado grandote de lágrimas saladas, y me gritó, desesperada:
¡Celeste murió! Celeste está muerta.




Le había prometido traerle un teatro de títeres para su cumpleaños, y cumplo. Trabaje, ¿quiere?


Tuve que trabajar. Me costó. Se me anudaba la voz. Los muñecos se movían torpemente. Los hilos que los animaban permanecían inmóviles entre mis dedos duros y fríos.


¡No puedo más, señora! No me pague nada, pero déjeme ir. ¡Esto es terrible!

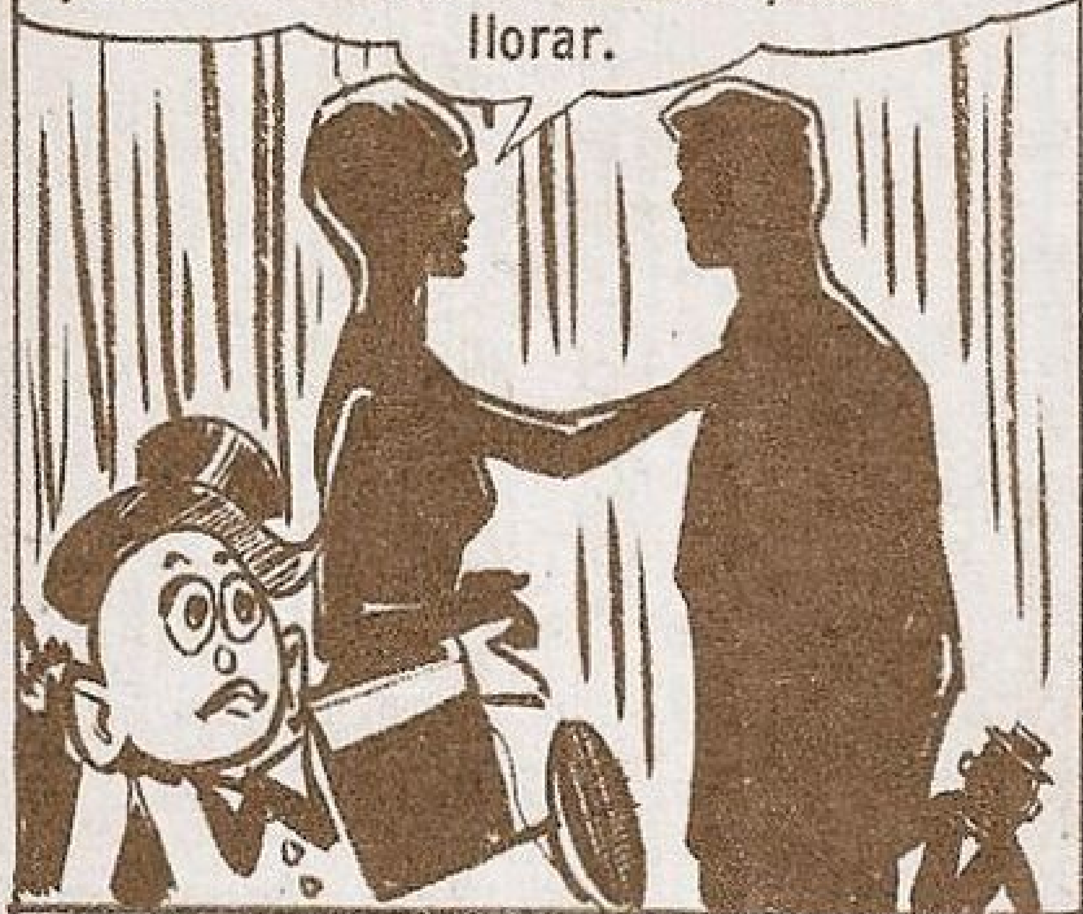

Vuelva a la realidad. No se festejan con fiestas los cumpleaños de nadie que haya muerto y menos aún el de una niña.


Celeste no murió como puede morir cualquier otro niño. ¡A Celeste la asesinaron!


Ana volvió a mirarme largamente, con esa mirada tan suya, una mirada amarilla y silenciosa. Una mirada para ser masticada.

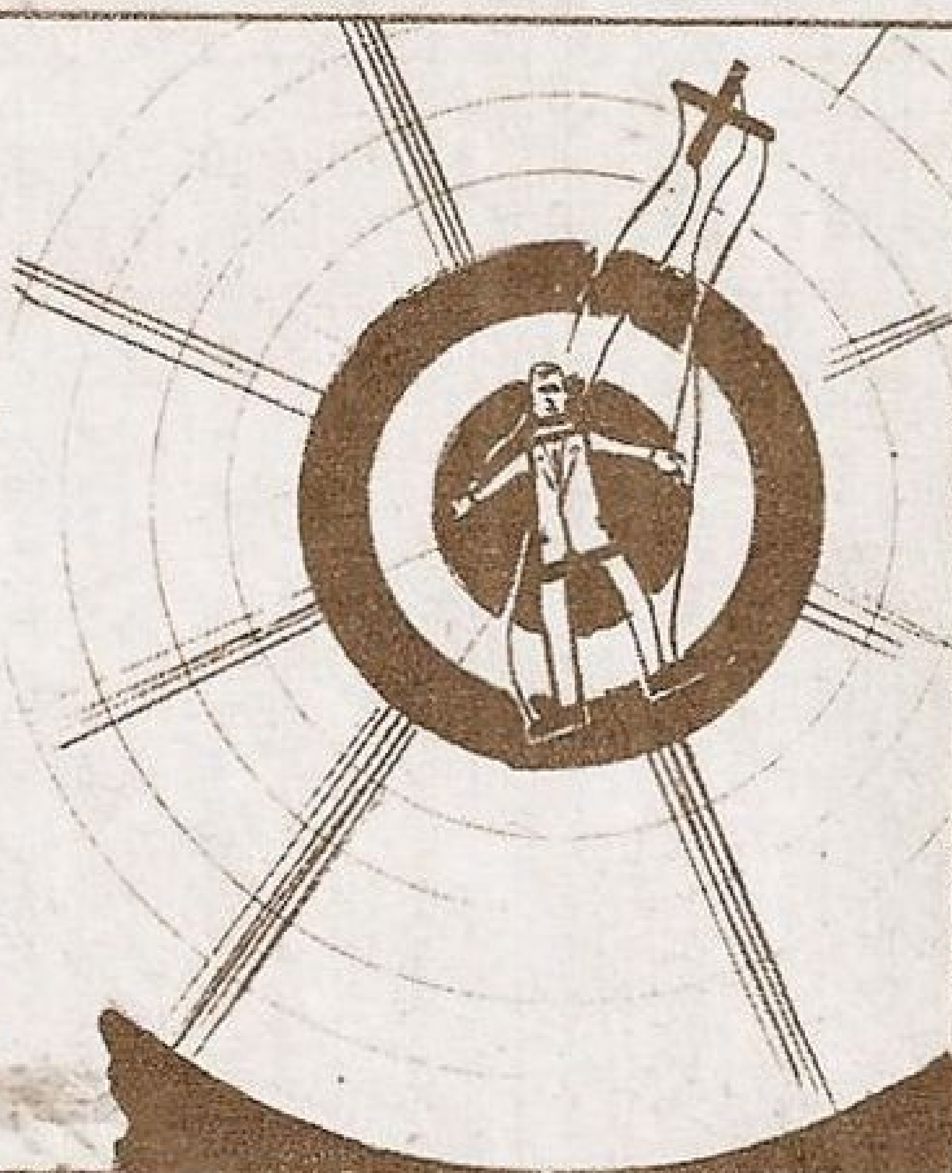

Poco a poco se fue transformado en otra mujer.
No se vaya todavía. Voy a servirle un café.


Le sonreí, agradeciéndole.
¿Por qué sonríe nada más que con la boca?
No sé...


Sus labios sonríen, pero sus ojos no. Tienen una lágrima esperando ser derramada. No postergue su llanto. Llore, si quiere. Los hombres también pueden llorar.


Hablamos. Hablamos mucho. Sorpresivamente, Ana rió. ¡Qué risa tremenda era la suya! Una risa cargada de dolor. Le divertían mis aventuras de artista vagabundo.


-Y entonces, ¿qué hiciste, Horacio? Me tuteaba. Me animé a tutearla. Me aproximé más a ella. Me gustaba el profundo perfume blanco que la envolvía. La amaba. ¡La amaba! Me iban a estallar las manos, porque la amaba.


Nuestras voces se multiplicaban en los ecos de la casa desierta. Estábamos los dos solos en aquella enorme mansión, acompañando el fantasma de la triste Celeste asesinada. Tuve miedo. Tuve miedo de Ana. Ana era toda una mujer, toda una gran bruja del amor. Comenzaba a atraparme.


Entonces me contó su pequeña historia, su gran calvario. Era rica, siempre había sido rica y siempre había estado sola. Un día conoció a un muchacho también solo y se casaron. Tuvieram una hija, Celeste...


-Mi suegra destrozó mi matrimonio. Mi suegra me robó a Celeste. Cuando murió la niña no me quiso decir en dónde la enterraron. Mi suegra es mala. Y Ricardo, mi esposo, es débil. Ricardo es un niño grande y pálido. Hace más de tres años que estamos separados.


¿Alguna vez imaginaste un corazón capaz de ser canalla hasta el extremo de negarle la tumba de su hija a una madre?
Un hondo sentimiento de rebeldía comenzó a llenarme la sangre. (Quijote. Siempre Quijote. Quijote ciego y tonto.)


No llores más, Ana. No llores. Me ponen triste tus lágrimas. No mereces llorar. Yo averiguaré en dónde está enterrada Celeste. Compraremos claveles blancos para llevarle. Muchos claveles blancos.


Ana me miró.-Cuando prometo algo, lo cumplo a costa de cualquier sacrificio personal. Y ahora más que nunca debía cumplir con lo prometido. Amaba a Ana. Hacía apenas dos horas que la conocía, pero ya la amaba, como si la hubiese querido desde siempre.


Me dio los datos necesarios para ubicar a su esposo y a su suegra. Le prometí regresar con el dato que quería. Me despidió con un beso en la frente. Para ella era nada más que un niño. Otro niño. Celeste, Ricardo, yo. Todos niños.


Ya salía de la casa, dejando atrás el solitario parque que la rodeaba, cuando ceeí oír una tremenda carcajada que me heló de espanto.























Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¡Ahora, váyase! ¡Váyase de una buena vez!

¡Miserables! ¡Miserables!

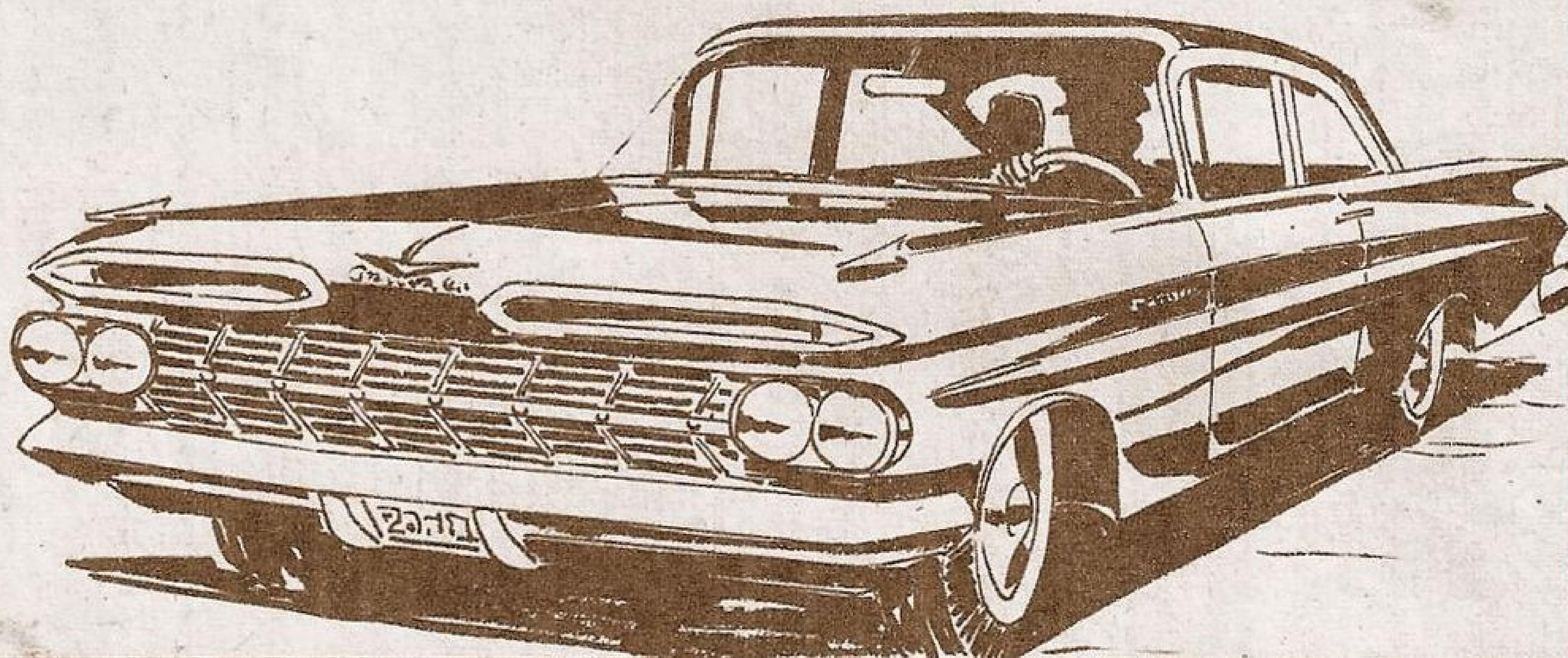
¿Qué diablos dice?

¡Miserables! ¡Miserables! ¡Están torturando a Ana!

La ira me nubló los ojos.

¡Llamen a la policía! ¡Este muchacho se ha vuelto loco!

Y vino la policía. Y yo fui a parar con mis pobres huesos a un calabozo de la comisaría 12. Unas cuantas horas después volvía a quedar en libertad. Pero la acción policial no iba a quedar detenida. Me volverían a citar para que completase mi declaración. No bien dejé la seccional, noté cómo un coche negro me seguía. Era la madre de Ricardo, la suegra de Ana, la abuela de Celeste. Celeste, la víctima.

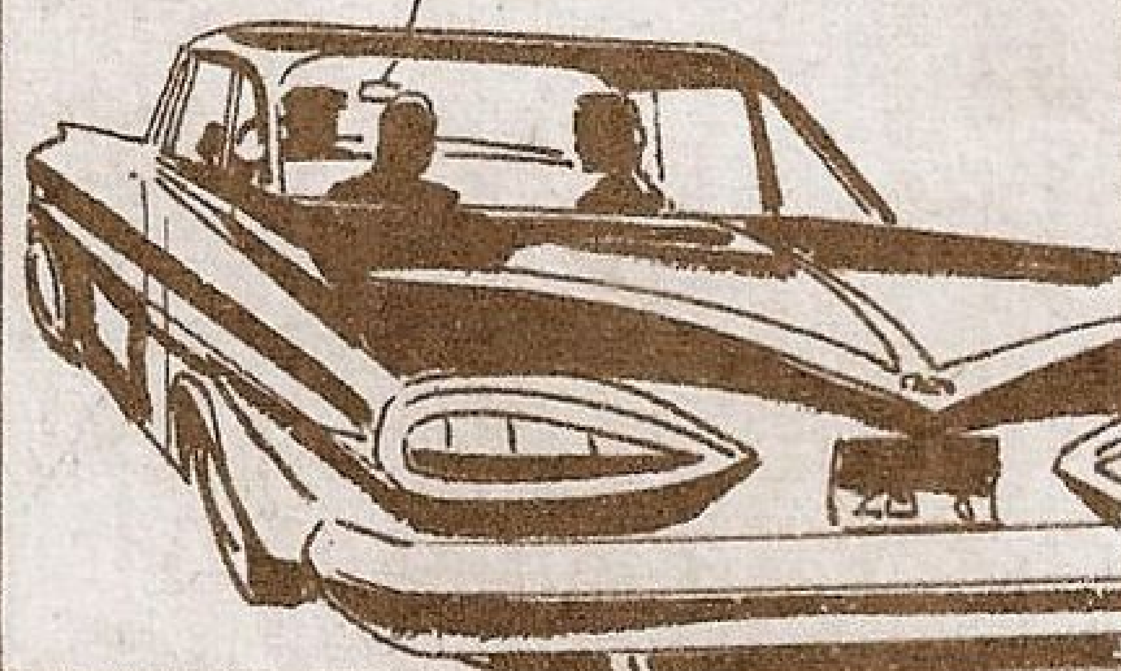


Insistió en que subiese al coche. Tenía que hablar conmigo. Quería convencerme para que no dijera nada a la policía, para que no produjera un escándalo. Pero yo no me dejaba convencer. Tenían que devolverle su hija a Ana, mi amada Ana.



Eso es imposible...

Ana es la madre de Celeste. Tiene derecho a su hija...





Celeste no existió nunca. Es un secreto terrible. Celeste es una mentira de Ana. Una de las tantas mentiras de Ana. Una mentira que yo tuve que hacer realidad para no perder a mi hijo, para salvar a mi hijo.



¡No ataque a Ana! ¡Delante de mí, nadie se atreverá a juzgarla mal!



No me dejé convencer. La investigación continuó adelante. La policía nos tomó con un poco de reserva. Integrábamos una tremenda ronda de extraviados. Ana no había sido localizada. La madre de Ricardo terminó por confesar la verdad, su verdad... Ricardo Fuentes Echeverría era un joven y brillante pintor abstracto. Una noche, en una fiesta, Ricardo conoció a Ana Figueroa. Ana era bastante mayor que él. La diferencia de edades no fue obstáculo para que Ricardo se enamorara de ella, y se casaran.



Ana era una mujer extraña, inmensamente rica e insólitamente vagabunda. No tenía un momento de reposo. Necesitaba vivir en medio del ruido y de la desorganización. De repente estaban en Roma y después en Calcuta, y alguna vez en Buenos Aires...

Ricardo comenzó a angustiarse. Haciendo esa vida nómade no podía trabajar. Además Ana estaba cada vez más enferma de los nervios. Tenía sorpresivos y violentos ataques de ira seguidos de largas y silenciosas postraciones de melancolía.



Entonces se produjo el alejamiento, la separación, el comienzo del gran sisma. Ana regresó sorpresivamente desde Tokio luego de una tormentosa discusión con su esposo. Esperaba que éste la siguiese como de costumbre, implorándole perdón, ese perdón que era ella quien tenía que pedirlo y no concederlo. Pero esta vez no se repitió la historia del reencuentro. Ricardo desapareció sin dejar rastros. Su madre se desesperó. Revolvió cielo y tierra para encontrarlo. Su amado hijo, su débil niño, había sido lastimado.

Por fin lo localizaron. Estaba viviendo en París en medio de la mayor miseria. Fracasaba como pintor. Sus cuadros eran torpes y carecían de cualquier valor estético. Se entabló entonces un duelo entre la madre y la esposa, para reconquistarlo, para demostrarse mutuamente quién tenía la razón en esa tempestad que vivían.

Ana mintió a Ricardo diciéndole que iba a ser madre, que iban a tener un hijo. Era una de las mil mentiras que decía cada día que vivía, cada hora.



Ricardo se sintió recuperado. Un hijo le daba una nueva razón de lucha, de trabajo, de fe. Su madre fue a buscarlo a París, pero Ricardo no quiso regresar de inmediato; necesitaba conseguir un gran triunfo para ofrecérselo a su esposa y a su hija...



Ana anunció el supuesto nacimiento de Celeste. Y un día se produjo el regreso de Ricardo. Entonces Ana volvió a mentir diciendo que Celeste había muerto. Ana era demente. Los médicos lo certificaron. La madre de Ricardo utilizó entonces aquella verdad para crear su mentira, su piadosa mentira.



La suegra de Ana contó a su hijo una historia que terminó convenciéndolo. Le dijo que en razón de la locura de Ana, ella había logrado quitarle la niña que ahora estaba internada en una clínica para lactantes. Lo cierto era que una fuerte suma de dinero le había permitido conseguir una niña huérfana que pasaría por Celeste. Dejaron vivir a Ana, lejos de ellos. Pero ahora todo estaba destruído. Yo, Horacio, lo había destruído. Mi capricho por alcanzar siempre la verdad, había destruído la felicidad de aquellos tres seres.



—Perdóname, Ricardo. Te mentí por salvarte. Me daba miedo tu tristeza. Necesitabas un motivo para vivir y quise dártelo.

—Mamá, nada ha cambiado. La niña seguirá a nuestro lado. La adoptaremos como corresponde. Celeste vive. Celeste es ella. Será mi hija, será tu nieta...

¿Y Ana? Cuando me enteré en la comisaría que iba a ser detenida para ser internada en un manicomio, huí desesperado a ponerla sobreaviso.

La policía me detuvo al llegar a la mansión. Vi cuando se la llevaban en una ambulancia. Forcejée hasta acercarme a ella. Ana se había pintarrajeado de negro el rostro y las manos. No me reconoció.



Insistí en decirle quién era, y entonces lanzó una escalofriante carcajada, la misma que había resonado a mis espaldas, la tarde en que dejaba su casa, después del malogrado simulacro de fiesta de cumpleaños que le ofreciera al fantasma de Celeste. Me dejaron solo, en medio de la calle. La mansión parecía un gran panteón solitario. Corrí hasta mi casa. Fui a esconderme entre los muñecos, a llorar desesperadamente.



—¡Abuelo! Acabo de sufrir tanto que creo que tengo la cabeza llena de canas. Soy un muchacho con todo el cabello blanco, y con arrugas en la cara.





Nadie nos dijo que veníamos a la tierra para ser felices. Todos los días la vida puede darte un dolor, pero de pronto te da una gran dicha, una infinita felicidad, en la sonrisa que acabas de encender en la boca de un niño triste. El amor verdadero ya vendrá. Espéralo.

FIN

PARTIR, CON ESA ILUSIÓN

Por Francina Siquier

Dibujos de D. Haupt
























Había tanta dureza en el rostro de Albert Madelin, que Henri Sagnac frunció el ceño. A ninguno de ellos les convenía la violencia.
Hablaremos luego. Es hora de comenzar.


EraAlbert Madelin, un gran pianista. Daba conciertos cuando la ocupación de París y ahí se cortó su brillante carrera


La introducción impecable revelaba una gran técnica y una sensibilidad exquisita, y constituyó marco adecuado para la aparición de una extraña mujer, envuelta en una especie de túnica negra, sobre la que caían los dorados cabellos.
-Y ella es... Es Michel Jullien, cantante a partir de la guerra.


Juan José comprendió que "en un antes y un después" de la guerra, se resumían las historias de aquellos dos seres.
Ya no es muy joven, pero sí atrayente. Demasiado...


La voz de la mujer tenía un extraño poder. ¿Cantaba o hablaba? A ratos, era difícil precisarlo, especialmente cuando la tristeza y la amargura estaba en sus frases y en los ojos que miraban sin ver nada, ahondando en el pasado


"J'attendrai toujour...ton retour..." Esa canción era un llamado y alguien estaba respondiendo a él quizá...
Aunque arriesgue todo, debo verla de nuevo.
¿Qué te lo impide? Parece evidente que la conoces bien...


La emoción estaba en todos los que habían escuchado la vieja melodía y los aplausos eran cálidos. En los labios de la artista se insinuó una leve sonrisa y con infinita dulzura, comenzó la siguiente romanza.
Cette nuit mon amour... Je veux chanter pour toi la plus jolie des chansons...


La respuesta produjo en Juan José una sorpresa.
Ella fue alguna vez lo más importante en mi vida. Y yo fuí su única razón para soportarlo todo.

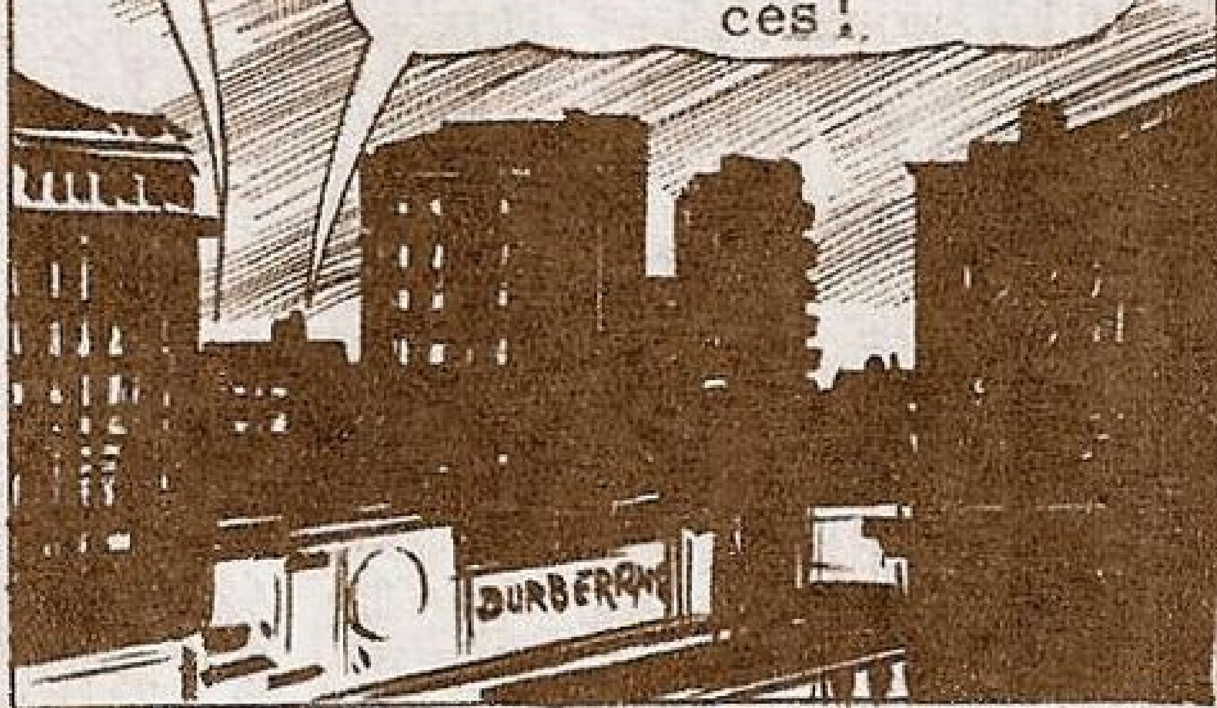

El mozo se había acercado, deferente.
Monsieur Sagnac me ha entregado este sobre para usted, señor.
Gracias.


Rasgó el sobre con indiferencia. Luego, pasó la nota al amigo.
Toma, lee. Después... te contaré todo.


Eran unas pocas palabras escritas con letra nerviosa:"Será mejor que se vaya sin tratar de verla. Ella no debe saber nunca que está usted aquí. De lo contrario, Gastón lo sabrá también y eso podría significar el fin para usted".
¿Tienes forzosamente que hacer caso de esa amenaza?


En la pequeña habitación detrás del salón de té, Michelle y Albert estaban unidos una vez más por la humeante taza de café.
El público argentino te ha recibido bien. Te prodigan elogios... Pronto hablarán los diarios de ti, y quizá...


Me ofrezcan un gran contrato, ¿verdad? ¡No sueñes, Albert! Me basta con el éxito que ambos obtenemos. Mi felicidad no depende del triunfo total.


Los ojos azules estaban velados por una tristeza profunda.
Eres demasiado ambicioso, Albert.
Ambicioso, materialista, indiferente. ¡Me lo has dicho muchas veces!


Lo siento. No trato de herirte a sabiendas. Quisiera...
Lo sé. ¡Quisieras que fuera otro y no el que soy! Sólo porque desearía que tú...


Henri Sagnac, el representante de Michelle, pensó que llegaba a tiempo para evitar una discusión.
Bueno, creo que podrían caminar un poco. Faltan dos horas para la próxima actuación.


Albert, sin terminar su café se alejó, y Michelle, sinceramente dolida, se quejó.
Está irritable, nervioso... Hace años que no lo veía así.
Hace años que él no la ve sonreír.


Es natural que eso lo apene, porque ha sido para usted más que un simple acompañante.
No lo olvide. Ha sido un amigo, casi un padre, pero...


...no puedo fingir una felicidad que no siento.
Sí, le resultaba difícil seguir recorriendo lugares con el alma llena de recuerdos; de un pasado que se hacía presente en cada una de sus canciones.


Logró evadirse de Henry. Entre él y Albert se las ingeniaban para no dejarla salir sola desde que... Mejor era no pensar en eso. Comenzó a caminar sin rumbo por la ciudad que sólo era una más para ella, pero que en las cercanías de la Plaza San Martín le permitía evocar con nostalgia su inolvidable París...


...que era el París de sus 18 años, el de la ciudad ocupada. La transición de Michelle de niña a mujer había sido brusca y apresurada por la guerra. Sus inquietudes anímicas la llevaron a frecuentar lugarés donde se efectuaban reuniones secretas ...


...en la que se arriesgába mucho, se ponía de manifiesto todo el ímpetu de una juventud maravillosa, y se obtenía muy poco. Allí conoció a Albert, cuya brillante carrera interrumpiera la guerra y aprendió a admirarlo.
Vamos a sacar un diario clandestino, para decir todas las cosas que nos obligan a callar.


Me parece maravilloso. Con eso se demostrará que París no está vencido; que la lucha sigue.
Lo que hay que demostrar es que no tenemos miedo.


Así, inesperadamente, sin presentación previa, había entrado Gerard en la vida de Michelle. Más tarde supo que era periodista y que iba a dirígir el periodico ...
Estoy dispuesta a ayudaros.


Entró a formar parte del movimiento de Resistencia, donde se concentraba la fuerza de un pueblo que anhelaba seguir siendo libre. La imprenta se instaló en el sótano de un cafetín, cuyo dueño era hijo Henri Sagnac. Para justificar su presencia allí, Albert tocaba el piano y Michelle comenzó a cantar.
¿Sabes que tienes una voz magnífica?


No fue el elogio de Albert el que forzó al estudio, sino el observar el callado interés de Gerard, cuando ella interpretaba alguna romanza. El era difícil de contentar en todos los aspectos. Serio, reconcentrado y distante, hacía sin embargo sentir su presencia. Y un día ...
¿Querrías cantar "J'ATTENDRAI"?


Asintió complacida, y cantó mejor que nunca lo había hecho. No obstante, sólo obtuvo un seco "Gracias" que hizo nacer en su alma el despecho.
¡Es un hombre insoportable!
¿Estás segura de opinar eso?


Los días se sucedían inquietantes. Mientras ella cantaba para una concurrencia cada vez mayor, acompañada por Albert, en los sótanos del local, Gerard Gastón Lavage, Henri Sagnac y otros, escribían aquél diario que luego se repartía entre todos, exponiendo así, minuto a minuto, sus vidas.


El peligro era cada vez mayor. Por unos días tuvieron que suspender la emisión del periódico y cierta tarde la invitó a dar un paseo. Por vez primera se mostró inquieto y nervioso.
No me agrada que estés envuelta en ésto.


No creas que ha sido fácil convencer a mamá. Siempre teme que ocurra algo.
Tú sabes que ello es muy posible.


Yo, o cualquier otra, es lo mismo.
No exactamente para mí.


Una emoción extraña aceleró los latidos de su corazón. Pero antes de que pudiera hacer preguntas, Gerard la arrastró por un brazo lejos de allí.
¡No te vuelvas! Gastón termina de bajar de un auto con dos oficiales alemanes. Sin duda lo han apresado.


No van a tardar mucho en hacer que hable, así que no hay tiempo que perder. Tengo que avisar a todos. Te dejo aquí y ya nos veremos.


—¡No puedes impedirme que esté junto a ustedes en estos momentos!
¡Trata de no hacer las cosas más difíciles, Michelle!


No disponían de tiempo para discutir y cedió ante la insistencia de ella. Al entrar en el local, la orden de Gerard fue perentoria.
¡Hay que destruírlo todo!
Bueno..., esperábamos que sucediera un día u otro...


Desde el primer momento habían estado preparados para eso. De pronto, en lo alto de la escalera apareció el padre de Henri, con el rostro demudado.
Están acordonando la casa. Hay que huir.


Por el pozo ciego, descendieron hasta el paso subterráneo practicado en el mismo que cruzaba la calle, para desembocar en el sótano de una tienda de antigüedades. El peligro tan temido estaba cerca. Adquiría dimensiones, rostro... Y fue en ese instante en que Gerard la abrazó.
Te quiero, Michelle. Sé que no nos está permitido amar, que no tenemos derecho a ello en esta lucha nuestra. Por eso no hablé antes.


Aceptó su primer beso que tuvo sabor a lágrimas. Las palabras ya no eran necesarias. Uno a uno fueron saliendo de la casa que daba a una calle lateral. Todo estaba perfectamente planeado.


Michelle y su madre, junto con Gerard y Albert, vivieron quince días en casa de una anciana señora, en el pueblecito de Vaucresson. Y un día...
Gastón nos denunció a la Komandantur...


...y dijo que tú, Gerard, eras el responsable, por lo cual estás en peligro. Conviene que trates de llegar a Burdeos donde Francis Le Blanc...


..."te enseñará el camino para cruzar la línea. Una vez en Pau estarás a salvo."
Algún día me vengaré de Gastón. Cuando todo termine.


La separación intuida desde el primer instante por Michelle, era ya inminente. Durante dos semanas habían vivido pendientes de un amor en el que no cabían los planes del futuro.
¿Cuándo volveremos a vernos, Gerard?


Pregunta sin respuesta. En el amanecer siguiente, él partió solo hacia su destino, y Michelle siguió mirando el camino hasta que toda forma se había perdido en lontananza. Comenzaba su tiempo de espera.


Juan José no podía saber que aquella inquietante Michelle estuviera evocando su pasado, ese pasado en el cual le había introducido el breve pero emotivo relato de Gerard.
Quizá ella lo recuerda todavía...


Disponía de un par de horas àntes de ir a la redacción y pensaba descansar en su departamento. Al abrir la puerta, escuchó el timbre del teléfono.
Esta vez, por lo menos, me recibe alguien...


En esta frase estaba encerrado un secreto dolor proveniente del vacío de su vida, que sabía de tantas emociones de los demás.
¿Quién sería?


El teléfono había dejado de sonar. Encendió un cigarrillo y se acomodó en su sillón. Mentalmente reconstruyó el relato del amigo, reviviendo jornadas de emoción y peligro durante los largos meses en los que estuviera alistado al movimiento de Resistencia...


Gerard había luchado como un valiente, y por fin pudo regresar al París liberado en busca de Michalle y Gastón, que simbolizaban el amor y la venganza. El reencuentro con la muchacha borró la angustia de la separación.
No me atrevía a pensar en este momento.


-Sin embargo, el imaginarlo me dio fuerzas para resistirlo todo. Mamá murió. He tenido que soportar mucho. ¡Si no hubiera sido por Albert!
¡Querida mía!


Sí, el amigo fiel había seguido a su lado, prestándole estímulo y ayuda. En ese instante, los contemplaba en silencio.
¿Qué planes tienes, Gerard?


No era posible eludir la respuesta. Su rostro se endureció.
Sé que a Gastón le ha ido muy bien. Se enriqueció con los otros y ahora esta haciendo lo mismo con estos. Pero voy a desenmascararle.
¿No es mejor olvidar?


No me pidas eso, Michelle. Mis primeros artículos han de demostrar que fue un colaboracionista, que vive del marché noir, que es un enemigo.
No olvides que tiene amigos poderosos.


Puede destruirte, Gerard. Tras él hay gente ambiciosa, que lo necesita para enriquecerse. Pensemos en nosotros ahora . . .


¡No puedes pedirme eso! He visto morir demasiados compañeros para dejar que un mal patriota y un traidor no sea castigado.


Su primer artículo fue un toque de alarma, y esa misma noche...
¡Vamos, alguien quiere hablarle! Será mejor que nos siga.


Frente a Gastón ya, sintió impulsos de saltar sobre él.
¿De manera que piensas "limpiar" París? Ahora no te va a resultar fácil escapar.


Soy más fuerte que antes y además he descubierto tu debilidad. ¿De manera que estás enamorado de la pequeña Michelle?
Eso no te importa.


Estaba equivocado porque para Gastón era un medio para obligarlo al silencio.
Al contrario, amigo mío, me importa mucho. Gracias a ella te quedarás callado a menos que no quieras verla flotar en el Sena.
¡Eres un miserable! ¡Nada podrá detenerme!


Juan José revivía en su evocación la ira experimentada por su amigo aquél día, pero el timbre del teléfono lo transportó a la realidad.
¡Hola! Sí, estuve con Gerard trabajando hasta muy tarde...


Era Susana. La otra mujer en la vida de Gerard. La imaginó con su dulce sonrisa resignada con la pregunta eterna en el fondo de sus ojos tan azules. ¿Qué sucedería ahora?


Estaba decidido a llevar a la práctica un plan que antes discutiera con Gerard. Impulsado en el fondo por la imperiosa necesidad de hablar con aquella inquietante Michelle Jullien.


CINZ
SALDOS
DESCUENTOS
HORIZONTAL
En esos mismos instantes, un hombre trataba de huir de sus pensamientos. Resultaba interesante, casi diabólico, el experimentar la sensación de que su alma abandonaba su cuerpo y estaba dentro de aquél hombre de rostro despreocupado, o en la sonrisa de la adolescente sofisticada y quizá en la mirada llena de filosofía del viejo mendigo.


Ser varios y no ser nadie era lo mismo. No tener recuerdos, no concebir esperanzas. Por eso no se dio vuelta cuando la voz lo llamó.
PIZZERIA
¡Gerard!


Alguien también hacía un llamado en ese momento, que no obtenía respuesta.
¡Michelle!... ¡Michelle!


Henri Sagnac tuvo miedo. Miedo de que sucediera lo tantas veces temido.
¡Michelle! ¡Contesta, por favor!


Por segunda vez en unos días, Albert y Gerard se enfrentaban en aquella oscura y silenciosa esquina.
Pese a lo que te dije, pese a todo, has vuelto hoy. Y te he seguido para decirte que ...


-No me importan tus amenazas. Y nunca creí que te importara tanto saber si yo estaba vivo o muerto.
Durante mucho tiempo tampoco a ti te importó el que lo supiéramos. Ahora es demasiado tarde.


¡Demasiado tarde! Era cruel decirlo. Demasiado tarde para besar sus cabellos, para mirarse en sus ojos, para oprimirla contra su pecho.
¿Pero por qué no puedo verla?


Porque me he enterado de lo que hiciste de tu vida. Sé que hay otra mujer en ella.
¿Acaso no estás tú en la de Michelle?


Albert palideció y tomándolo por las solapas...
¡Sabes bien que Michelle siempre te ha recordado y que le resultaría muy fácil separarse de mí!


¡Suéltame! No arreglamos nada peleando. Ni amenazándome con avisar a Gastón de cuál es mi paradero. Necesito verla...
¡No te lo permitiré! Ella no resistiría encontrarte y perderte en el minuto siguiente. Y voy a decirte algo que no sabes...


Algo que hubiera comprendido de encontrarse como Henri con el cuerpo desplomado junto al lecho. Parecía una pobre muñeca rota.
¡Michelle! Pequeña...


Eran difíciles de entender sus palabras entrecortadas.
Que no lo sepa... Albert. No... se lo ... digas.
No. Te lo prometo.


La mañana siguiente mostraba su rostro gris mojado por leve llovizna. En la redacción, una silla estaba vacía.
Es extraño. Gerard no ha venido a trabajar.


Juan José había sido recibido con muestras de deferencia por Henri, muy en su papel de representante de una eximia artista. Michelle no se hizo esperar y al verse ante ella, se sintió algo turbado.
¡Oh, por supuesto! Trataré de contestar a todas sus preguntas ...


No era fácil sustraerse al encanto que emanaba de su rostro pálido, pero trató de aparentar indiferencia.
Bueno, nada ha sido en mi vida como imaginara. Fuí cantante sin desearlo, y he viajado mucho sin querer alejarme nunca de mi ciudad.


Sin embargo, hay una gran emoción en sus canciones.
Siento siempre lo que digo en ellas.


Pero se identificará más en unas que en otras. ¿Cuál es su favorita?
La pregunta había sido hecha rápidamente, como restándole importancia.


"J'attendrai..." Quizá porque alguna vez alguien partió de mi vida y desde entonces aprendí a esperar.
¿Por eso no se ha casado?


La respuesta se demoró por la llegada de Albert. Hechas las presentaciones, Michelle la contestó indirectamente.
Mi mundo está ya hecho. Lo forman la música, Albert y Henri, y los recuerdos que nos unen.


Las rutinarias preguntas siguientes, inevitables en toda interviu, fueron hechas por Juan José mecánicamente. Había averiguado ya lo que deseaba saber y había comprobado además que al hombre que poseyera el amor de una mujer como aquélla, le sería muy difícil olvidarla.

Henri acompañó al periodista insistiendo en invitarle a un aperitivo. Cuando Albert quedó solo con Michelle, inquirió con dureza.

¿Por qué te levantaste después de lo de anoche?

Henri me prometió no decirte nada.

Siempre encontraba en él la misma dureza, pero también el mismo dolor y el evidente cariño en el fondo de sus reproches.

Para tranquilizarte. Pero no podía ocultármelo. Ahora mismo vas a recostarte. Ordenaré que te sirvan el almuerzo aquí.

Cuando Juan José salió del hotel, estaba dispuesto a provocar un encuentro entre Michelle y Gerard. Todo hubiera sido distinto para ambos de no mediar aquél Gastón, jefe de una organización dedicada al contrabando de drogas y que denunciado por Gerard, había logrado eludir la acción de la justicia. Aquél Gastón exacerbado por la breve prisión sufrida...

... que no vaciló en cumplir su amenaza. El precio de la vida de Michelle, fue la partida de Gerard de Francia, que por amor a ella se avino a enfrentar la separación, la pobreza, la lucha...

Buenos Aires supo acogerle empero como a todo aquél que arribaba a su puerto. La ciudad se brindó, generosa, y le ofreció caminos nuevos y limpios. En uno de ellos encontró a Susana, la otra mujer de su vida.

Ya verás, tendrás suerte. Papá ha leído tus artículos y dice que son magníficos.

Susana había confiado siempre en él. Había sabido callar y no hacer preguntas, temiendo quizá las respuestas. Pero esa mañana, tras una noche de insomnio, al verlo llegar, dejó que su dolor se escapara en palabras de reproche.

Podrías haberme llamado. He temido que te sucediera algo ...

¿Por qué olía la casa a café recién hecho? ¿Por qué se la veía tan fresca con su delantal floreado y sus cabellos alisados? Todo estaba en orden. Cada objeto tenía su lugar en la casa de la que él era un elemento más. Eso le hizo daño tras la noche de un vagar entre sombras.

Algo ha sucedido...

Había querido herirla, pero Susana vio la angustia de sus pupilas y se limitó a servirle una taza de café.

Estás cansado...

Su cariño tan seguro había llenada la soledad de su vida, pero en ese instante deseaba huir.

Creo que viajaré a Chile. Se necesitan aquellas crónicas de las que te hablé.


Le había hablado de ellas y planeado hacer el viaje juntos. Ahora todo era distinto. Susana no podía saber, pero tal vez intuía la tremenda tragedia que estaba viviendo. Una voz martilleaba las sienes de Gerard, repitiendo:
(Michelle no resistirá encontrarte para perderte al saber que estás casado.)
Era algo simple y trágico a la vez. Michelle vivía por milagro. Su corazón enfermo podía dejar de latir a la menor emoción. Los cuidados y el cariño de Albert y Henri la habían preservado hasta entonces. Sus espasmos cardíacos demostraban empero, que en cualquier instante, aquél corazón de cristal podía hacerse añicos.


¡Oh Dios! ¿Por qué ha tenido que ser así?


La misma rebeldía estaba en Albert en esos instantes.
No quiero que cantes esta tarde. En cuanto al contrato que nos han ofrecido hoy, lo rechazarmos. Es mejor regresar.


—En París, por lo menos, te sientes casi feliz.
Deja de pensar en mi felicidad, Albert, que eres el primero en destruir cuando discutimos como ayer.


Me mortificó verte marchar solo. Ya sabes que sin ti me siento perdida...
Estaban tan cerca que él podía sentir el dolor de aspirar su perfume, de sentir su aliento cálido. Y el reproche estuvo en sus labios otra vez.

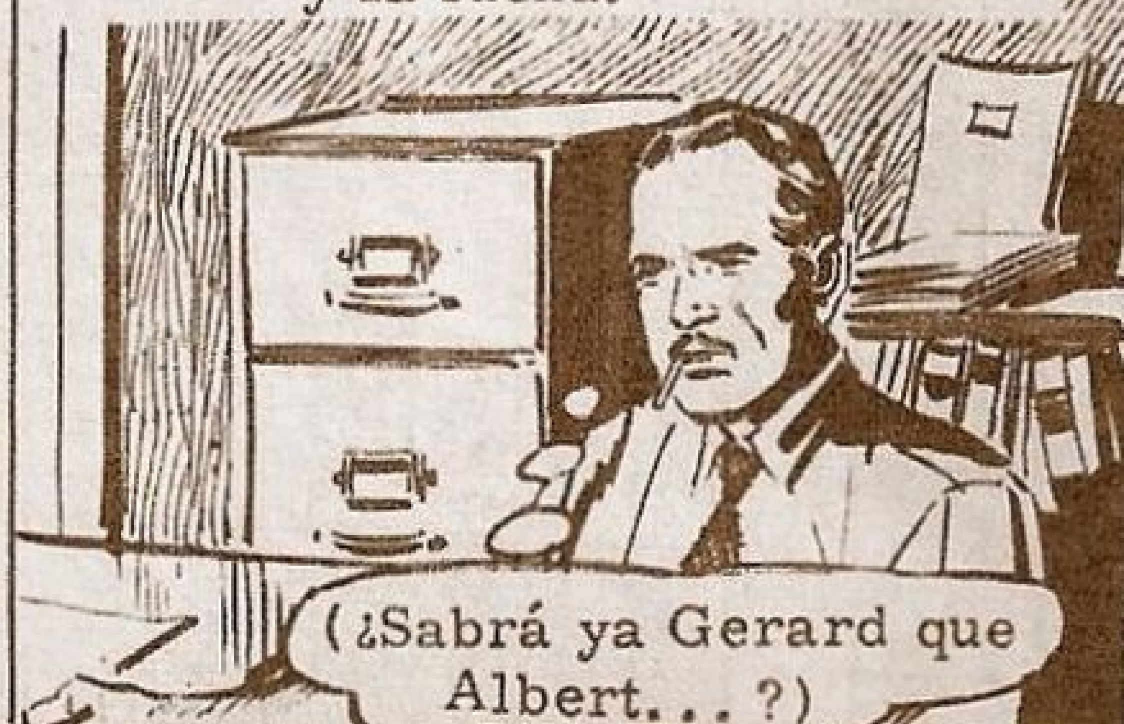

Es una frase hermosa pero sigues esperando a Gerard. Si él apareciera, ni tus canciones ni yo importaríamos mucho.
¿Por qué dices eso?


Hay ocasiones en las que ni una sonrisa, ni una lágrima, ni siquiera unas palabras intrascendentes, son disfraz suficiente para lo que se siente. Eso le sucedía a Gerard frente a Susana.
No puedo mentirte. Estoy en la etapa más difícil de mi vida y debo marcharme por un tiempo.


Dulcemente acarició ella sus cabellos. No podía pedir más de lo que un día recibiera.
Sí, es una etapa difícil de nuestra vida, pero te ayudaré, Gerard. Y acepto esta separación, sin hacer preguntas.

No dijo que ya sabía que volvería pronto a su lado, para recibir el consuelo de su cariño tranquilo e incondicional. Pero él deseaba brindarle algo más y para ello se imponía la ausencia. Michelle no sería nunca olvidada, pero siendo un imposible en su vida, debía quedar atrás, en el pasado. Y Susana merecía que un hombre nuevo devolviera tanto amor recibido.

Juan José interrumpió su trabajo. Le obsesionaba el drama de unas vidas en las que el destino había jugado. Y le dolía esa enfermedad de Michelle que había hecho imposible el reencuentro y la lucha.



Un dolor intenso estaba encerrado en las palabras que Albert pronunciara: "Si Gerard apareciera, ni tus canciones ni yo importaríamos mucho..." Michelle se acercó pensativa al ventanal para mirar la lluvia. Luego...



Siempre he estado esperándole, pero ayer, caminando por las calles de esta ciudad...



Tomándola por los hombros la hizo volver para poder hundir su mirada en sus pupilas azules. Ella sintió el dolor de los dedos fuertes.







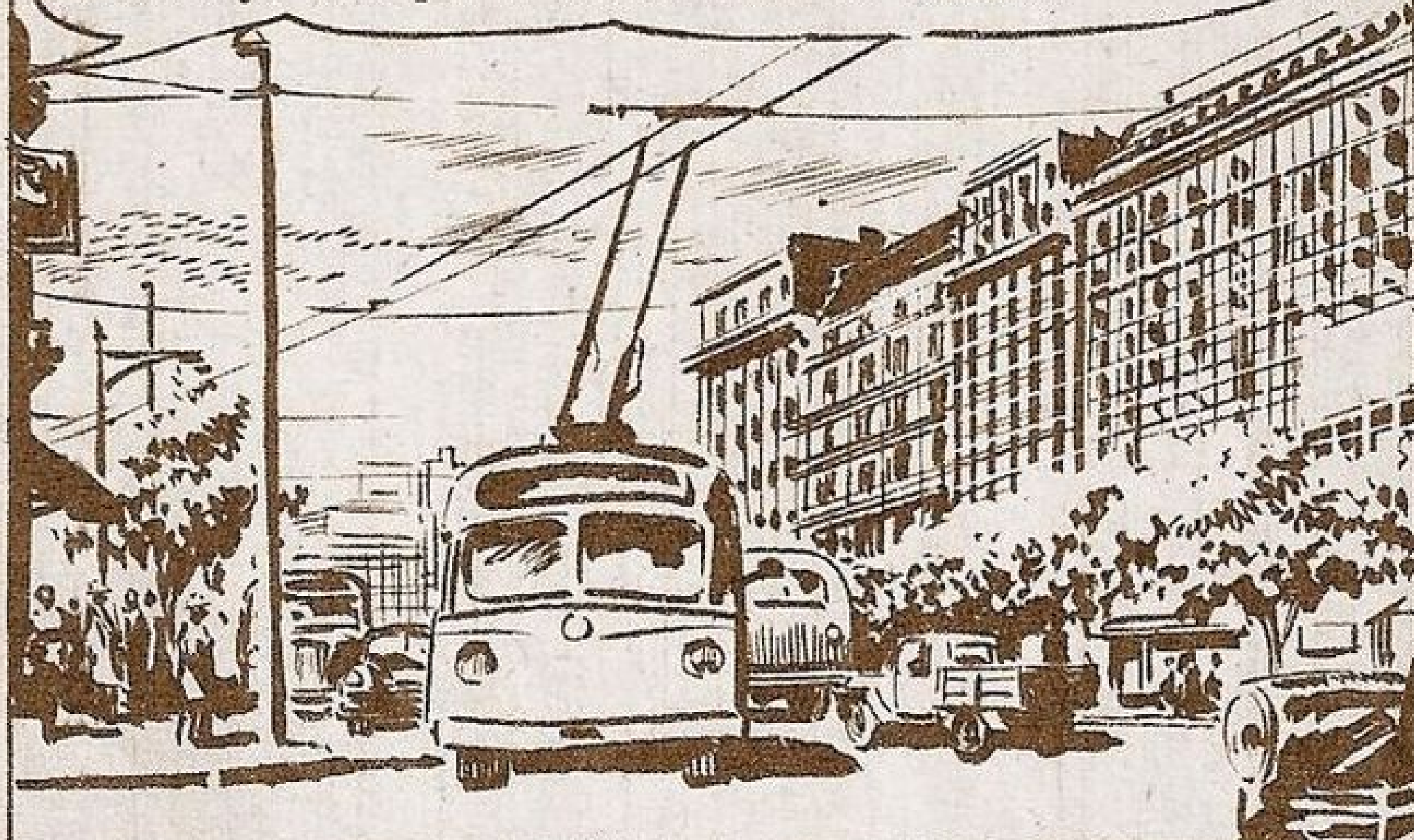
Ella no sabría nunca que Gerard la había visto con la misma emoción de entonces, con las mismas ansias. Era mejor así.

Albert respiró hondo. Lo que nunca se atrevió a soñar, había llegado.






Sí, Juan José había descubierto ese amor de Albert por Michelle, pero había evitado hablar de ello con Gerard. Y días más tarde...
He escrito un artículo de despedida para Michelle que sé regresa a París. Pero deseo aparezca con tu firma.


Ella no debe saber nunca que yo lo he escrito. Es lo último que puedo hacer y en cada frase hay un mensaje aunque Michelle no lo sabrá.


Desde luego, no tengo ningún inconveniente.
También quisiera que me acompañaras mañana al muelle. He retrasado mi partida a Chile para despedirla pese a que tampoco ella me verá.


Acodada en la borda del barco, Michelle leía con emoción aquél artículo aparecido en el diario de la mañana, y que le fuera enviado con la tarjeta de Juan José.


Albert miraba hoscamente la ciudad. Allí, en algún lugar, sin saberlo tan cerca, se encontraba Gerard, el hombre que había llenado la vida de Michelle, el hombre al que seguía recordando pese a que ya era su esposa. Sin duda, era el que había hablado con Juan José.
Bueno, querida, no pienses más que en los elogios que te dedica...


Estas líneas son una despedida hermosa, Albert. Llenas incluso de tristeza ...
(¡Es extraordinario! No acierto a comprender cómo hace referencia a cosas que no le dije, a sentimiento que no dejé entrever!)
En el muelle, envuelto en bruma gris, se apiñaba la gente. Y de pronto, vio el rostro esperado ...


¡Que extraño, Albert! He creído ver a ... ¡oh, perdóname, querido! Vamos adentro. Tengo frío.
Por supuesto, "tenía" que haber sido una ilusión. Gerard no "podía" estar allí, en Buenos Aires, en el muelle...


Apoyó la cabeza en el pecho del hombre que le había dedicado toda su vida, de aquél que cuidaba su corazón de cristal; que sin embargo estaba ya roto. Y no quiso volver a mirar hacia aquél lugar del muelle, porque era hermoso partir con esa ilusión.
FIN

Minerva HOUSE

POR CARLOS DICKENS

—Adaptación—



"Minerva House", o sea, la "Casa de Minerva", diosa de la sabiduría, levantaba su bella arquitectura en uno de los barrios más aristocráticos de Londres. Era un edificio todo blanco, rodeado de un lindo jardín y cercado por una alta valla, también blanca. En la parte superior de la verja, primorosamente labrada, leíase, además del nombre del establecimiento, ya mencionado, la siguiente inscripción: "Escuela dedicada a perfeccionar la educación de jóvenes señoritas. Administrada y dirigida por las hermanas Crumpton"

Las señoritas Crumpton eran dos damas de estatura fuera de lo común excesivamente flacas, tiesas como un palo y, ¿por qué no decirlo?, tan feas como simpáticas. Miss Amelia tenía treinta años, y miss María declaraba tener cuarenta, aunque era evidente que por lo menos tenía cincuenta. Vestían elegantemente y como si fueran mellizas. Tenían...



...un aire tan feliz y satisfecho como los claveles de su lindo jardín y, en en cuanto a la moral, poseían las ideas más estrictas y una conducta intachable. Ambas usaban peluca y despedían siempre un fuerte olor a agua de Colonia.



Una veintena de jovencitas, cuyas edades oscilaban entre los quince y los dieciocho años, adquirían en "Minerva House" un conocimiento superficial de todo y un verdadero conocimiento de nada. Se les enseñaba idiomas, música, danzas, reglas sociales y otras cosas convenientes para la vida social, pues las alumnas pertenecían, en su mayoría, a la clase distinguida.



Una mañana, después de la llegada del correo, miss Amelia irrumpió agitada en el aula donde su hermana mayor dictaba clase de moral a las pupilas. Traía una carta en la mano, que entregó a miss María. Esta, luego de reconocer el timbre del Parlamento Inglés que ostentaba en la parte superior y de enterarse rápidamente del contenido, sonrió con aire triunfal y leyó en voz alta, como para que todas las alumnas oyesen...



"Cornelio Brook Dingwall, miembro del Honorable Parlamento, saluda atentamente a las señoritas Crumpton y les...



...ruega se dignen visitarlo, mañana, a las trece. Desea hablar con las distinguidas directoras de "Minerva House" a fin de encargarles la custodia de su hija, Lavinia Brook Dingwall. PALACIO ADELPHI.—Martes por la mañana."

Terminada la lectura, alumnas y directoras lanzaron a coro una exclamación de asombro.





Las señoritas Crumpton se retiraron a sus habitaciones para hablar del asunto, mientras las jóvenes, de recreo en el jardín, se preguntaban si Lavinia Brook Dingwall sería linda, si sería muy revoltosa, si tendría novio, y otros muchos síes por el estilo.



Al día siguiente, puntuales como un reloj, las señoritas Crumpton se presentaron en el Palacio Adelphy Atendidas por el solemne, vanidoso y altivo Cornelio Brook Dingwall, éste no tardó en explicar el motivo de la cita: Lavinia, su hija, se había enamorado ridículamente de un joven de posición muy inferior a la suya, y él deseaba sacarle de la cabeza esas "ideas sentimentales". No teniendo tiempo para vigilarla personalmente y habiendo sido enterado de la seriedad y competencia de "Minerva House" y de sus directoras, nada más conveniente que poner de pupila allí a la indócil Lavinia.



Las hermanas Crumpton agradecieron los elogios y enunciaron, hablando por turno, las ventajas de su establecimiento educativo para hacer entrar en razón a la muchacha. Convenientemente enclaustrada en "Minerva House", terminaría por olvidar y... —¡Eso! ¡Eso es lo que quiero! —exclamó el influyente parlamentario con júbilo—. Sí, que se olvide del bribón que la pretende sin tener siquiera dónde caerse muerto... Decidme: ¿dais bailes en vuestra escuela? Las Crumpton estuvieron a punto de escandalizarse, pero respondieron discretamente:





Siendo propuesta por el gran personaje, la idea complació a las directoras. —Por ejemplo —sugirió Brook Dingwall—, dentro de una semana justa comienza la primavera: podríais organizar una magnífica fiesta ese día. Se convino en esto y en que Lavinia ingresaría en "Minerva House" en tal ocasión. —¡Magnífico! —exclamó el esperanzado padre al despedirse— La primavera se llevará el desatinado amor de mi hija y, quizá entre los aristocráticos galanes que invitéis...



La semana que siguió fué casi íntegramente dedicada a los preparativos del fastuoso baile que celebraría la primavera y el ingreso de Lavinia Brook Dingwall en la Casa de Minerva. Se decoraron intensamente las salas más amplias, se colocaron tulipas de colores por todas partes, se compraron centenares de ramos y serpentinas, se contrató una excelente orquesta. Ocupadas en estos preparativos, las señoritas Crumpton y sus alumnas corrían de un lado a otro, agitadas, nerviosas.

Llegó al fin la ansiada noche. Las primeras en presentarse en el salón fueron las pupilas. Estaban muy hermosas bajo sus blancos vestidos de fiesta, y no tardaron en tejerse entre ellas los comentarios propios de la edad.



Comenzaron a llegar los invitados: el profesor de música y su esposa, el profesor de caligrafía y su esposa, y, en fin, todos los demás... Llegó, también Lavinia Brook Dingwall, cuya ropa, belleza y apellido causaron un revuelo de admiración. Las señoritas Crumpton, orgullosas a más no poder, la presentaban a todo el mundo.



Mas Lavinia no respondía ni al entusiasmo de la fecha que se conmemoraba ni al que reinaba en la fiesta. En vano se la solicitó para que bailara; en vano se le tributaron homenajes.
Sentada en un rincón, permanecía sola y cabizbaja. Mas, cuando una de las muchachas anunció en voz alta el nombre de Teodosio Butler, el sobrino de las señoritas Crumpton, el rostro de Lavinia adquirió un extraño resplandor. Al parecer, como las demás pupilas, también era sensible a la fama del apuesto galán.



Como es lógico, a Lavinia, en honor de quien se daba la fiesta, fué a quien las solícitas tías presentaron primero su sobrino. Con gran sorpresa de todos o, mejor, de todas, Teodosio no se separó en toda la noche de la señorita Brook Dingwall.



Ya se habían marchado todos los invitados, y las pupilas se disponían a irse a dormir, cuando Teodosio advertido por las severas miradas de sus tías, salió de "Minerva House". Las señoritas Crumpton comentaron el "caso" esa noche, pero, luego de pensarlo más detenidamente, llegaron a una conclusión satisfactoria: el calavera de su sobrino no haría más que enamorar a Lavinia; después la abandonaría, como a otras. Aquello daría ocasión a que la hija del miembro del parlamento olvidara al otro pretendiente...



Sin embargo, las cosas no salieron como las imaginaban las dos cándidas mujeres, porque a la mañana siguiente, cuando fueron al aposento de Lavinia, ésta había desaparecido; quedaban, en su reemplazo, dos cartas: una dirigida a ellas, y otra a su padre.



Miss Amelia, temblando como una hoja, llamó a su hermana. Rasgaron el sobre y, al leer, quedaron estupefactas. Su flamante alumna se limitaba a decirles que se marchaba con Teodosio Butler a Edimburgo, donde se casarían esa misma tarde.



Así, mustias y atolondradas, llegaron las dos hermanas al palacio Adelphy. Luego de muchos rodeos, entregaron a Cornelio Brook Dingwall la carta de su hija. Este la abrió y leyó, y, dando un potente puñetazo sobre la mesa, se enfrentó con las preceptoras de "Minerva House": —¿Así respondéis de la confianza que os dispensé? Mi hija me dice aquí que se ha marchado a Edimburgo para casarse con el hombre al que ama...





—No, no —trató de aclarar miss María—; no fué ese pretendiente que rechazasteis quien raptó a vuestra hija sino... ¡Ay, Dios mío! No me atrevo. —¡Hablad! ¿Quién fué, entonces? —inquirió el padre con voz de trueno. Amelia alcanzó a confesar con voz temblorosa: —Fué un sobrino nuestro, monseñor. No os enojéis. No...



Si le hubiesen dado un mazazo en el cráneo a Dingwall, no le habría producido tanto efecto. —¡Malditas brujas! —les gritó—. ¡Si Teodosio Butler era el pretendiente de Lavinia que yo rechazaba! Para que olvidara a ése la mandé a vuestra escuela. Marchaos.



Está de más decir que ocho días después el Parlamento votó una ley, propuesta por Cornelio Brook Dingwall, por la cual se suprimían en el país todas las "escuelas dedicadas a perfeccionar...

...la educación de las jóvenes señoritas". Hace dos años de esto. No se oyen ya en los jardines de "Minerva House" las alegres voces de las pupilas, pero en cambio comienzan a oírse otras más dulces y tiernas: las de los hijitos de Lavinia y Teodosio, quienes se han instalado allí definitivamente.



Los dos angelitos constituyen ahora la delicia de miss María y miss Amelia Crumpton, quienes comienzan a pensar que ellos son el mejor fruto que dió "Minerva House", aquella escuela que quizá sólo por eso fué digna de llevar el nombre de la diosa de la sabiduría.



UN SILENCIO DE TUMBA

Por E. Jarber

Adaptación • Dibujos de TAGGINO

Ivonne y Valerie Lambrete, huérfanas desde hacía algo más de un año, a raiz de un accidente sufrido por sus padres y habiendo agotado todos los recursos de que disponían, decidieron abandonar Aurillac, su pueblo natal.

Podemos hacer frente a la vida, buscar alguna ocupación... Aquí no tenemos ninguna perspectiva.

Iremos a París. Allí todo será distinto, ya lo verás.

Ambas jóvenes alistaron su magro equipaje y llenas de esperanzas se trasladaron a la gran capital francesa, con la firme idea de probar su suerte.



Se presentaron a "Didier Films". Las pruebas fueron ampliamente satisfactorias para Ivonne, no así para Valerie. Si bien ambas hermanas eran hermosas a la par, Ivonne demostró ser superior a su hermana y poseer relevantes condiciones artísticas para triunfar en el séptimo arte.

Didier Petitbeaudau, director y productor de películas, fue el que descubrió a Ivonne Lambrete.



El público acogió aquella nueva figura con todo entusiasmo y le tributó su aplauso y su admiración.





Los triunfos de la estrella se fueron sucediendo uno tras otro, y Valerie comprendiendo que jamás llegaría al pináculo de la gloria, abandonó sus aspiraciones de ser actriz, conformándose con ser el ama de llaves, la dama de compañía y la oscura hermana de Ivonne Lambrete.

Luego del rodaje de unas escenas de otra de sus películas, Ivonne llegó más radiante que nunca a su casa y abrazó efusivamente a su hermana.



Al mes se celebró la boda. La publicidad sobre la misma fue enorme ya que ambos contrayentes pertenecían al ambiente cinematográfico. Los diarios insertaron en primera plana, la noticia del matrimonio: Lambrete-Delambre.











Los días se fueron sucediendo, y así Roger llegó a cumplir tres años de edad. Ivonne iba haciéndose más y más famosa, mientras Valerie se dedicaba por entero a su pequeño sobrino por el que sentía un delirante cariño.







Tía y sobrino jugaron largo rato. Luego Roger, rendido por toda la actividad desplegada durante el día, sintió sueño y pidió ser acostado. Valerie lo alzó en sus brazos y lo acostó en su cama; luego se quedó unos instantes, mirándolo, y sintió avivarse en su pecho el encono hacia su hermana por su indiferencia al niño.



A Philippe Villars, lo había conocido Valerie un mes atrás. Según Ivone lo había contratado como detective particular para que la protegiese contra los maleantes, pues en varias ocasiones habían intentado robarle sus valiosísimas joyas.











Continuaron conversando. Valerie en cada frase iba abriendo su alma expresando su pena y su rencor hacia su indiferente y egoísta hermana, y Philippe, dio a entender a Valerie el profundo sentimiento que había nacido en su corazón.



Ivonne interrumpió la frase, abriendo la puerta de la casa. La seguían su esposo, Didier y Vicent Durban, abogado de la empresa filmadora. En cuanto la actriz notó la presencia de Philippe y su hermana, se dirigió hacia ellos:



Mientras bebían...





Vicent Durban permanecía silencioso. Era evidente que no deseaba mezclarse en aquel conflicto familiar, que con toda seguridad sería tan transitorio como en otras oportunidades.





Valerie, acostada, pensaba en aquellos personajes, cuyas voces oía desde su dormitorio y un sólo pensamiento torturaba sin cesar su cerebro.



Sí, estaba segura de no equivocarse. Para Ivonne y Gilbert, por las continuas rencillas que por él sostenían. Para Didier, porque el niño podía llegar a influir sobre el ánimo de su madre, hasta el punto de hacerla claudicar a su carrera.

En estas apreciaciones estaba entregada Valerie cuando oyó unos pasos cercanos a su habitación.



A Valerie no le extrañó. Renée y Pauline siempre estaban espiando detrás de las puertas, con el afán de enterarse de todo lo que sucedía dentro de "Le Nid Blanc".



Por la mañana, bien temprano, Valerie se levantó, se acicaló, y luego se dirigió al cuarto de Roger, contiguo al suyo. Miró la cama, y al no verlo, comenzó a gritar.





Con leve voz, Vicent Durban leyó el mensaje. Iba dirigido a Ivonne. Le exigían cien mil francos y los mismos debían ser depositados en la cueva del "Noir Galant". Cumplimentado lo pedido, el niño sería restituído a las cuatro de la tarde. La policía no debía ser enterada si se deseaba volver a ver con vida a la criatura.



Por primera vez, Ivonne sintió un dolor inmenso y sincero. Quizá se le había despertado un tardío amor maternal. Gilbert, desesperado también, se volvió a Philippe:



Inspeccionaron la ventana del cuarto de Roger, pero las mismas tenían las persianas cerradas. Las del dormitorio de Valerie estaban cerradas pero sin falleba, ya que funcionaba con mucha dificultad.



Philippe siguió observando. La pared sobre la que daba la ventana de Valerie, presentaba resaltes y una fuerte hiedra la cubría. Cualquiera persona de escaso cuerpo, podría introducirse por la misma.



Todos clavaron sus miradas en el joven. Sin querer, Valerie acababa de crear una sospecha contra el señor Villars, pero él no se inmutó.









Renée explicó que la puerta principal tenía cerradura Yale y un cerrojo interior que había corrido antes de acostarse. La puerta trasera contaba con las mismas medidas de seguridad; no así las del garage que estaba sujeta con un pestillo automático que se abría desde adentro y desde afuera con sólo hacer girar el pomo.

Todos pasaron al garage; éste ocupaba la esquina del ala izquierda. El cierre metálico estaba levantado. La nieve había cesado y la mañana se presentaba luminosa.



A las claras se apreciaba que las suelas estaban manchadas de barro; que las pisadas se dirigían hacia el rincón de la puertecita y que cesaban ahí. Esto hacía suponer que se habían descalzado y que el secuestro lo había efectuado alguien de fuera de la casa.





Valerie agregó que la historia de la cueva y los cien mil francos era para disimular la verdad, y que Pauline y Renée nunca le habían parecido mujeres en quienes se podía confiar.

Después de este cambio de pareceres, todos regresaron al piso alto.



Posteriormente recorrieron los distintos cuartos y quedó comprobado de que a nadie le faltaban los zapatos y que ninguno de éstos estaban manchados con barro.



La nerviosidad de todos iba en aumento y el pensamiento era uno sólo: ver nuevamente al niño.







Yo acompañaré a Didier hasta Luchón; tengo asuntos que resolver.

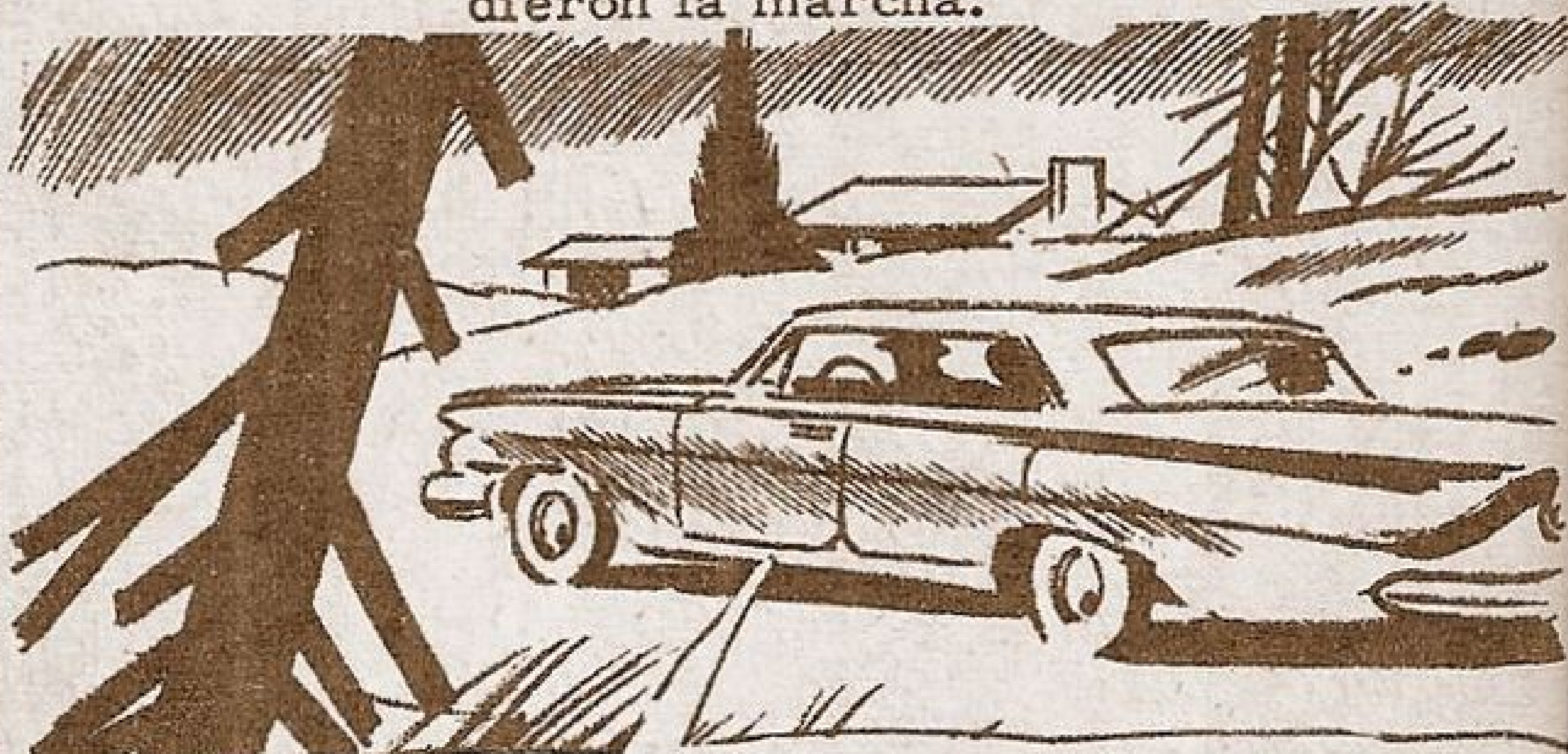


Pauline sugirió agregarse en el coche, ya que debía efectuar algunas compras. Valerie, alarmada, se opuso, diciendo que un desbande podía poner en peligro la vida de Roger, pues los secuestradores podrían estar vigilando y pensar que intentaban faltas a las condiciones, y suceder en consecuencia.

Vicent Durban sugirió, que dada su condición de asesor de Didier Petitbeaudau, podría extraer los fondos del banco. Luego cambiaron pareceres sobre quién llevaría el dinero a la cueva.



Se dispuso que Valerie acompañaría al señor Durban hasta el banco y que luego llevaría el dinero al lugar indicado. Prepararon el coche y emprendieron la marcha.



Retiraron los cien mil francos del banco, que el abogado guardó en su cartera de piel, para dirigirse luego a la cueva.



Valerie entró, temerosa, dejando la cartera sobre una roca con una piedra encima y salió. Al hacerlo, se encontró con su acompañante, quien corría hacia la cueva.



La joven miró a Vicent. Su actitud la estremecía como una amenaza y no le agradaba en absoluto regresar con él.



Cuando llegaron, Gilbert estaba solo en el vestíbulo y les comunicó que Ivonne y Philippe se habían ido a la explanada, para seguir, con los prismáticos, los movimientos de ambos. Didier, agotado, estaba en su cuarto, y Pauline, y Renée en la cocina. En ese momento apareció Ivonne.



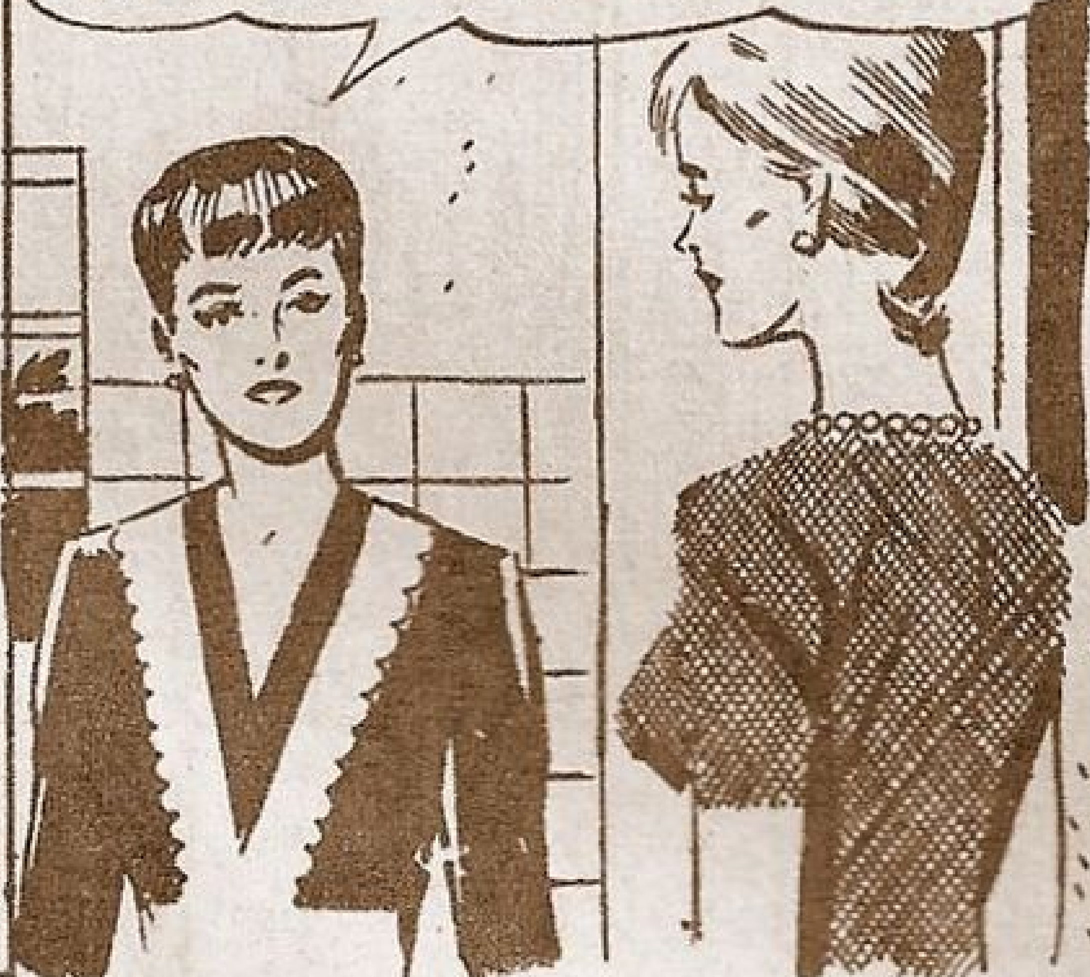
Valerie preguntó a su hermana por Philippe. Ivonne explicó que se habían separado para observar desde distintos puntos la entrada a la cueva, pues deseaban saber quién acudiría a recoger el dinero.



Al instante, entró Philippe. Traía el abrigo y las manos sucias de barro, y protestaba contra Ivonne, porque según él, lo había abandonado en el peligro.



Diez minutos después, Didier estaba reunido con todos ellos, en animada conversación. Valerie fue a la cocina a ordenar que sirvieran el almuerzo y sólo encontró a Renée.



Cuando Valerie regresó junto a los demás, apareció Pauline, con unos troncos cortados, y un haz de leña bajo el brazo.



Luego de un almuerzo silencioso, todos buscaron aislarse y cada uno se fue a su habitación, a excepción de Philippe, que se detuvo a conversar con Valerie.



Philippe se quedó pensativo por unos instantes.



Philippe siguió haciendo conjeturas con las que demostraba que cualquiera podía haber ido a recoger el dinero, inluso él mismo. El único que quedaba excluído era Vicent, ya que él no había tenido oportunidad para bajar y subir por ese peligroso atajo.



Vencido el plazo estipulado por los secuestradores, la inquietud empezó a posesionarse de todos.





Resolvieron que fuera Philippe. La hora que tardó el joven en volver, fue angustiosa para todos, y más aún cuando regresó, trayendo la cartera en la mano.



Gilbert propuso avisar a la policía y corrió al teléfono, pero no fue posible conseguir la comunicación.



Philippe alegó que el camino estaría intransitable y que era peligroso viajar a esa hora, casi de noche. Recordó que Valerie había sugerido que alguno de ellos era el secuestrador o el cómplice, y que por lo tanto, alguno había recogido el dinero.

Philippe comenzó a registrar todo, llevando como testigos a los dueños de casa. Al cabo de un largo rato, aparecieron inesperadamente.



El dinero había sido hallado debajo del colchón de la cama de Roger. Vicent certificó que eran los mismos billetes extraídos del banco. En cuanto al mensaje, escrito con distinta caligrafía al anterior, había sido hallado en la habitación de Ivonne.



Gilbert, completamente alterado, miró de frente a todos.





Valerie le manifestó luego su intranquilidad de que alguien que hubiera pensado eliminar a Ivonne, tuviese preconcebido su plan para que las apariencias la condenasen a ella.



De repente, se oyó una explosión lejana y sorda, seguida por el estrépito de un derrumbamiento.



Ambos regresaron media hora después; estaban empapados y ateridos.





Valerie perdió el conocimiento ante la noticia. Cuando se recuperó, su hermana y Philippe estaban junto a ella. Una fuerte ira interior se apoderó de la joven. Sentía celos, cuando los veía muy cerca el uno al otro.



Ivonne rechazó la idea. Dormiría abajo, en uno de los sillones. Además... temía a Pauline.



La estrella aceptó inmediatamente y sacando su frasquito de comprimidos, disolvió dos de ellos en sendos vasos de agua, dando uno de ellos a su doncella.

Tómalo al acostarte; dormirás mejor. Ve a mi cuarto y acuéstate; yo iré luego.

Cuando Renée se hubo retirado, Ivonne manifestó que no iría a dormir en su habitación.



De improviso, un desperfecto real o provocado en la luz eléctrica, dejó todo sumido en la más absoluta oscuridad. Ivonne se dirigió a su cuarto y regresó con una linterna.



Al entrar vio el cuerpo inánime de la muchacha y una mancha de sangre sobre la sábana. Lanzó un grito de horror.



Ante aquel alboroto acudieron Vicent y Didier, aterrados por los gritos de Valerie.



Ivonne también se levantó y se enteró del triste fin de Renée, lo que no pareció conmoverla en lo más mínimo.



Como la llave no aparecía , Philippe, con una tira de papel engomado, selló la entrada. Un silencio profundo envolvía todo. Un silencio de tumba... Un largo y deprimente silencio.

Debemos estar alertas. Han eliminado a Renée y a Gilbert. Alguien preparó el puente para cuando pasara un coche

¿Un coche? ¿Con cualquiera de nosotros adentro?

Es imprescindible que cada uno diga lo que ha hecho desde que nos separamos.

Yo me acosté y me desperté al oír el grito.

Yo hice lo mismo, aunque no pude conciliar el sueño.

Yo responderé por Valerie y por Ivonne.

Luego Philippe, continuó diciendo que las dos hermanas y él, se habían quedado conversando, y que al oír unos pasos en el corredor, había salido con Valerie. Al llegar al cuarto donde Renée dormía, la joven había gritado al verla muerta.

¡Realmente fue impresionante verla muerta!

Era evidente que Philippe falseaba los hechos, para alejar toda sospecha sobre ambas hermanas. Estas, por su parte, aceptaron lo dicho por el detective con toda naturalidad.

¿Entonces, quiere decir que sólo Vicent y yo ignorábamos que era Renée, quien dormía en esa cama...?

Quizá nos culpen de querer eliminar a Ivonne.

Claro, no sabíamos que Renée la había suplantado.

Ivonne manifestó la necesidad de llamar a Pauline y se dirigió hacia la puerta de comunicación. Tomó la llave con fuerza, pero no llegó a girarla, no obstante la puerta cedió.

¡Pero si Renée, la había cerrado!

¡Por favor, vamos a despertarla!

Philippe y las dos hermanas se acercaron a su dormitorio. Ivonne llamó con voz tímida a Pauline. Nadie respondió. Completo silencio... Philippe, resueltamente, abrió la puerta. Ahí estaba la desventurada mujer, muerta.

No es un suicidio. Tiene las manos atadas...

Pero, ¿cómo? Yo iba a ser la primera víctima...

Valerie quedó alterada. Se notaba que su único pensamiento era alejarse de aquella casa. Abrió la puerta y salió. Philippe la comprendió y la llamó. En ese preciso instante, ambos observaron un bulto sobre la nieve y corrieron hacia él.

¡Es Didier! ¡Está muerto!

Su ventana está abierta. Ha querido huir y se ha matado.

Vicent, afectado por aquella ingrata noticia, no hacia más que beber coñac para recuperarse, mientras Philippe y Valerie buscaban a Ivonne por toda la casa.

Subieron al desván. En el suelo se notaban unas pisadas hechas con zapatos de tacón alto. . Con toda seguridad, Ivonne había penetrado ahí.

¡Llámala! ¡Llámala!

¡Ivonne! ¡Ivonne! ¡No contesta!

Alúmbrandose con un farol y una linterna, avanzaron. Junto a un armario viejo había un cuerpo tendido.

Es Ivonne. . . Está muerta. . . La han matado de un tiro. . .

Ha tenido que ser Vicent. ¡Huyamos, Philippe, huyamos!

Llegaron al comedor. Vicent estaba en el suelo, con el rostro amoratado. El terror se dibujó en la mirada de la muchacha y un temblor corrió por su cuerpo.

¡Si Vicent está muerto, quiere decir que tú eres el asesino!

Despavorida, huyó hacia su dormitorio y se encerró en él. Descolgó el teléfono; ¿había línea? Necesitaba saber quién era Philippe. Para ella no era un detective, sino un impostor y un asesino.

¿Con quién desea comunicarse?

Con la agencia "Investigation Sycone"

Ante su requerimiento, Valerie fue informada que nadie con el nombre de Philippe Villar, pertenecia al plantel de detectives de esa agencia.

(Debo defenderme de él. El ha matado a todos y me matará a mí también.)

Acto seguido tomó una escopeta. No se oía nada. De pronto oyó pasos. Pasos cautelosos y una luz, como de cerilla, iluminó un rostro: ¡era el rostro de Gilbert Delambre!

(¡Entonces Gilbert no ha muerto! ¡El es el asesino!)

Despavorida, huyó hacia el jardín. Como una autómata, tomó un piquete y comenzó a voltear unas piedras que cubrían un hueco en la pared y apareció un cesto. En el mismo y cubierto por una gruesa manta, dormía el pequeño Roger.

¡Roger, querido mío, ya puedes despertar!

Nerviosamente tomó al niño en sus brazos.

¡Roger es mío! ¡Lo he guardado para mí! ¡Nadie me lo arrebatará!

Gilbert nos ha engañado. . . Está dentro. . .

No temas. Ven, el niño tiene frío y allá hay una estufa encendida.

Valerie comenzó a hablar sin pausa, a borbotones. Había dado unas pastillas a Roger para que durmiera y poder ocultarlo hasta tanto pudiera huir con él.



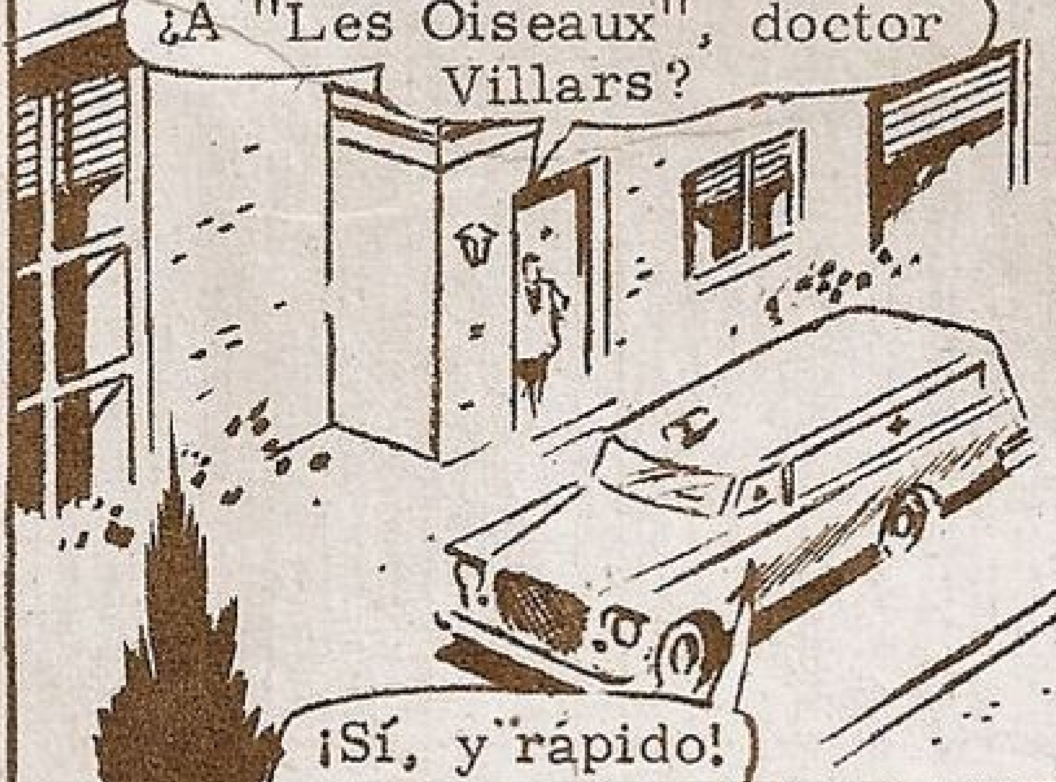
Al entrar a la casa, Valerie se sorprendió. Brillaba la luz eléctrica, y cinco personajes la contemplaban espectantes: Renée, Pauline, Didier, Ivonne y Gilbert.



Valerie depositó a la criatura sobre el sofá. Philippe controló su pulso y observó sus pupilas, mientras Ivonne y Gilbert lloraban desesperadamente.

¡No lloren! ¡El niño se recuperará! ¡Me iré con él y con Valerie!

Philippe tomó a Valerie de la mano y alzando al niño salió afuera con ellos. Allí había una ambulancia, donde los tres subieron.



Dos horas después, el doctor Villars regresaba a "Le Nid Blanc" con Roger completamente bien. El efecto de las pastillas había concluído y ahora el pequeño reía y parloteaba alegremente.



Valerie quedó internada en la clínica del doctor Villars. En su mente poblada de fantasmas, se había fijado la idea de que aquella criatura, a quien adoraba, sería separada de su lado y simuló aquel secuestro que inquietó vivamente a todos.

¡Pobre señorita Valerie! ¡Siempre fue rara!

Philippe no era en realidad detective, sino médico especialista en enfermedades menteles. Ivonne lo había contratado para la vigilancia de su hermana, pues ciertos indicios en su conducta le hacían temer por su salud. El doctor Villars fue el primero en sospechar que Roger había sido secuestrado por su propia tía para llevárselo lejos.

Acongojados por aquel episodio, volvieron los mismos personajes a reunirse en "Le Nid Blanc".







ALMANAQUE CRIOLLO

Consejos del Viejo Irala
por Alberto Vacarezza



No olvidés al que te ha dao
el favor de su compaña.
ni te apliqués a la maña
del ñato Consolación
que hablaba mal del porrón
dispués de chupar la caña·

1963

NOVIEMBRE

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
Luna llena 1-30	Cuarto meng. 8	Luna nueva 16	Cuarto crec. 24	∾	1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

DICIEMBRE

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	Cuarto meng. 7	Luna nueva 15	Cuarto crec. 23	Luna llena 30

intervalo ALBUM

AÑO XIV Nro. 72

11/1963



Editor responsable

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45 - 1145 y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 763.406 de la
Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761